



DIEZ MAS UNO

ED MCBAIN

Tom Wolfe, en su «Hoguera de Vanidades», intentó plasmar la visión definitiva de la locura actual que es Nueva York, pero falló en el intento porque la locura es demasiado grande y demasiado compleja para un solo libro. La empresa de McBain es más modesta, y por esto más acertada, pero la locura también está ahí. Cada barrio, cada etnia, cada crimen es su propio mundo. Una sociología de la ciudad de Nueva York es una sociología del crimen.

Los policías que pueblan las novelas del *Distrito 87* no son brillantes ni heroicos, no son el «caballero delustrado» como Chandler concibió a su detective privado.

McBain realmente tiene un gran conocimiento de la rutina policial, lo cual le permite utilizarla con habilidad, sin ahogar al lector en una plétora de detalles sin interés. También es un gran escritor de diálogos, sin padecer de los tics que tantos autores de policíacas han heredado de Chandler. Pero, sobre todo, lo que distingue a McBain y le da a su obra una fuerza poco usual es su capacidad de seguir indagando en la vida de la ciudad y de seguir sacando de ella cosas nuevas (David Hall).

OceanofPDF.com



Ed McBain

Diez más uno

Distrito 87 - 17

ePub r1.1

Titivillus 12.10.2021

OceanofPDF.com

Título original: *Ten plus one*
Ed McBain, 1963
Traducción: Antonio Bonanno
Ilustración: Oscar Chichoni

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

ED McBAIN SEGÚN DAVID C. HALL

En los años treinta el poeta inglés W. H Auden escribió que una historia de detectives, para ser plenamente satisfactoria, debería tener lugar en un ámbito rural y preferentemente idílico, para que el cadáver pareciera espantosamente fuera de lugar. Su tesis no ha prosperado, al menos si la aplicamos al amplio género de novela policíaca, novela negra, o historias de «lladres y serenos» como la que según Manuel Vázquez Montalbán le pidió una vez el diputado Jordi Solé Tura, que resultó ser la magnífica Soledad del Manager.

La novela de crimen (para quedar con el término más amplio y quizá menos feliz) es, salvando algunas dignísimas excepciones, principalmente urbana. El mismo Sherlock Holmes, aunque siempre dispuesto a salir al campo cuando se trataba de un cadáver lo suficientemente enigmático, volvía lo antes posible, después de resolver el caso, a las oscuras calles de Londres y a su sempiterna niebla, que desapareció cuando se prohibieron las estufitas de carbón a finales de los años cuarenta, después de que su alto nivel de sulfuro de carbón matara a varios ciudadanos. En el último tomo de historias de Sherlock Holmes se dice que el detective se había retirado al campo para dedicarse a la apicultura, pero se sabe que Conan Doyle había llegado a tener manía a su criatura, quizá porque había acabado por ser mucho más real que él, y supongo que nadie se lo creyó. Sherlock Holmes, como todos los grandes detectives, era rata de ciudad.

El amor, la fascinación que los protagonistas de la novela policíaca y sus autores sienten hacia la ciudad, no están exentos de morbosidad, o incluso, en las novelas modernas, de asco. Las ciudades, según los profetas y los predicadores baratos, siempre han sido nidos de pecado. Las modernas, desde los tiempos de la revolución industrial, cuando los

campesinos fueron forzados a ir a las ciudades para ofrecerse como mano de obra barata, son además máquinas de triturar carne humana. El pecado fascina: la trituración da asco, pero fascina también.

El autor que firma novelas policíacas con el nombre de Ed McBain se llama en realidad Evan Hunter. Nació como Salvatore Lombino en 1926 en la ciudad de Nueva York. Ha dicho en alguna ocasión que el tema principal de las novelas que firma como Evan Hunter es la identidad, una preocupación lógica dadas las circunstancias. En una de sus primeras novelas, Blackboard Jungle, publicada en 1954 y llevada al cine por Glenn Ford y un joven Sidney Poitier, Hunter aprovechó su experiencia de unos meses de trabajo como profesor en una escuela vocacional, para hacer la que es todavía considerada como la mejor de las más de cien novelas que ha escrito hasta ahora. Las escuelas vocacionales, más o menos parecidas a las escuelas de formación profesional en España, eran, y supongo que todavía son, sitios donde se manda a los jóvenes que no tienen el nivel o el comportamiento necesarios para seguir en la escuela secundaria normal, y donde pueden aprender cosas como mecánica, que quizá les podría servir para conseguir luego un empleo, al menos si tienen algún tío o primo dueño de un garaje. La tensión de la novela reside en la situación del joven profesor, que quiere hacer un trabajo honesto y de alguna manera válido, pero también entiende el escepticismo de sus alumnos y la violencia que surge de su condición de derrotados desde el principio. Salvatore Lombino vivió su juventud en el Harlem italiano de Nueva York, logró ir a Hunter College, en el norte del estado, y se convirtió en Evan Hunter, pero no dejó atrás su memoria. Conocía demasiado bien la ciudad para tener ilusiones fáciles.

Para escribir una novela de crimen realmente buena, el autor debe tener una cierta simpatía por el criminal, o al menos entenderle. Quizá por esto en las novelas tradicionales de detectives, las novelas enigma o «puzzle» de la primera parte de este siglo, principalmente inglesas y escritas y leídas por las clases acomodadas, los criminales pertenecen casi siempre a esta misma clase. Los autores no entendían a los habitantes de sus bajos fondos y tenían escaso interés por ellos y por sus crímenes. El contenido, el estilo y la conciencia detrás de las historias de crímenes

cambian radicalmente cuando empiezan a surgir autores con experiencia en el lado oscuro de la vida, desclasados que han pasado como turistas por los bajos fondos o incluso han surgido de ellos, y que no sienten ninguna necesidad de defender un modelo de sociedad donde el crimen es un pecado individual y anecdótico, sino de explorar unas tremendas contradicciones de las que el crimen es tan sólo uno de los síntomas más dramáticos. Se escriben novelas en que las luchas de poder entre gangsters se desarrollan según la línea narrativa de una tragedia de Shakespeare, y el parecido es tan sorprendentemente convincente que Orson Welles toma la contrapartida y pone en escena un Julio César donde todos los actores se visten con gabardina. Los héroes de Dashiell Hammett se mueven sabiamente en una oscuridad ética iluminada solamente por una ambigua y tenue reserva de honor personal. Son profesionales. Los asesinos también lo son. Las preocupaciones de las novelas de crimen son en gran parte sociológicas, y se intenta escribir con un realismo sin concesiones.

El aspecto sociológico de la obra de Evan Hunter ha sido resaltado por la crítica en repetidas ocasiones. Según Anthony Boucher, Hunter escribe «un informe casi antropológico sobre... las instituciones populares norteamericanas». El Times Literary Supplement comentó de su novela A Matter of Conviction, que «merece respeto como documento sociológico». Si el tema central de las novelas es la identidad, lo es en un contexto social. Y, sobretudo en las novelas que firma como Ed McBain, el contexto social es la ciudad. En la serie del Distrito 87, en la que se integra la mayoría de las novelas de McBain, la ciudad no tiene nombre, pero es evidentemente la de Nueva York, no tanto en el sentido geográfico, como en su realidad humana. La ciudad más que decorado es protagonista, y McBain va trabajando como cronista no declarado del hampa, del crimen neoyorquino en todas sus vertientes, echando mano de su propia experiencia como hijo de inmigrantes pero también con una visión puesta al día. Cuando en Lullaby, una de sus obras más recientes, McBain cuenta la lucha entre bandas jamaicanas y la mafia china por el control del mercado de la droga, se tiene la impresión de que lo que cuenta refleja una realidad, una realidad sórdida y oscura que en el fondo es materia de la historia, y quizá reflejo tanto del mundo en que vivimos como de la guerra de Afganistán.

Si la ciudad moderna es un monstruo, la ciudad de Nueva York es paradigma de monstruos. Preeminentemente ciudad de inmigrantes desde hace más de un siglo, puerto de entrada a un país de sueños y pesadillas correspondientes, con una corporación municipal que se declaró en bancarrota en los años setenta, barrios enteros abandonados y semi-derrumbados con un aspecto digno de Beirut, su propia grandeza hasta da miedo, la sensación de un anonimato al borde de la aniquilación. Gentes de todas las etnias del mundo se pasean a la sombra de los rascacielos, cada uno absorto en su propio mundo. La ciudad no es de nadie, ni siquiera de los ricos.

Tom Wolfe, en su Hoguera de las Vanidades, intentó plasmar la visión definitiva de la locura actual que es Nueva York, pero falló en el intento porque la locura es demasiado grande y demasiado compleja para un solo libro. La empresa de McBain es más modesta, y por esto más acertada, pero la locura también está ahí. Cada barrio, cada etnia, cada crimen es su propio mundo. Una sociología de la ciudad de Nueva York es una sociología del crimen.

Los policías que pueblan las novelas del Distrito 87 no son brillantes ni heroicos, no son el «caballero delustrado» como Chandler concibió a su detective privado. Son seres bastante corrientes que hacen un trabajo que conlleva una cierta dosis de peligro y que a veces disfrutan del calor de la caza. No se detienen en preocupaciones éticas. El mundo en que se mueven no les sorprende y pocas veces les conmueve. Están inmersos en ello, y ven su trabajo con una visión preeminentemente técnica. Son profesionales, concepto moderno por excelencia, que parece explicar todo sin explicar nada. Implica que se realiza un trabajo de una manera y según unas reglas bien establecidas, un código de gremio cerrado que permite al profesional actuar sin pensar demasiado, e incluso con el orgullo de pertenecer a una casta exclusiva.

El afán de retratar con realismo la rutina de la investigación policial en las novelas del Distrito 87, necesariamente las aparta del romanticismo de las historias de detectives privados. McBain es considerado por críticos como Salvador Vázquez de Parga y el inglés Julian Symons como el mejor exponente de lo que se llama la corriente procedural de la novela

policíaca, que nació en realidad con la primera novela del Distrito 87 en 1956, seguida un año después por la primera obra del escritor inglés John Creasey con el seudónimo de J. J. Marric. Julian Symons cuenta en su historia de la novela policíaca, Bloody Murder, que un inspector del CID vecino de Creasey le sugirió un día: «¿Por qué no nos retratas tal como somos? No tienes que meter la parte aburrida».

Las novelas de McBain y Marric crearon escuela, con resultados irregulares. La novela procedural pretende seguir con exactitud el procedimiento real de la investigación policial, y muchos autores en su búsqueda de detalles auténticos no han sabido distinguir esa parte aburrida que no había que meter. McBain, autor de reconocida maestría artesanal, sí que sabe, y logra una vez tras otra crear novelas que combinan la autenticidad con un ritmo de acción y con el escueto retrato de personajes impactantes. McBain realmente tiene un gran conocimiento de la rutina policial, lo cual le permite utilizarla con habilidad, sin ahogar al lector en una plétora de detalles sin interés. También es un gran escritor de diálogos, sin padecer de los tics que tantos autores de policíacas han heredado de Chandler. Pero, sobre todo, lo que distingue a McBain y le da a su obra una fuerza poco usual es su capacidad de seguir indagando en la vida de la ciudad y de seguir sacando de ella cosas nuevas.

David C. Hall

Para Herbert Alexander

OceanofPDF.com

1

Nadie piensa en la muerte en un hermoso día de primavera.

El otoño es la estación para morir, no la primavera. El otoño fomenta los pensamientos macabros, estimula la imaginación sádica, tienta el deseo de muerte con la evidencia seca y marchita del deterioro. El otoño es endiabladamente poético, breve, sucinto, y apesta a moho y ceniza. La gente muere mucho en otoño. Todo muere mucho en otoño.

No se permite que muera nada en primavera. Hay una ley que así lo dispone: Ley Penal 5.006, MUERTE EN PRIMAVERA: «Quienquiera que expire, o induzca a expirar, o abrigue pensamientos de expirar durante el equinoccio primaveral, será culpable de delito punible mediante...». Y etcétera. Prohíbe terminantemente la muerte entre el 21 de marzo y el 21 de junio, pero siempre hay infractores, ¿qué se le va a hacer?

El hombre que salía del edificio de oficinas de la Avenida Culver estaba a punto de convertirse en un infractor. Normalmente era un buen ciudadano, un hombre trabajador, esposo fiel, padre devoto, y todo eso. No tenía ninguna intención de infringir la ley. No sabía que la muerte estaba legalmente prohibida, pero aun cuando lo hubiese sabido, no le hubiera interesado, porque la muerte, morir, era lo más apartado de su mente en ese soleado día de primavera.

En realidad, él pensaba en la vida. En que la semana siguiente sería su cumpleaños, que cumpliría cuarenta y cinco, aunque se sentía como un hombre de no más de treinta y cinco. Pensaba que el gris en las sienes agregaba a su noble cabeza un toque rancio pero distinguido, que tenía espaldas aún anchas, que las dos sesiones por semana de tenis habían eliminado aquel inicio alarmante de barriga, y que haría el amor con su esposa en cuanto la viera, aun cuando les prohibieran volver a comer en Schrafft's.

Estaba pensando en todo eso cuando la bala silbó a través del aire claro y fresco de primavera, en perversa trayectoria en espiral, sin centellear, precisa y certera al cruzar el área desde el tejado del edificio del lado opuesto de la calle, muy por encima del techo de los camiones lentos y de las cabezas del hormiguero humano que gozaba de la primavera; rápida, precisa, letal, hasta la acera de enfrente, hiriéndolo entre los ojos.

Sólo un pensamiento relampagueó en su mente en el segundo en que la bala lo golpeó, pero entonces cesó toda actividad mental. Sintió un único impacto destructor entre los ojos y por una fracción de segundo pensó que se había llevado por delante las puertas de cristal que separaban el edificio de la calle. La bala astilló el hueso, encontró el blando cojín del cerebro y al salir abrió un agujero del tamaño de una pelota de béisbol en la parte posterior de la cabeza. Cesó el pensamiento, se acabaron las sensaciones, de pronto no hubo nada. El impacto le hizo recular casi un metro, hasta que chocó con una muchacha de vestido amarillo. Cayó hacia atrás mientras la joven se apartaba instintivamente, el cuerpo empezó a doblarse sobre sí mismo como un viejo acordeón, se relajaron los músculos forjados por el tenis, y cuando tocó el suelo ya estaba muerto.

Del gran orificio en la frente brotaba un hilo de sangre, mientras que del enorme agujero de salida en la base del cráneo ésta se derramaba sin cesar sobre la acera. Húmeda, roja, de un rojo deslumbrante y llamativo, y aún caliente, fluía con rapidez hacia donde estaba de pie la muchacha, consternada, muda de espanto, mirando el reguero que corría por la acera.

Ella apartó el pie justo a tiempo: un instante más y la sangre hubiese tocado la puntera de su zapato de tacón alto.

El detective Steve Carella miró el cuerpo tendido sobre la acera y se preguntó cómo podía ser que diez minutos antes, al salir del distrito, no hubiera moscas, porque apenas había empezado la estación para que las hubiese. Y ahora, mientras miraba al hombre muerto cuya sangre había dejado de fluir, el suelo estaba cubierto de ellas, había una multitud de moscas en el aire y otra media docena se alimentaba en el orificio entre los ojos del hombre.

—¿No puede cubrirlo? —le espetó a uno de los internos. El hombre se encogió de hombros e indicó con un gesto inocente al fotógrafo policial, que estaba poniendo otro rollo de película en la cámara, a la sombra de la ambulancia detenida al borde de la acera.

Sin levantar la cabeza, el fotógrafo dijo:

—Tengo que tomarle una foto.

Carella dio media vuelta y se alejó del cadáver. Era un hombre alto de aspecto musculoso, pómulos salientes, pelo castaño corto, ojos pardos peculiarmente almendrados, que le dieron al rostro un aspecto oriental dolorido y sufriente cuando, parpadeando por el sol, se acercó al sitio donde la muchacha de vestido amarillo hablaba con varios periodistas.

—Luego, muchachos —indicó Carella.

Los periodistas, extrañamente obedientes en presencia de la muerte, retrocedieron hasta el círculo de curiosos reunidos detrás de la valla que formaban los agentes.

—¿Cómo se siente? —preguntó Carella.

—Bien. ¡Uf! —replicó ella—. ¡Uf!

—¿Está en condiciones de responder a unas cuantas preguntas?

—Sí, claro. Nunca he visto nada igual en mi vida. ¡Cuando se lo cuente a mi marido!

—¿Cómo se llama, señora?

—Señora de Grant.

—¿Su nombre de pila?

—Lizanne, con zeta.

—¿Y su dirección, señora Grant?

—Grover 1142. —La joven hizo una pausa—. Más abajo de la Primera.

—Ahá —asintió Carella, anotando la dirección en una libreta.

—Se lo digo por si creía que yo vivía en un barrio portorriqueño.

—No, no lo había pensado —dijo Carella. De pronto se sintió muy cansado. Había un hombre muerto cubierto de moscas en el suelo y un posible testigo del hecho se preocupaba de que pensara o no que ella vivía en un barrio portorriqueño. Quiso explicarle que le importaba un bledo si el barrio en que vivía era portorriqueño o checoslovaco, en tanto pudiera

decirle, con un mínimo de emoción y un máximo de exactitud, cuánto había visto de lo ocurrido al hombre muerto, que ya no tenía nacionalidad.

Lanzó a la joven una rápida mirada que esperó que fuera lo bastante cáustica y luego preguntó:

—¿Puede contarme lo que sucedió?

—¿Quién es él? —inquirió la señora Grant.

—Todavía no lo sabemos. No lo hemos identificado. Estoy esperando a que acabe el fotógrafo. ¿Quiere decirme qué ha sucedido?

—Yo iba caminando cuando él se me vino encima. —La joven se encogió de hombros—. Entonces cayó, lo miré y vi que estaba sangrando. Bueno, como le digo, nunca...

—¿Qué quiere decir con que se le vino encima?

—Bueno, que retrocedió y chocó conmigo, tal cual.

—Ya le habían disparado, ¿no? ¿Y cayó hacia atrás contra usted?

—No sé si ya le habían disparado. Supongo que sí.

—Bueno, ¿se tambaleó hacia atrás, cayó, o qué?

—No sé. Yo no prestaba atención. Caminaba, eso es todo, cuando se me vino encima.

—Está bien, señora Grant. ¿Qué sucedió luego?

—Él se derrumbó hacia atrás. Yo me aparté, lo miré y fue entonces cuando vi que sangraba y me di cuenta de que estaba herido.

—¿Qué hizo usted entonces?

—No sé. Creo que me quedé mirándolo. —Sacudió la cabeza—. ¡Cuando se lo cuente a mi marido!

—¿Oyó el disparo, señora Grant?

—No.

—¿Está segura de que no oyó nada?

—Yo iba caminando, pensando en mis cosas —dijo la señora Grant—. No esperaba que sucediera algo así. Quiero decir, tal vez hubiera un disparo, tal vez fueran seis, lo que quiero decir es que no oí nada. Él se me vino encima de repente y luego cayó y tenía toda la cara llena de sangre. ¡Ahgg! —La señora Grant hizo un gesto de horror al recordarlo.

—¿Supongo que no vio a nadie con un arma?

—¿Un arma? No. ¿Qué? ¿Un arma? No, no.

—Sé que usted andaba pensando en sus cosas antes de que dispararan al hombre, ¿pero después, señora Grant? ¿Vio a alguien en alguna de las ventanas de enfrente, o tal vez en el tejado de uno de los edificios? ¿Notó algo desacostumbrado?

—No miré a mi alrededor —replicó la señora Grant—. Me quedé con la mirada fija en el rostro de él.

—¿Le dijo algo el hombre antes de caer al suelo?

—Ni una palabra.

—¿Y después de caer?

—Nada.

—Gracias, señora Grant —dijo Carella. Sonrió en forma breve pero agradable y luego cerró su libreta.

—¿Eso es todo?

—Sí, gracias.

—Pero... —La señora Grant parecía decepcionada. Hizo un leve movimiento de hombros.

—¿Sí?

—Bueno... ¿no tendré que presentarme en el juicio o algo?

—No creo, señora Grant. Muchas gracias.

—Bueno... muy bien —dijo la señora Grant, pero siguió mirándolo con aire decepcionado mientras él se dirigía de nuevo hacia el cadáver. El fotógrafo policial estaba ensayando su intrincada danza alrededor del muerto, tomando una foto, sacando una lámpara del flash e insertando otra, retorciendo el cuerpo y doblando las rodillas para tomar otra foto desde un ángulo distinto. Los dos internos estaban cerca de la ambulancia fumando con indiferencia y charlando acerca de una traqueotomía que uno de ellos había realizado el día anterior. A menos de un metro de ambos, conversando con un agente, estaban los detectives Monaghan y Monroe, que por una cuestión de forma había enviado Homicidios Norte. Carella observó por un momento al fotógrafo y luego se acercó a los hombres de Homicidios.

—Bueno, bueno —dijo—, ¿a qué debemos el honor?

Monaghan, que lucía un sobretodo y un sombrero negros y tenía el aire de un policía de los años veinte, se dio media vuelta, miró a Carella y luego

le dijo a Monroe:

—¡Caramba! Es Carella, de la 87 —como si lo descubriera con gran sorpresa.

—Cielos, creo que sí —afirmó Monroe, apartándose del agente. También él lucía sobretodo negro. Llevaba un sombrero de fieltro gris inclinado hacia atrás. Tenía un tic nervioso en un ojo que parecía activarse mágicamente cada vez que hablaba su compañero, como si un secreto mecanismo de grabación estuviese funcionando detrás de sus carnosos rasgos.

—Espero que no hayamos interferido en vuestra comida, o en alguna otra cosa —dijo Carella.

—Lo que me agrada de los policías de la 87 —acotó Monoghan mientras el tic de Monroe se disparaba— es que siempre se preocupan por sus colegas de departamento.

—Siempre, son muy divertidos —observó Monroe.

—Siempre me sorprende —dijo Monoghan, poniéndose las manos en los bolsillos, con los pulgares sobresaliendo, como una vez le había visto hacer a Sydney Greenstreet en una película— su preocupación y su buen humor.

—A mí también me sorprende —coincidió Monroe.

—¿Quién es el fiambre? —preguntó Monoghan.

—Todavía no lo sé —replicó Carella—. Estoy esperando a que termine el fotógrafo.

—Hace buenas fotos —dijo Monroe.

—Tengo entendido que además hace retratos —comentó Monoghan.

—¿Sabéis qué hacen ahora algunos de estos tipos? —preguntó Monroe.

—¿Qué tipos? —inquirió Monoghan.

—Los fotógrafos. Los que envían a homicidios.

—No. ¿Qué hacen?

—Usan esas cámaras polaroid para tomar las fotos.

—¿Sí? ¿Y qué prisa tienen?

—No es que tengan prisa —observó Monroe—, sólo que cuando se está trabajando con un fiambre, si la foto no sale bien, no se le puede llamar para

que vuelva a posar, ¿no? Para entonces, la morgue lo tiene todo troceado. De este modo, los fotógrafos ven en seguida el resultado.

—Vaya, qué más se les ocurrirá, ¿eh? —comentó Monoghan, con adecuada expresión de desconcierto—. ¿Qué hay de nuevo, Carella? ¿Cómo está el jefe? ¿Cómo andan los muchachos?

—Todos están bien —contestó Carella.

—¿Estás trabajando en algo interesante?

—Éste parece que va a ser interesante —dijo Carella.

—Sí, los francotiradores siempre lo son —convino Monoghan.

—Una vez tuvimos un francotirador —dijo Monroe— cuando acababan de nombrarme detective, trabajando para la 39. Él sólo disparaba a las ancianas. Ésa era su especialidad, las viejecitas. Las eliminaba con una cuarenta y cinco. Además era un magnífico tirador. ¿Recuerdas a Mickey Dunhill?

—Sí, lo recuerdo —contestó Monoghan.

—¿Recuerdas a Mickey Dunhill? —le preguntó Monroe a Carella.

—No. ¿Quién era?

—Un detective que trabajaba en la 39. Un tipo chiquito, que podía sentarlo a uno de culo, era fuerte como un toro. Lo vestimos de viejecita. Así fue como pescamos al tipo. Disparó a Dunhill y él se levantó las faldas y lo persiguió hasta el tejado y casi lo mata a golpes.

—Sí, lo recuerdo —dijo Monoghan.

—Llevamos al tipo al centro, ¿sabes? Al francotirador. Lo sentamos en una silla y tratamos de averiguar por qué mataba ancianas. Pensamos que tal vez tuviera un Edipo de éstos, ¿entiendes? Pero...

—¿Un qué? —preguntó Monoghan.

—Edipo —contestó Monroe—. Era ese rey griego. Se acostaba con su madre.

—Eso está en contra de la ley —observó Monoghan.

—Lo sé. Bueno, pensamos que tal vez ese francotirador estuviera loco, ¿sabéis? De modo que le preguntamos una y otra vez por qué a las abuelas. ¿Por qué no se cargaba a viejos? O a cualquiera. Por qué sólo viejecitas.

—¿Y? —preguntó Monoghan.

—No nos lo quiso decir —contestó Monroe, encogiéndose de hombros.

—¿Cómo?

—Que no nos lo quiso decir.

—Entonces, ¿cuál es el sentido de tu historia?

—¿Qué quieres decir con eso del sentido? ¡Él era un tipo que andaba por ahí disparando a las viejas! —respondió Monroe indignado.

—¿Sí? ¿Y?

—¿Y? ¿Qué quieres decir con lo del sentido? Ése es el sentido. —¿Y el otro tipo?

—¿Qué tipo?

—El griego —dijo Monoghan con impaciencia.

—¿Qué griego?

—El rey, el rey. ¿No dijiste que había un rey griego?

—Oh, por Dios, él no tenía nada que ver —replicó Monroe.

—De todos modos, debisteis investigarlo —insistió Monoghan—. Nunca se sabe.

—¿Cómo podíamos investigarlo? Era legendario.

—¿Era qué? —preguntó Monoghan.

—Legendario, legendario.

Monoghan asintió con la cabeza, con expresión de haberlo entendido.

—Bueno, eso es diferente —comentó—. Sin embargo, siempre conviene cubrir todos los ángulos.

—Creo que el fotógrafo ha concluido —dijo Carella.

—¿Nos necesitas? —preguntó Monroe.

—No creo. Os enviaré una copia del informe.

—¿Sabes qué deberías hacer? —preguntó Monroe.

—¿Qué?

—Disfrazar a ese grandote pelirrojo que tienes allá, ¿cómo se llama? —¿Cotton Hawes?

—Sí, él. Disfrazarlo de viejecita. Tal vez tu francotirador intente cargárselo.

—Parece preferir a los hombres de edad madura —dijo Carella. Monoghan se volvió para mirar al cadáver.

—No puede tener más de cuarenta —dijo, levemente irritado—. ¿Desde cuándo la cuarentena es una edad madura?

—Mediana, quise decir —contestó Carella.

—Sí, eso está mejor —observó Monoghan—. Envíanos dos ejemplares, tenemos una nueva disposición.

—Vamos, sed buenos —pidió Carella.

—¿Acaso redacto yo las disposiciones?

—¿Seguro que no? —preguntó Carella con aire de sorpresa.

—Ya empezó otra vez. ¿Entiendes a qué me refiero? Uno puede mearse de risa. Envía las dos copias, Carella. Veamos quién se ríe último.

—¿Crees que puede haber sido el tipo griego? —preguntó Carella.

—¿Qué griego?

—No sé, ese del que estaba hablando Monroe.

—Yo no lo descartaría —dijo Monoghan—. Un tipo que es capaz de acostarse con su propia madre, es capaz de cualquier cosa.

Sonriendo, Carella fue hacia donde el fotógrafo se encontraba guardando el equipo.

—¿Ha concluido? —le preguntó.

—¿En qué puedo ayudarle? —se ofreció el fotógrafo.

—Voy a necesitar algunas de esas fotos.

—Seguro. ¿Qué distrito es éste?

—El 87.

—Bien —dijo el fotógrafo—. ¿Y su nombre?

—Carella. Steve Carella.

—Las tendrá mañana. —Miró el sedán que acababa de detenerse en el borde de la acera y entonces sonrió y exclamó:

—Oh, oh.

—¿Qué sucede?

—Los muchachos del laboratorio. Ahora tendrá que esperar hasta que ellos terminen.

—Todo lo que quiero es descubrir quién demonios es el tipo —dijo Carella, y entonces se volvió hacia los dos técnicos que descendían del automóvil.

Había descubierto quién demonios era el tipo revisándole la cartera y ahora venía la parte difícil.

El individuo era Anthony Forrest y en su permiso de conducir constaba la dirección Morrison Drive 301, así como su altura de metro setenta y ojos azules. Llevaba seis tarjetas de crédito, todas a su nombre: Diner's Club, American Express, Carte Blanche, Gulf Oil Corporation, Mobil Oil Company y la de uno de los grandes almacenes de moda masculina de la ciudad. También llevaba una tarjeta comercial con su nombre, Anthony Forrest, y el de su empresa Indian Exports, Inc., Avenida Culver 580, que resultaba ser la dirección del edificio frente al cual había sido abatido y muerto. La tarjeta comercial también le daba un título: vicepresidente, y el número de teléfono de la compañía, Frederick 7-4100. Había otras tarjetas diversas y trozos de papel en la cartera, así como un billete de cinco dólares doblado dentro de su permiso de *conductor*, al parecer como seguro contra las multas de tráfico. Tenía en total setenta dólares en efectivo, tres billetes de veinte, el de cinco y otros cinco de uno.

Al desdoblar la cartera Carella vio las fotos.

La mujer tal vez tuviera treinta y cinco años y tenía brillantes ojos juveniles y pelo claro. Le sonreía feliz a través del celuloide. Había fotos de tres niños, todos con el pelo claro y los ojos de la mujer, dos chicos y una chica. Los niños llevaban uniforme de los Cachorros Exploradores. Uno parecía un poco mayor que el otro, pero no tenían más de diez u once años. La chica tal vez tuviera quince o dieciséis años. La foto había sido tomada en algún lugar de la playa. Ella sostenía una gran pelota a rayas y sonreía por encima del balón. Forrest mismo estaba detrás de la chica, sonriendo como un adolescente y levantando dos dedos detrás de la cabeza de ella, como si fueran dos cuernos.

Carella suspiró y cerró la cartera.

Existe una curiosa norma policial que requiere que se identifiquen los cadáveres y suele ser un pariente consanguíneo el que hace la identificación positiva, permitiendo de ese modo que la policía sepa que está buscando al asesino de John Smith y no al asesino de John Doe. Las fotos parecían indicar que Forrest tenía esposa y tres hijos, y ahora le tocaba a alguien ir hasta su casa, esperar a que se abriera la puerta, enfrentarse a esa esposa e hijos y decirles que Anthony Forrest, esposo, padre, el ser amado, estaba completamente muerto.

Ese alguien era Steve Carella.

La muchacha que abrió la puerta en Morrison 301 era la misma que Carella había visto en la foto sonriendo por encima de la pelota. Pero, obviamente, la foto había sido tomada hacía algunos años, porque la muchacha parecía tener al menos diecinueve o veinte años. El pelo tampoco parecía tan rubio, pero tenía la misma mirada vivaz e inquisitiva en sus ojos azules. Sonrió a Carella con una cortés expresión de desconcierto y preguntó:

—¿Sí? ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Señorita Forrest? —preguntó Carella.

—¿Sí? —dijo ella, más confundida ahora, con las cejas rubias levemente enarcadas.

—Soy el detective Carella del distrito 38 —dijo él. Hizo una pausa y amablemente mostró su insignia y su tarjeta de identificación y luego se aclaró la garganta. La muchacha aguardaba—. ¿Puedo hablar con su madre, por favor?

—No está en casa —replicó la chica.

—¿Sabe dónde puedo localizarla?

—Fue a encontrarse con mi padre para comer —dijo la joven—. ¿Por qué?

—¡Oh! —exclamó Carella y de repente la muchacha recibió el mensaje. Hasta ese momento sólo se había mostrado intrigada por la aparición del policía, pero algo en el modo en que pronunció «Oh» desencadenó la

alarma en ella. Los ojos se le engrandecieron, dio un rápido y breve paso hacia él y le preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¿Puedo entrar? Por favor.

—Sí, claro —replicó la joven, pero no pasaron del vestíbulo—. ¿Qué sucede? ¿Qué ha ocurrido?

—Señorita... —empezó a decir Carella pero dudó, preguntándose si debía decírselo, si ella tenía edad suficiente para oír la noticia, pero comprendió que debía localizar a la madre, debía informar a alguien—. ¿Sabe adónde ha ido su madre? ¿Dónde se iban a encontrar?

—Sí, en Schrafft's. No sé si comerían ahí, pero ése era el sitio donde habían quedado. Escuche, ¿quiere decirme, por favor, de qué se trata?

Carella la miró un instante que pareció una eternidad. Luego, muy suavemente, dijo:

—Señorita, su padre ha muerto.

La muchacha retrocedió unos pasos. Lo miró fijamente por un momento, luego sonrió extrañamente, pero la sonrisa desapareció de la boca y sacudió la cabeza una vez, brevemente, y dijo:

—No.

—Lo siento, señorita.

—Debe haber algún error. Él iba con mi madre a...

—No creo que haya ningún error, señorita.

—Bueno... bueno... ¿cómo lo sabe? Quiero decir... Por Dios, ¿qué ha sucedido?

—Le dispararon.

—¿A mi padre? —preguntó ella con incredulidad. Sacudió de nuevo la cabeza—. ¿Un disparo? ¿Está usted bromeando?

—Lo siento, señorita, no estoy bromeando. Quisiera contactar con su madre. ¿Puedo usar el teléfono?

—Mire... mire... lo que usted dice es... es imposible, ¿no lo entiende? Mi padre se llama Anthony Forrest. Estoy segura de que usted...

Carella le tocó suavemente el brazo.

—Señorita —le dijo—, el hombre iba documentado. Estamos razonablemente seguros de que era su padre.

—¿Qué documentación?

—Una cartera.

—Entonces alguien debe habérsela robado —dijo la joven—. Eso sucede con mucha frecuencia, ya sabe. Y el hombre muerto sin duda llevaba la cartera que robó a mi padre, de modo que usted naturalmente supuso...

—¿Quién es, Cindy? —gritó una voz de muchacho desde arriba.

—No es nada, Jeff. Todo va bien —contestó ella.

—Quisiera llamar a su madre —dijo Carella.

—¿Para qué? ¿Para alarmarla sin ninguna necesidad también a ella?

Carella no respondió. Miró fijamente a la muchacha en silencio. Las lágrimas se agolpaban tras sus ojos, Carella las podía imaginar acumulándose, pero ella se mantuvo firme por un largo momento y entonces dijo:

—Vaya, llame. Pero... será mejor que no se equivoque, ¿me oye? Mejor que ese hombre sea mi padre. Porque... usted... será mejor que no cometa un error. —Las lágrimas brotaban ahora de sus ojos, una película opaca sobre el azul claro—. El teléfono está ahí —dijo.

Mientras él la seguía al cuarto de estar, ella agregó:

—Estoy segura de que no es mi padre. —Una breve risa se le atascó en la garganta—. ¿Cómo podrían disparar... disparar a mi padre?

Carella cogió la guía telefónica y buscó el número del restaurante Schrafft's más próximo a la oficina de Forrest. Estaba empezando a marcar cuando la chica le tocó la mano.

—Escuche —dijo.

Él la miró.

—Escuche —dijo, y de pronto las lágrimas empezaron a rodar incontroladas por su rostro—, no es una mujer muy fuerte. Por favor... cuando se lo diga... dígaselo suavemente, ¿sí? Por favor, cuando le explique que mi padre está muerto, ¿vale?

Carella asintió con la cabeza y empezó a marcar el número.

Clara Forrest tenía treinta y nueve años y era una mujer esbelta con una red de diminutas arrugas alrededor de los ojos y la boca. Acompañó en silencio a Carella a la morgue, en el rostro esa expresión curiosamente tensa, casi enojada, que adopta la gente cuando le dicen que ha llegado la muerte. Mientras el asistente tiraba del cajón que se desplazaba sobre ruedecitas engrasadas, ella se mantuvo de pie en silencio y luego miró el rostro del marido, sin decir una palabra, asintiendo con la cabeza una sola vez. Había aceptado la información desde el instante en que Carella se la reveló por teléfono. Tener que mirar ahora el rostro del hombre con el que se había casado cuando tenía diecinueve años, el hombre al que había amado desde los diecisiete, el hombre al que le había dado tres hijos, tener que mirar ahora el rostro muerto y ciego de un hombre que era ya un cadáver sobre un engrasado cajón de la morgue era sólo rutina. El dolor había empezado en el instante en que Carella le habló, el resto era sólo rutina.

—¿Es su esposo, señora Forrest? —preguntó Carella.

—Sí.

—¿Y su nombre es Anthony Forrest?

—Sí. —Clara sacudió la cabeza—. ¿No podemos salir de aquí, por favor?

Salieron del gran salón resonante y se detuvieron en el corredor del hospital.

—¿Le harán la autopsia? —preguntó ella.

—Sí, señora Forrest.

—Preferiría que no.

—Lo siento.

—¿Cree que sufrió?

—Seguro que murió instantáneamente, señora Forrest.

—Gracias a Dios.

Hubo un largo silencio.

—Tenemos relojes —dijo Clara—. Tal vez unas dos docenas. Yo sabía que sucedería esto.

—¿Qué quiere decir?

—Él siempre daba cuerda a los relojes. Algunos son muy complicados. Los más antiguos. Y alguno de los más difíciles son extranjeros. Él solía darles cuerda cada semana, los sábados, a todos los relojes. —Ella hizo una pausa y mostró una fatigada sonrisa—. Siempre tuve tanto miedo de que sucediera esto. Ya sabe, él... Yo nunca aprendí a darles cuerda.

—No entiendo —dijo Carella.

—Ahora... ahora que Tony se ha ido —dijo ella tristemente—, ¿quién dará cuerda a los relojes?

Entonces empezó a llorar.

El departamento de policía es una vasta organización y un detective es sólo una parte de ella. Va a su oficina todos los días y realiza su trabajo. Y como sucede con cualquier otro trabajo, hay reglas y procedimientos de la compañía y papeles para pasar a máquina y dictar, llamadas telefónicas que hacer, gente que entrevistar y visitar, hechos a investigar, otras ramas de la organización a las cuales contactar y especialistas a quienes consultar. Y como sucede con cualquier otro trabajo, en el oficio policial es imposible dedicar todas las energías de uno a un único asunto urgente. Siempre hay recados para otra cosa, siempre hay que ver a personas que no están relacionadas, hay fechas conflictivas de vacaciones y escasez de personal y superposiciones y errores y simple fatiga.

Ser detective es como ser un ejecutivo contable.

Sólo hay una diferencia sustancial, pero una vez que se hace el ajuste mental, la diferencia se torna insignificante.

Un ejecutivo contable, a pesar de la asesina notoriedad de su profesión, rara vez tiene que enfrentarse con la muerte y sin duda no cada día.

Un detective ve la muerte en todas sus variantes al menos cinco veces por semana, habitualmente con mayor frecuencia. La ve en la calle en su forma elemental, la lenta desintegración de chicos y chicas, hombres y mujeres, expuestos al nocivo deterioro de los barrios bajos, que mueren poco a poco, mientras la cruel ciudad les va chupando la vida. La ve más cruelmente en los drogadictos, una muerte que existe sólo por su negación de la vida, la asfixia lenta de toda voluntad, la gradual extinción de todo

impulso, salvo el impulso hacia la heroína. La ve en los ladrones convictos, los asaltantes, los estafadores, los rufianes, como la muerte impuesta por la ley, la muerte gradual del confinamiento entre rejas. La ve en las prostitutas que han presenciado la muerte del honor y que diariamente multiplican la muerte del amor, que desangran la propia vida cincuenta veces por día bajo los implacables puntazos de innumerables cópulas. La ve en los homosexuales, que han presenciado la muerte de su virilidad y que viven una desesperada y moribunda existencia a la sombra de la ley. La ve en las pandillas juveniles, que viven en el temor de la muerte y propagan el miedo infligiendo la muerte para proscribir el temor.

Y la ve en su peor manifestación, como resultado de emociones violentas que estallan en la mente y ejecutan las manos. Ve heridas de bala y de arma blanca, mutilados y destripados. Y siempre, siempre que mira otro cuerpo humano asesinado y anulado, es como si le arrancaran de su propio cuerpo, pierde su propia humanidad para convertirse en un observador, un visitante de algún sitio lejano del espacio que estudia esa curiosa raza de gentes insectos que se destrozan unos a otros, que se despedazan miembro a miembro y beben la sangre del otro: se queda azorado, un humano civilizado que momentáneamente renuncia a su ciudadanía, incapaz de creer que pueda existir tal crueldad en hombres que casi han llegado a las estrellas. Y entonces cierra los ojos, parpadea, vuelve a abrirlos y no hay más que un caso tendido sobre el suelo y él no es más que un hombre de la organización que debe investigar en busca de datos e información, antes de que se archive junto con todo el resto.

Por el informe balístico, Carella supo que el proyectil extraído del marco de madera de las puertas detrás de Forrest y el casquillo vacío que se encontró en el tejado del edificio del lado opuesto de la calle eran partes separadas de un cartucho Remington de calibre 308. El informe también expresaba que el 308 tenía una vaina completamente metálica, con una bala recubierta de cobre que tenía seis estrías, una punta blanda, una torcedura a la derecha y pesaba 11,5 gramos. Se sugería que el asesino de Forrest debía haber usado una mira telescópica, ya que la distancia entre el tejado y la

acera donde se encontraba Forrest era de alrededor de ciento cincuenta metros.

Carella estudió el informe y luego se comportó como un novato. Ignoró la acuciante premonición que había comenzado en el instante en que miró al muerto, confiando en que si la ignoraba desaparecería, con lo que le facilitaría el estudio del caso. Él había contestado a la alarma, de modo que el caso era oficialmente suyo. Los hombres de la 87 rara vez trabajaban con un compañero fijo, preferían compartir el trabajo de manera aleatoria pero efectiva, delegando tareas a quienes tuvieran tiempo o energías disponibles. Apenas era abril, pero Meyer Meyer justamente volvía de vacaciones para reemplazar a Bert Kling, que empezaba las suyas. Las vacaciones adelantadas eran idea del teniente. La violencia de las pandillas y el delito en general parecían gozar de un incremento durante los meses de verano y él quería que su brigada al completo estuviera en actividad durante julio y agosto. Cotton Hawes y Hal Willis intentaban desesperadamente poner freno a una serie de robos en depósitos. Andy Parker estaba trabajando en un asalto a una joyería y Arthur Brown colaboraba con el Departamento de Narcóticos en un intento de pescar a un traficante que se ocultaba en el distrito. Había dieciséis detectives en la brigada y Carella había colaborado con todos en una u otra ocasión, pero le gustaba trabajar con Meyer Meyer y se alegró cuando el teniente lo asignó al caso.

Extrañamente, Meyer encajó de inmediato en el plan que había diseñado Carella. También él ignoró olímpicamente algo que los dos tenían ante las narices. Pareció desproporcionadamente contento al descubrir que sabían quién era la víctima, dónde vivía la familia y qué clase de bala había causado la muerte. A menudo habían comenzado casos sin la menor idea del nombre o la dirección de la víctima, sin un solo indicio que condujera a la familia o los amigos.

Se dijeron uno al otro que estaban buscando a un determinado ser humano que había matado a otro ser humano específico. Sabían muy bien que era imposible aclarar cada caso de asesinato que se les presentaba, pero también sabían que la adecuada cantidad de paciencia y de esfuerzo físico, unida a las preguntas correctas formuladas a la gente que correspondía,

solía producir los resultados deseados. Un hombre no es asesinado, se dijeron, a menos que alguien crea que lo debe matar.

Cambiaron de opinión al día siguiente.

OceanofPDF.com

3

Era otro glorioso día de primavera.

Era casi imposible que la gente del campo entendiera lo que un día semejante puede significar para la persona que vive en la ciudad. La noche anterior el ciudadano escuchó ávidamente las previsiones del tiempo en la televisión y ahora, lo primero que hace al despertar con la estrepitosa alarma del reloj es ir cautelosamente a la ventana y atisbar el cielo. Siente un primer estremecimiento matinal si el cielo está azul. Sabe de inmediato que ése será un día en que nada puede salir mal. Luego —verano o invierno, primavera u otoño— abre la ventana para comprobar la temperatura del aire, basando su vestimenta, su actitud, su entera filosofía de la vida en las conclusiones que saca de esos primerísimos instantes del día.

Randolph Norden oyó la radio-despertador a las 7.30. La había comprado porque imaginaba que sería grato despertarse con música cada mañana. Pero su hora habitual para levantarse era las 7.30, hora de noticias, y cada mañana lo despertaba el sonido de un locutor que daba las últimas malas noticias sobre Rusia. Había tratado de conectarla para que funcionara a las 7.35, hora en que las noticias habían dado paso a la música, pero descubrió que necesitaba esos cinco minutos extra si quería llegar a tiempo a la oficina. También había intentado ponerla para que funcionara a las 7.25, pero luego empezó a lamentar la pérdida de esos cinco minutos de sueño. Y así, cada mañana, Randolph Norden escuchaba las malas noticias de la radio-despertador que había comprado para oír música. Según su modo de pensar, era otro ejemplo de la injusticia de la vida.

Cuando se levantó de la cama oyó que el locutor le informaba sobre unas islas frente a la costa en alguna parte, y murmuró:

—Vete al infierno, tú y tus islas. —Luego caminó fatigosamente hacia la ventana del dormitorio, levantándose la parte superior del pijama y

rascándose el vientre, ofendido en general con la radio despertador y con su esposa, Mae, que estaba profundamente dormida en la cama, e incluso con sus hijos que dormían en sus respectivas habitaciones en el otro extremo del piso, y también con la criada que, aunque era su empleada, dormía hasta más tarde que él cada mañana, lo que lo obligaba a prepararse su propio desayuno. Levantó la cortina, sintiéndose cruel ya que deseaba que la luz del sol diera en la cama y en el rostro de su esposa. Pero de inmediato se sintió culpable y se dio la vuelta rápidamente para ver si el sol había tocado el rostro de Mae. No. Por un momento desesperado pensó, *Hoy no hay sol*, pero luego miró hacia las terrazas hasta donde el cielo se curvaba en una azulada artificialidad. Esbozó una sonrisa, hizo un breve movimiento de afirmación con la cabeza y entonces abrió la ventana.

Sacó la cabeza. El aire era cálido, con una suave brisa balsámica que soplaba del sur del río Harb. Desde su piso en la planta doce, veía el tráfico del río y la magnífica extensión del puente en la distancia. El esbozo se convirtió en una amplia sonrisa. Dejó abierta la ventana, volvió a la cama, apagó la radio y se quitó el pijama. Se vistió rápida y silenciosamente, poniéndose ropa interior, pantalones, calcetines y zapatos, para luego ir al baño donde se rasuró con la maquinilla eléctrica. Mientras se afeitaba, sus convicciones acerca del día empezaron a tomar una forma más firme y confiada. Era un hombre al que le agradaba repetir que los mejores pensamientos siempre los tenía mientras se rasuraba, y en verdad tenía algunos pensamientos magníficamente inventivos —o eso le parecía a él— mientras pasaba la maquinilla sobre la barba. Cuando terminó de afeitarse, de ponerse camisa, corbata y chaqueta, y de ir a la cocina a servirse un poco de zumo y de prepararse café, ya se sentía ansioso por llegar a su oficina legal de Avenida Hall, donde pondría en práctica algunas de esas ideas magníficamente inventivas. Apuró el zumo y el café y luego fue hasta el otro extremo del piso, donde los niños aún estaban en la cama. Joanie estaba despierta, sentada y leyendo un Libro Dorado, con los rasgos aún deformados por el sueño.

—Buenos días, papito —saludó la niña y volvió a su libro.

—Hasta la noche, ¿eh? —dijo él después de besarla, a lo que la niña asintió con la cabeza y continuó su lectura. Fue al otro dormitorio, donde

Mike aún dormía. No lo molestó. En cambio, volvió al otro extremo del piso y besó a Mae, que farfulló algo y giró sobre sí misma. Él sonrió, fue hasta la puerta, tomó su portafolios y salió al pasillo.

—Buenos días, señor Norden. Hoy es un hermoso día —saludó el ascensorista.

—Sí, lo es, George —respondió él.

Descendieron en silencio hasta el vestíbulo de entrada. Salió, asintió con la cabeza en respuesta al «Tenga un buen día, señor Norden» de George, y se acercó a los buzones, que revisó rutinariamente aunque sabía que era demasiado temprano para que hubiera correo. Abrió la puerta de la calle, salió a la acera, miró el cielo y volvió a sonreír.

Aspiraba una profunda bocanada del fresco aire primaveral cuando la bala lo alcanzó entre los ojos y lo mató.

El detective que recibió el aviso en el distrito 65 era un hombre bastante inteligente de la organización, que trataba de mantenerse al tanto de cuanto sucediera de importancia en el departamento. El homicidio era un suceso raro, desacostumbrado, en el elegante distrito 65, por lo que se sorprendió un poco cuando el policía lo informó. Se puso el sombrero, le hizo una seña a su compañero, sacó un sedán policial con dos neumáticos frontales lisos y condujo hasta donde Randolph Norden yacía muerto en la acera. No le llevó mucho tiempo darse cuenta de que a Norden le habían disparado desde algún punto alto de uno de los edificios de la acera de enfrente, desde una ventana o un tejado. El orificio de entrada estaba entre los ojos y el de salida en la nuca, indicando un ángulo de trayectoria muy marcado. Él no era un policía ansioso por eludir el trabajo. En realidad, no tenía ganas de perderse un buen asesinato en un distrito donde los delitos mayores solían ser robos o asaltos callejeros. Pero había leído el periódico matutino y sabía que a un hombre llamado Anthony Forrest le habían disparado en la Avenida Culver en el distrito 87 el día anterior, y su mente hizo una conexión automática... Sin embargo, decidió aguardar antes de abandonar el caso. No debió esperar mucho.

Balística le informó que el proyectil que había atravesado la cabeza de Norden, aplastándose contra el pavimento, y el casquillo vacío, hallado en el tejado del edificio de enfrente, eran partes de un cartucho Remington calibre 308. El informe continuaba señalando que el 308 tenía una vaina metálica, con bala recubierta de cobre que tenía seis estrías, una punta blanda, una torcedura a la derecha y pesaba 11,5 gramos. Y luego, como alguien de Balística estaba en el asunto, había una nota manuscrita adicional en la parte inferior del informe:

*Mejor llame al detective Stephen Carella,
Brigada 87, Frederick 7-8024. Está
investigando un caso semejante de ayer,
cartucho idéntico, idénticas marcas.*

G.L.

El detective de la 65 leyó el informe y el comentario adicional y luego dijo sin referirse a nadie en particular:

—¿Qué demonios le hace pensar que debía decírmelo? Descolgó el teléfono y empezó a marcar.

Carella y Meyer habían eludido cuidadosamente la posibilidad de que Anthony Forrest hubiese sido abatido por un francotirador.

El francotirador suele ser una rara variedad de asesino que sólo está relacionado con su equivalente en época de guerra en los métodos que ambos emplean. El francotirador tanto en tiempo de guerra como en paz está oculto, aguarda emboscado a su presa. Su éxito se basa en el elemento sorpresa, en combinación con la rapidez de acción y una puntería que debe ser perfecta. En la guerra, un francotirador oculto en los árboles puede debilitar y mutilar de forma eficaz todo un escuadrón, matando a varios de sus miembros antes de que el escuadrón se ponga a cubierto, manteniendo al resto en una impotente inmovilidad. Un equipo coordinado de buenos francotiradores puede cambiar el resultado de una batalla. Son temibles

enemigos porque hacen llover una repentina muerte del cielo, como la ira de Dios.

Los entrenan para matar a soldados enemigos. Si eliminan a muchos, les condecoran. Un buen francotirador de guerra puede granjearse incluso la reticente admiración de los hombres a los que intenta matar. Los soldados suelen participar en un silencioso juego de ingenio contra él, tratando de descubrir dónde está y luego intentando averiguar cómo pueden desalojarlo de su posición ventajosa antes de que los mate a todos. Un francotirador de guerra es un experto peligroso.

Un francotirador en tiempo de paz es cualquier cosa.

Puede ser un chico probando su nueva BB apuntando a los transeúntes desde la ventana de su dormitorio. Puede ser un hombre que le dispara a cualquier cosa de rojo. Puede ser del tipo de Jack el Destripador, que le dispara a toda rubia bonita que pasa. Puede ser un anticlerical, un antivegetariano, un antioctogenarios, un antisemita, un antipacifista, un anti cualquier ser humano. El único dato claro parecería ser que es un anti. Y sin embargo, a menudo la policía ha arrestado a francotiradores que disparaban a las personas por diversión, que habían desconectado el acto del asesinato de lo que consideraban mero deporte. Para muchos francotiradores, el juego letal es sólo práctica de tiro. Para otros es una cacería y se emboscan del modo en que se esconden los cazadores de patos. Para algunos es una forma de liberación sexual. En la guerra el francotirador tiene una razón y un propósito; muy a menudo, el francotirador en tiempo de paz carece de ambos. El primero suele estar clavado en un sitio, atado a un árbol, metido en un ático desalojado por el bombardeo. Si se mueve, lo pueden divisar y cazar. La falta de movilidad es su debilidad táctica. El segundo puede disparar y luego desaparecer. Puede hacerlo porque sus víctimas casi siempre están desarmadas y nunca esperan la violencia. Generalmente sigue la confusión al disparo y él desaparece en esa confusión. No hay nadie que le devuelva el disparo. Ha dejado atrás a un hombre muerto y ahora puede dar un paseo como cualquier otro en la ciudad.

La guerra es deshonrosa, pero sus francotiradores sólo son técnicos entrenados que realizan una tarea.

Los francotiradores en tiempo de paz son asesinos al por mayor.

Ni Carella ni Meyer querían que su hombre fuera un francotirador. El distrito 87 había recogido la primera alarma, que hacía que el caso fuera suyo, un bello y gordo bebé gruñón abandonado en su portal en una canasta. Si su hombre era un francotirador, y si decidía disparar a toda la ciudad, el caso seguía siendo suyo. Oh, claro, habría detectives adicionales asignados por otros departamentos, tal vez, y el suyo ofrecería toda la ayuda posible, tal vez, pero el francotirador era suyo, y había diez millones de personas en la ciudad, cualquiera de las cuales podía ser o el asesino o la próxima víctima.

¿Cómo se juega un juego sin reglas?

¿Cómo se le aplica lógica a algo que no la tiene?

Se intenta.

Se comienza por el principio.

—Si es un francotirador —dijo Meyer—. Ni siquiera estamos seguros de eso todavía. Sólo ha habido dos hasta ahora, Steve. Si quieres mi opinión, creo que este tipo de la 65... ¿cómo se llama?

—Di Nobile.

—Sí, creo que nos ha encajado el asunto prematuramente.

—Las mismas marcas —comentó Carella.

—Sí, sí.

—El mismo cartucho.

—Todos los hombres son bípedos —dijo Meyer misteriosamente—, por lo tanto, todos los bípedos son hombres.

—¿Y? —preguntó Carella.

—Y, puede ser demasiado pronto para suponer que porque dos tipos fueron abatidos desde dos tejados diferentes, y porque se usó el mismo proyectil en ambos casos, eso...

—Meyer, ojalá a esos dos tipos les hubiese disparado mi tía Matilda porque ella es la beneficiaria del seguro de vida de ambos. Pero no parece probable. De momento, hay un modelo.

—¿Qué modelo?

—El obvio, para empezar. El modo en que se hizo y el arma usada.

—Podría ser coincidencia.

—Podría ser, te lo acepto. Pero el resto parece darle sentido.

—Es demasiado pronto para que nada tenga sentido —comentó Meyer.

—¿Sí? Entonces escucha esto. —Carella tomó una hoja mecanografiada de su escritorio. Miró a Meyer y empezó a leer—. Anthony Forrest tenía casi cuarenta y cinco años, casado, tres hijos. Tenía un cargo importante, vicepresidente, con un sueldo de cuarenta y siete mil dólares al año. Religión: protestante; política: republicano. ¿Has oído bien?

—Sigue.

—Randolph Norden tenía cuarenta y seis años, casado, dos hijos. También tenía un empleo importante, socio menor en un bufete de abogados, salario de cincuenta y ocho mil dólares al año. Religión: protestante; política: republicano.

—Cambias los nombres y podrían ser el mismo tipo.

—¿Estás tratando de decirme que crees que un francotirador anda detrás de todos los hombres de mediana edad que están casados, tienen hijos, y un cargo importante...

—Tal vez.

—¿Por qué no seguir adelante y aislar algunos datos, entonces? —dijo Meyer—. ¿Por qué no decimos simplemente que nuestro francotirador anda detrás de cualquiera de esta ciudad que tenga más de cuarenta y cinco años?

—Podría ser.

—¿O tal vez todos los hombres casados con un par de hijos o más, eh?

—Tal vez.

—¿O tal vez cualquiera que gane más de cuarenta mil dólares al año, eh?

—Puede.

—¿O todos los protestantes? ¿O todos los republicanos?

Carella tiró la hoja mecanografiada sobre el escritorio y dijo:

—O tal vez sólo las personas que tienen todas esas características.

—Steve, imagino que esa descripción correspondería, al menos, al menos, a cien mil personas de esta ciudad.

—¿Y? ¿Quién dice que nuestro francotirador no tenga todo el tiempo del mundo? Tal vez esté dispuesto a llegar a todos y cada uno de ellos.

—Eso lo convierte en un loco —observó Meyer.

Carella lo miró a los ojos.

—Meyer —dijo—, exactamente por eso esperaba que este caso no resultara ser el de un francotirador.

—Aún no lo es —observó Meyer—. Sólo porque ese tipo de la 65 haya madrugado más que nosotros...

—Yo no lo veo así. Creo que ha sido un policía inteligente que hizo la única deducción lógica. Creo que es el caso de un francotirador y espero que no sea el de un loco. Y creo que será mejor que empecemos a investigar tanto a Forrest como a Norden para descubrir si existían otras semejanzas. Eso es lo que pienso.

Meyer se encogió de hombros y luego metió las manos en los bolsillos y dijo:

—Justo lo que necesitábamos en este momento, un francotirador.

OceanofPDF.com

El presidente de Indian Exports, Inc., la firma con la que había estado conectado Anthony Forrest, era un hombre calvo de más de sesenta años, algo robusto, algo pomposo, algo alemán. Tal vez tuviera un metro setenta de altura, con un vientre hinchado y el andar de pies planos. Meyer Meyer, que era judío, se sintió inmediatamente incómodo en su presencia.

El hombre se llamaba Ludwig Etterman. Estaba de pie ante su escritorio en lo que parecía genuina desesperación.

—Tony era un buen hombre. No puedo entender por qué ha sucedido esto —dijo Etterman con un levísimo acento alemán.

—¿Cuánto tiempo hacía que estaba asociado con él, señor Etterman? —preguntó Carella.

—Quince años. Es mucho tiempo.

—¿Puede darnos algunos detalles, señor?

—¿Qué desearían saber?

—Cómo se conocieron, qué clase de arreglo comercial tenían, cuál era la función del señor Forrest.

—Era vendedor cuando nos conocimos. Yo ya tenía la empresa. Él vendía cartones para una compañía que estaba en el centro, pero que luego cerró. Nosotros importamos de la India, saben, y enviamos mercancías a todo el país, de modo que naturalmente necesitamos cartones para el envío. Por entonces, yo compraba la mayor parte de los cartones a la compañía de Tony. Lo veía, tal vez, dos veces al mes.

—Eso fue poco después de la guerra, ¿verdad, señor?

—Sí.

—¿Sabría decirnos si el señor Forrest estuvo en el servicio?

—Sí, estuvo —replicó Etterman—. Estaba en la artillería. Le hirieron en Italia, en una batalla con los alemanes. —Etterman hizo una pausa. Se volvió a Meyer y dijo—: Soy ciudadano norteamericano, ¿saben? Estoy

aquí desde 1912, mis padres vinieron cuando yo era un muchacho. La mayor parte de la familia se marchó de Alemania. Algunos fueron a la India, y así empezó la empresa.

—¿Sabe usted qué rango tenía el señor Forrest en el ejército, señor? —preguntó Carella.

—Era capitán, creo.

—Bien, continúe, por favor.

—Bueno, me agradó desde el comienzo. Tenía modales gratos. Los cartones, después de todo, son lo mismo los compre uno donde los compre. Se los compraba a Tony porque me agradaba personalmente. —Etterman ofreció un cigarro a los detectives y luego se encendió uno—. Mi único vicio —comentó—. Mi médico dice que me va a matar. Le dije a mi médico que me gustaría morir en la cama con una joven rubia, o de lo contrario fumando un cigarro. —Etterman sofocó una risita—. A mi edad, tendré que contentarme con morir fumando un cigarro.

—¿Cómo entró en la empresa el señor Forrest? —inquirió Carella, sonriendo.

—Un día le pregunté si estaba contento con su trabajo, porque si no yo estaba dispuesto a hacerle una oferta. Lo discutimos un poco y vino a trabajar para la compañía. Como vendedor. Eso fue hace quince años. Ahora, o más bien cuando murió, era vicepresidente.

—¿Qué lo indujo a hacerle la oferta, señor Etterman?

—Como les dije, me gustó desde el comienzo. Luego, también... —Etterman sacudió la cabeza—. Bueno, eso no importa.

—¿Qué, señor?

—Saben... —Etterman sacudió de nuevo la cabeza—. Saben, señores, yo perdí a mi hijo. Murió en la guerra.

—Lo lamento —dijo Carella.

—Sí, bueno, fue hace mucho tiempo, debemos seguir viviendo, ¿verdad? —Sonrió brevemente y con tristeza—. Estaba en un escuadrón bombardero, mi hijo. Su avión fue derribado en la incursión en Schweinfurt el trece de abril de 1944. Había una fábrica de cojinetes allí.

La oficina quedó en silencio.

—Nuestra familia llegó originalmente de un pueblo cercano a Schweinfurt. A veces resulta extraño el modo en que se dan las cosas en la vida, ¿no les parece? Yo nací en Alemania en un pueblo próximo a Schweinfurt y mi hijo murió como norteamericano volando sobre Schweinfurt. —Sacudió la cabeza—. A veces me hace pensar.

Nuevamente se hizo un silencio.

Carella se aclaró la garganta y dijo:

—Señor Etterman, ¿qué clase de persona era Anthony Forrest? ¿Se llevaba bien con el personal, se...?

—Era el mejor ser humano que haya conocido jamás —replicó Etterman—. No sé de nadie que no lo quisiera. —Sacudió la cabeza—. Sólo puedo creer que lo mató un maníaco.

—Señor Etterman, ¿salía él habitualmente de la oficina cada día a la misma hora?

—Cerramos a las cinco —dijo Etterman—. Tony y yo solíamos conversar durante unos quince minutos más. Sí, diría que salía del edificio entre las cinco y cuarto y las cinco y media.

—¿Se llevaba bien con su esposa?

—Él y Clara eran un matrimonio feliz.

—¿Y los hijos? La hija tiene diecinueve años, ¿verdad?, y los hijos unos quince años.

—Exacto.

—¿Algún problema con ellos?

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, si es que se han metido en algún problema.

—No entiendo a qué se refiere.

—Con la ley, con otros chicos, malas compañías, algo así.

—Son buenos chicos —comentó Etterman—. Cynthia se graduó con las notas más altas en su clase y obtuvo una beca para la Universidad de Ramsey. A los dos muchachos les va bien en sus estudios. Uno de ellos está en el equipo de béisbol de su escuela, y el otro pertenece al club de debates. No, nunca ha habido problemas con los hijos de Tony.

—¿Sabe usted algo de sus antecedentes en el ejército, señor Etterman? El que le disparó es un experto con un rifle, de modo que existe la

posibilidad de que sea un hombre que perteneció al ejército. Como el señor Forrest estuvo en el ejército...

—No sé mucho de eso. Estoy seguro de que habrá sido un buen oficial.

—¿Nunca mencionó haber tenido problemas con sus hombres, algo que pudo haberse convertido en...?

—Señores, él estuvo en el ejército durante la guerra. Hace mucho tiempo que concluyó. Sin duda, nadie alimentaría rencor durante tantos años.

—Todo es posible —acotó Carella—. Estamos buscando un punto de apoyo, señor.

—Debe ser un maníaco —dijo Etterman—. Sólo puede ser un maníaco.

—Espero que no, señor —afirmó Carella y entonces los dos policías se pusieron de pie y agradecieron el tiempo que les había dispensado.

Afuera en la calle, Meyer dijo:

—Siempre me siento raro cuando estoy cerca de alemanes.

—Ya lo he notado —comentó Carella.

—¿Sí? ¿Realmente se notaba? ¿Estuve demasiado serio?

—No dijiste una palabra en todo el rato.

Meyer asintió con la cabeza.

—Todo el tiempo pensaba: «Está bien, tal vez tu hijo haya muerto volando en un bombardero norteamericano sobre Schweinfurt, pero puede ser que por otra parte uno de tus sobrinos estuviera metiendo a mis parientes en los hornos de Dachau». —Meyer sacudió la cabeza—. Sabes, Sarah y yo estuvimos en una fiesta hace un par de semanas, y alguien estaba discutiendo con otro porque vendía coches alemanes en este país. Al fin, el tipo dijo que le gustaría ver a todo el pueblo alemán exterminado. De modo que el otro dijo: «Hubo una vez un alemán que quiso ver a todos los judíos exterminados». Y entendí lo que quería decir. ¿Qué demonios hace que sea más justo que los judíos exterminen a los alemanes que viceversa? Lo entendí perfectamente. Pero al mismo tiempo, Steve, algo dentro de mí estuvo de acuerdo con el primer tipo. Porque, supongo que tal vez muy

dentro, cada judío del mundo desearía ver a los alemanes exterminados por lo que nos hicieron.

—No puedes odiar a un pueblo aquí y ahora por lo que hizo otro pueblo en otra época, Meyer —opinó Carella.

—Tú no eres judío —dijo Meyer.

—No, no lo soy. Pero veo a un tipo como Etterman y sólo veo a un viejo triste que perdió al hijo en la guerra y que hace dos días perdió al equivalente de un segundo hijo.

—Yo lo miro y veo esos fragmentos de películas en que las aplanadoras empujan a miles de cadáveres judíos, eso es lo que veo.

—¿Ves al hijo que murió sobre Schweinfurt?

—No. Francamente, creo que odio a los alemanes y pienso que los odiaré hasta la tumba.

—Tal vez tengas derecho —dijo Carella.

—¿Sabes? Hay veces en que pienso que eres judío —comentó Meyer.

—Cuando pienso en lo que sucedió en Alemania, soy judío —dijo Carella—. ¿Cómo puedo ser otra cosa y aún considerarme un ser humano? ¿Qué demonios arrojaban a esos hornos? ¿Basura? ¿Animales? ¿Crees que no siento lo mismo que tú?

—No estoy seguro —dijo Meyer.

—¿No? Entonces vete al infierno.

—¿Te has enfadado?

—Un poco.

—¿Por qué?

—Te diré por qué. Creo que no conocí a un judío hasta que tuve doce años. Es la pura verdad. Bueno, había un tipo que venía a la puerta y vendía cosas y mi madre lo llamaba «El judío». Ella decía: «Hoy viene el judío». No creo que lo dijera en tono despreciativo, o tal vez sí, ¿quién demonios lo sabe? Ella creció en Italia y no conocía a los judíos. Tal vez, para ella, «judío» fuera sinónimo de vendedor ambulante. Para mí, un judío era un viejo de barba con un bulto sobre la espalda. Hasta que llegué a la escuela secundaria. Ahí fue donde conocí judíos por primera vez. Tú debes recordar que Hitler estaba en el poder por entonces. Bien, escuché un chiste un día y se lo conté a un chico judío en la cafetería. La broma estaba construida

sobre una adivinanza, que decía: «¿Qué es lo más rápido del mundo?». La respuesta era: «Un judío en bicicleta por Alemania». El chico no pareció muy divertido. Yo no entendía qué había dicho que lo hubiera ofendido. Cuando volví a casa le pregunté a mi padre, que también nació en Italia, que llevaba entonces una panadería, bueno, tú sabes que sigue con eso. Le conté el chiste y tampoco él se rió y luego me llevó adentro, por entonces teníamos un comedor con una de esas mesas grandes y antiguas de caoba. Nos sentamos a la mesa y él me dijo en italiano: «Hijo, no hay nada de bueno en el odio, ni nada divertido tampoco». Volví a la escuela al día siguiente y busqué a aquel chico, aún recuerdo su nombre, Reuben Zimmerman, y le dije que lamentaba lo que había dicho el día anterior, y él contestó que lo olvidara. Pero no volvió a hablarme en todo el tiempo que estuvimos en esa escuela secundaria. Cuatro años, Meyer, y nunca volvió a hablarme.

—¿Qué estás diciendo, Steve?

—No sé qué demonios estoy diciendo.

—Tal vez seas judío, después de todo —dijo Meyer.

—Puede. Vayamos a comer algo antes de ver a la señora Norden.

Mae Norden tenía cuarenta y tres años, era una morena de cara redonda y ojos castaño oscuro. La encontraron en la funeraria donde yacía el cuerpo de Norden en un ataúd forrado de raso. El dueño de la funeraria había hecho un notable trabajo en el orificio dejado por la bala. Un observador casual nunca se hubiese dado cuenta de que le habían disparado. La habitación estaba llena de parientes y amigos, entre los cuales se encontraban la esposa y los dos hijos, Joanie y Mike. Mike tenía ocho años y Joanie cinco. Los dos estaban sentados en sillas de respaldo recto, cerca del ataúd, y parecían muy grandes y muy perplejos al mismo tiempo. Mae Norden iba vestida de negro y sus ojos denotaban que había llorado mucho el día anterior, pero ahora ya no. Ella condujo a los detectives afuera y estuvieron de pie en la acera fumando cigarrillos y hablando del marido que yacía muerto sobre raso en el silencioso cuarto de la funeraria.

—No sé quién pudo haber hecho esto —dijo Mae—. Sé que es común que una esposa piense que el marido era un hombre apreciado, pero no puedo recordar una sola persona a la que no le gustara Randy. Ésa es la verdad.

—¿Qué hay de los asociados en el trabajo, señora Norden? Él era abogado, ¿verdad?

—Sí.

—¿Es posible que uno de los clientes...?

—Mire, todo el que dispara a alguien debe estar un poco loco, ¿verdad?

—No necesariamente —dijo Meyer.

—Lo que quiero decir es que, claro, Randy perdió casos. ¿Hay algún abogado que no los pierda? Pero si me preguntan si alguno de sus clientes podría... estar tan enojado como para hacer algo así, entonces debo decirles que no sé qué podría hacer una persona loca. ¿Cuál es la base para... para cualquier cosa cuando se trata con una persona desequilibrada?

—No estamos seguros de que el asesino sea un desequilibrado, señora Norden —dijo Meyer.

—¿No? —La mujer esbozó una sonrisa—. Una persona absolutamente cuerda subió a un tejado y disparó a mi esposo cuando salía del edificio, ¿verdad? ¿Absolutamente normal?

—Señora Norden, no somos psiquiatras. Estamos hablando de salud mental a los ojos de la ley. El asesino puede no ser lo que la ley considera loco.

—Al diablo la ley —dijo de pronto Mae—. Todo el que le quita la vida a otro es un desequilibrado, y no me importa lo que diga la ley.

—Pero su esposo era abogado, ¿verdad?

—Exactamente —replicó Mae en tono airado—. ¿Qué quiere decir ahora? Que no tengo respeto por la ley, por lo tanto no respeto a los abogados, por lo tanto...

—No hemos dicho eso, señora Norden. —Carella hizo una pausa—. Estoy seguro de que la esposa de un abogado debe tener gran respeto por la ley.

—Pero ya no soy la esposa de un abogado —dijo Mae—, ¿no lo sabía? Soy una viuda. Soy una viuda con dos hijos pequeños, señor... ¿cómo se

llama?

—Carella.

—Sí, Soy una viuda de cuarenta y tres años, señor Carella. No la esposa de un abogado.

—Señora Norden, tal vez pueda decirnos un par de cosas que podrían ayudarnos a encontrar al hombre que mató a su esposo.

—¿Como cuáles?

—¿Solía salir de casa cada mañana a la misma hora?

—Sí, los días laborales. Sábados y domingos se levantaba tarde.

—¿Entonces cualquiera que se hubiese dedicado a observarlo podía saber que iba al trabajo a la misma hora cada día?

—Supongo que sí.

—Señora Norden, ¿su esposo era un veterano?

—¿Veterano? ¿Quiere decir si estuvo en el servicio?

—Sí.

—Estuvo en la marina por tres años durante la Segunda Guerra Mundial —afirmó Mae.

—La marina. No el ejército.

—La marina, sí.

—Era un socio menor en la firma, ¿correcto?

—Sí.

—¿Cómo se sentía al respecto?

—Bien. ¿Cómo debía sentirse?

—¿Cuántos socios había, señora Norden?

—Tres, incluyendo a mi esposo.

—¿Era su esposo el único socio menor?

—Sí. Era el hombre más joven de la firma.

—¿Se llevaba bien con los demás?

—Muy bien. Se llevaba bien con todo el mundo. Ya se lo he dicho.

—Ningún problema con alguno de los socios, ¿verdad?

—No.

—¿Cuál era su especialidad?

—La firma se ocupaba de todos los casos.

—¿Criminales?

—A veces.

—¿Alguna vez representó su esposo a un criminal?

—Sí.

—¿Cuántas?

—Tres o cuatro, no recuerdo. Cuatro, creo, desde que está en la firma.

—¿Absoluciones o condenas?

—Dos de sus clientes fueron condenados, dos fueron absueltos.

—¿Dónde están ahora los condenados?

—Cumpliendo las sentencias en la cárcel, supongo.

—¿Recordaría usted sus nombres?

—No. Pero Sam probablemente... Sam Gottlieb, uno de los socios. Él se lo dirá.

—¿Su esposo era natural de esta ciudad, señora Norden?

—Sí. Asistió aquí a la escuela, a la secundaria y a la Facultad de Derecho.

—¿Dónde?

—Ramsey.

—¿Y cómo se conocieron?

—Un día en Grover Park. En el zoológico. Empezamos a vernos regularmente y luego nos casamos.

—¿Antes de que él ingresara en el servicio, o después?

—Nos casamos en 1949.

—¿Lo conocía usted cuando estaba en el servicio?

—No. Él entró en la marina inmediatamente después de su graduación. Hizo sus exámenes en la Asociación de Abogados en cuanto tuvo la baja. Los aprobó y empezó a trabajar poco después. Cuando lo conocí, tenía su propia pequeña oficina en Bethtown. No pasó a Gottlieb y Graham hasta hace tres años.

—¿Tuvo su propio bufete hasta entonces?

—No. A lo largo de los años ha trabajado en varias firmas.

—¿Algún problema con alguna?

—Ninguno.

—¿Casos criminales en esas firmas también?

—Sí, pero ya no me acuerdo cuáles...

—¿Puede decirnos cuáles fueron esas firmas, señora Norden?

—No creerán en serio que pudo asesinarlo alguien por perder un caso, ¿verdad?

—No lo sabemos, señora Norden. Por ahora, no tenemos casi ningún elemento para trabajar. Estamos tratando de encontrar algo, cualquier indicio.

—Les haré una lista —dijo ella—. ¿Quieren entrar, por favor? —En la puerta de la funeraria, Mae se detuvo y dijo—: Perdónenme si he sido algo brusca. —Hizo una pausa—. Quería mucho a mi marido.

OceanofPDF.com

El lunes treinta de abril, cinco días después de que se cometiera el primer asesinato, Cynthia Forrest fue a ver a Steve Carella. Ascendió los bajos escalones de la entrada del edificio gris de la comisaría y superó los globos verdes en los que aparecían los números ochenta y siete en blanco. Entró en el vestíbulo, donde un cartel informaba de que debía indicar su propósito en el mostrador. Le dijo al sargento Murchison que quería hablar con el detective Carella, Murchison le preguntó su nombre y luego llamó arriba a Carella y le dijo a la muchacha que subiera. Cynthia siguió la señal blanca que ponía DIVISIÓN DETECTIVES y subió los peldaños de hierro hasta el primer piso del edificio, desembocando en un angosto pasillo. Siguió ese pasillo pasando frente a un hombre de camisa deportiva granate que estaba esposado a un banco y se detuvo ante una barandilla de madera, se puso de puntillas y buscó. Cuando divisó a Carella, que se levantaba del escritorio para ir hacia ella, impulsivamente levantó un brazo y le hizo una señal.

—Hola, señorita Forrest —saludó él, sonriente—. Pase. —Mantuvo abierta la pequeña puerta y luego la condujo a su escritorio. Ella llevaba un suéter blanco y una falda gris oscuro. Tenía el pelo del color del cáñamo, largo y recogido en la base de la nuca en una cola de caballo. Llevaba una libreta y algunos libros, que dejó sobre el escritorio. Se sentó, cruzó las piernas y estiró la falda hasta cubrir las rodillas.

—¿Quiere café? —preguntó Carella.

—Claro. ¡Miscolo! —gritó—. ¿Podemos tomar dos tazas de café?

Desde las profundidades de la oficina administrativa del corredor, se oyó la voz de Miscolo:

—¡Voy!

Carella sonrió a la joven y dijo:

—¿En qué puedo serle útil, señorita Forrest?

—Casi todos me llaman Cindy —dijo ella.

—Muy bien. Cindy.

—Así que trabaja aquí.

—Sí.

—¿Le gusta?

Carella miró a su alrededor como si descubriera el sitio por primera vez. Se encogió de hombros.

—¿La oficina, o lo que hago? —preguntó.

—Las dos cosas.

—La oficina... —Se encogió de hombros nuevamente—. Supongo que es una ratonera, pero estoy acostumbrado. ¿El trabajo? Sí, me gusta, o no lo haría.

—Uno de mis profesores de psicología dice que los hombres que eligen profesiones violentas suelen ser hombres violentos.

—¿Cómo?

—Sí —dijo Cindy. Sonrió apenas, como si gozara de una broma secreta—. Usted no parece muy violento.

—No lo soy. Soy una persona muy apacible.

—Entonces mi profesor de psicología se equivoca.

—Tal vez yo sea la excepción que confirma la regla.

—Tal vez.

—¿Estudia psicología? —preguntó Carella.

—No. Estudio magisterio. Pero tengo psicología general y psicología anormal. Luego, tendré que hacer todos los cursos de psicología educacional, psicología educacional I y II, y...

—Es la profesión que le encaja a la perfección —observó Carella.

—Supongo que sí.

—¿Qué quiere enseñar?

—Inglés.

—¿En la escuela superior?

—En la secundaria.

Apareció Miscolo y puso dos tazas de café sobre el escritorio de Carella.

—He puesto azúcar y leche a las dos, ¿está bien? —preguntó.

—¿Cindy?

—Muy bien. —La joven le sonrió cortésmente a Miscolo—. Gracias.

—Bienvenida, señorita —dijo Miscolo y volvió a su lugar.

—Parece un hombre muy amable —comentó Cindy.

Carella sacudió la cabeza.

—Es un hombre violento. Un carácter terrible.

Cindy se rió, tomó su taza y sorbió un poco de café. Apoyó la taza en el escritorio, buscó en el bolso un paquete de cigarrillos y estaba a punto de ponerse uno en la boca cuando se detuvo y preguntó:

—¿Se puede fumar?

—Claro —contestó Carella. El detective encendió un fósforo y se lo acercó.

—Gracias. —Cindy aspiró varias veces el humo, sorbió más café, miró un poco la sala y luego se volvió sonriendo a Carella—. Me gusta su oficina.

—Bueno, estupendo. Me alegra. —Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Qué está tramando, Cindy?

—Bueno... —Ella aspiró de nuevo el humo del cigarrillo. Fumaba como lo hace una muchacha muy joven, demasiado fervorosamente, con demasiada fruición y sin embargo, al mismo tiempo, con demasiada indiferencia—. Sepultaron a papá el sábado, ya sabe.

—Sí.

—Y leí en los periódicos que mataron a otro hombre.

—Así es.

—¿Cree que fue la misma persona quien lo hizo?

—No lo sabemos.

—¿Aún no tienen idea?

—Bueno, estamos trabajando en el asunto —contestó Carella.

—Le pregunté a mi profesor de psicología anormal qué sabía de los francotiradores —dijo Cindy e hizo una pausa—. Es un francotirador, ¿verdad?

—Posiblemente. ¿Qué contestó su profesor?

—Me dijo que no había leído mucho sobre el tema y que no sabía si se habían hecho estudios. Pero tenía algunas ideas.

—¿Sí? ¿Por ejemplo?

—Cree que el francotirador se parece mucho al mirón, ¿me entiende?

—¿Ah, sí?

—Sí. Dice que la dinámica es esencialmente la misma.

—¿Y cuál es? La dinámica.

—Una respuesta a visiones infantiles de la escena primaria —replicó Cindy.

—¿La escena primaria?

—Sí.

—¿Qué es la escena primaria? —preguntó inocentemente Carella.

Cindy replicó sin vacilar:

—Las relaciones sexuales de los padres.

—Ah. Ahá.

—Mi profesor me dijo que todo niño observa y simula no estar observando. El francotirador va equipado con un símbolo obvio, el rifle, y generalmente usa una mira telescópica, repitiendo el modo furtivo en que se realizan las cosas en la infancia, mirar y no ser visto, hacer y no ser apresado.

—Ya veo —dijo Carella.

—En esencia, dijo mi profesor, la del francotirador es una acción sexualmente agresiva. El acto de presenciar la escena primaria puede manifestarse neuróticamente tanto mirando —el *voyeur*— como al contrario, o sea el temor de ser observado. Pero la dinámica sigue siendo esencialmente la misma tanto en el mirón como en el francotirador. Los dos están ocultos, son furtivos, subrepticios. Ambos encuentran estímulo sexual y a menudo gratificación en el acto. —Cindy apagó el cigarrillo, miró fijo a Carella con sus ojos azules grandes, jóvenes, inocentes, y dijo:

—¿Qué piensa?

—Bueno... no sé —replicó Carella.

—¿El departamento no tiene un psicólogo? —preguntó Cindy.

—Sí.

—¿Por qué no le pregunta su opinión?

—Eso sólo lo hacen en la televisión —observó Carella.

—¿No es importante para usted saber qué está motivando al asesino?

—Sí, claro. Pero los motivos son a veces muy complejos. Su profesor de psicología anormal puede estar completamente en lo cierto en cuanto a un francotirador individual, o incluso también con diez mil francotiradores, pero es posible que nos encontremos con diez mil otros que nunca presenciaron la... ¿escena primaria, dijo?... y que...

—Sí, escena primaria. ¿Pero no es eso improbable?

—Nada es improbable en el asesinato —replicó Carella.

Cindy arqueó las cejas en actitud de duda.

—Eso no suena muy científico, ¿sabe?

—No lo es. —Carella concluyó la frase sin intención de ser rudo, pero de pronto se dio cuenta de que había sonado muy cortante.

—No era mi intención hacerle perder el tiempo —dijo Cindy, incorporándose, con un estilo decididamente frío—. Simplemente pensé que podía interesarle saber...

—No ha terminado su café —observó Carella.

—Gracias, pero es un café muy malo —replicó ella. Se quedó de pie, con los hombros hacia atrás y una amenaza relampagueando en los ojos.

—Es cierto —convino Carella—. Es un café muy malo.

—Me alegra que coincidamos en algo.

—No me había dado cuenta de que no hubiéramos coincidido en nada.

—Yo sólo trataba de ayudar.

—Se lo agradezco.

—Pero supongo que tenía la idea equivocada de que los modernos departamentos de policía podían estar interesados en las fuerzas psicológicas que actúan en la mente criminal. Mi fantasía...

—Vamos —dijo Carella—, es usted demasiado agradable y joven para enojarse con un viejo tonto.

—¡No soy agradable, ni joven, ni usted es tonto! —exclamó Cindy.

—Tiene diecinueve años.

—Tendré veinte en junio.

—¿Por qué dice que no es agradable?

—Porque he visto y escuchado demasiado.

—¿Por ejemplo?

—¡Nada! —replicó ella.

—Estoy interesado, Cindy.

Cindy recogió los libros y los apretó contra el pecho.

—Señor Carella, no estamos en la época victoriana. Recuérdelo.

—Lo intentaré. ¿Pero por qué no me dice lo que quiere?

—Quiero decirle que la mayoría de los que hoy tienen diecisiete años han visto y oído cuanto hay para ver y oír.

—¡Qué aburrido! —opinó Carella—. ¿Qué se hace entonces a los dieciocho? ¿O diecinueve?

—Cuando se tienen diecinueve —contestó Cindy con voz glacial—, una va a buscar al policía que fue el primero en dar la noticia de que su padre estaba muerto. Va a buscarlo con la esperanza de poder decirle algo que tal vez no sepa, algo que lo ayude. Y entonces, como siempre sucede con los denominados adultos, una se siente totalmente decepcionada cuando descubre que él no quiere ni siquiera escuchar.

—Siéntese, Cindy. ¿Qué me quería decir de su francotirador? Si se trata de un francotirador, para empezar.

—Un hombre que dispara a alguien desde un tejado sin duda lo es...

—No necesariamente.

—¡Mató a dos hombres del mismo modo!

—Si es él quien mató a los dos.

—El periódico decía que era el mismo tipo y calibre de cartucho...

—Eso podría significar mucho, o nada.

—¿No querrá decirme en serio que piensa que fue una coincidencia?

—No sé qué decirle, salvo que estamos considerando todas las posibilidades. Siéntese, ¿quiere? Me pone nervioso.

Cindy se sentó bruscamente y golpeó los libros al apoyarlos en el escritorio. Para una muchacha de diecinueve años que había visto y escuchado cuanto se podía ver y oír, en ese momento se parecía mucho a una niña de nueve.

—Bien —dijo Cindy—, si el mismo tipo mató a mi padre y a aquel otro hombre, y si es un francotirador, entonces pienso que usted debería considerar la posibilidad de que esté sexualmente motivado.

—Sin duda lo haremos.

Cindy se puso bruscamente de pie y empezó a recoger sus libros.

—Usted se está burlando de mí, detective Carella —dijo con ira—, ¡y no me gusta!

—¡No me estoy burlando de usted! Escucho cada palabra que dice, pero por Dios, Cindy, ¿no cree que ya hemos tratado alguna vez con francotiradores?

—¿Qué?

—Digo que si no cree que el departamento de policía ha manejado alguna vez algún caso que implicara...

—Oh —exclamó Cindy, poniendo otra vez los libros sobre el escritorio y sentándose de nuevo—. Nunca pensé en eso. Lo siento.

—Está bien.

—De verdad que lo siento. Por supuesto. Quiero decir, supongo que ustedes se encuentran con todo tipo de cosas. Lo lamento mucho.

—De todos modos me alegra que haya venido, Cindy.

—¿De verdad? —preguntó Cindy de pronto.

—Aquí no recibimos con frecuencia a jóvenes agradables y brillantes —dijo Carella—. Es una variación refrescante, créame.

—Soy la típica chica norteamericana, ¿eh? —dijo Cindy con una sonrisa peculiar. Entonces se puso de pie, estrechó la mano de Carella, le dio las gracias y se marchó.

La mujer que caminaba por la Avenida Culver no era ni una chica agradable y brillante ni una muchacha típicamente norteamericana.

Tenía cuarenta y un años y el pelo teñido de rubio platino. Llevaba demasiado lápiz de labios y colorete en las mejillas. Iba con una falda negra ajustada, manchada con el polvo que había dejado caer mientras se retocaba el maquillaje. Llevaba un sostén alto y un suéter blanco, ajustado, con manchas. Tenía un bolso de gamuza negra y parecía una prostituta, que es exactamente lo que era.

En una época en que las prostitutas de cualquier barrio se parecen más a modelos de alta costura que a damas del oficio, el aspecto de la mujer era sorprendente, si no contradictorio. Era como si, al anunciar de modo tan obvio su profesión, en realidad la estuviera negando. Sus ropas, su postura,

su andar, su sonrisa fija, todo proclamaba —de modo tan efectivo como si las palabras hubiesen estado escritas en un cartel—. SOY UNA PROSTITUTA. Pero cuando la mujer pasaba, en la imaginaria parte posterior del cartel, con letras rojas —¿qué otras?— estaban las palabras: ¡ESTOY SUCIA! ¡NO ME TOQUEN!

La mujer había tenido un día difícil. Además de ser prostituta, o tal vez porque era prostituta, o tal vez fuera prostituta por ello —Dios, se deben considerar tantos complejos psicológicos en estos tiempos—, era una alcohólica. Se había despertado a las seis de la mañana con murciélagos y ratones que salían de las hendiduras del yeso en su barato cuarto amueblado, y descubrió que no quedaba alcohol en la botella que estaba junto a la cama. Se había vestido rápidamente, rápidamente porque rara vez usaba algo más que un sostén debajo de la ropa de calle, y había salido. Hacia el mediodía había reunido el precio de una botella de whisky barato, y a la una de la tarde había apurado el último trago. Se había despertado a las cuatro para ver que murciélagos y ratones volvían a salir de las hendiduras y hallar, de nuevo, que la botella junto a la cama estaba vacía. Se había puesto el sostén y el suéter, la falda negra y los zapatos negros de tacones altos. Se había empolvado el rostro, poniéndose mucha pintura en los labios y colorete en las mejillas. Y ahora caminaba a lo largo de un tramo familiar de la avenida mientras el ocaso se instalaba en el lado oeste del cielo.

En general caminaba por esas aceras cada atardecer, borracha o sobria, porque había una fábrica en Culver y la calle 14 Norte, y los trabajadores salían a las cinco y media. A veces tenía la suerte de encontrar pronto un compañero por cuatro dólares o, si su suerte era excepcionalmente buena, un compañero para toda la noche por quince dólares en buena y sólida moneda norteamericana.

Hoy se sentía afortunada.

Hoy, mientras veía a los hombres que salían a torrentes de la fábrica en la esquina siguiente, tuvo la certeza de que habría un ganador entre ellos. Tal vez incluso alguien que deseara tomar unas buenas copas antes de que se derrumbaran en la cama. Tal vez alguien que se enamorara locamente de ella, quizás el superintendente de la planta, o incluso un ejecutivo que

amara sus ojos y su pelo y la llevara a su enorme casa de soltero en los suburbios de Larksvie, donde ella tendría una criada y un mayordomo y sólo, haría el amor cuando tuviera ganas, no me hagan reír.

Sin embargo, se sentía afortunada.

Aún se sentía afortunada cuando la bala penetró rompiéndole el labio superior, destrozándole la encía, atravesando hacia abajo la tráquea, partiéndole la parte superior de la columna y abriendo un enorme orificio en la nuca al salir del cuerpo.

La bala se detuvo contra la pared de ladrillo del edificio contra el cual cayó muerta.

Era una Remington 308.

OceanofPDF.com

6

Es verdad que en una democracia todos los hombres son iguales a los ojos de la ley, pero esto no corresponde necesariamente a todos los hombres muertos. Sería grato creer que un detective que investiga el asesinato de un borracho de Skid Row dedica toda su energía y su tiempo al caso, en un intento de descubrir al que lo perpetró. Sería aún más grato creer que la intempestiva muerte de un corredor de apuestas o de un ladrón ocasiona algo más que alivio, una actitud de «nos hemos librado» por parte de la policía. Pero hay una enorme diferencia entre un millonario asesinado y un delincuente asesinado. Una prostituta, que no roba nada, de todos modos es culpable de violación y en el léxico de la policía es una delincuente. La muerte de la prostituta de Avenida Culver hubiese causado poco más que un moderado interés pasajero, de no ser por el hecho de ser asesinada con un cartucho Remington 308. Por ello adquirió más *status* muerta que cuanto había conocido en vida, tanto a los ojos de los hombres como de la ley.

La ley es curiosamente ambigua respecto de las prostitutas. La Ley Penal describe con detalle la Prostitución y las Casas de Vicio, pero en ninguna parte del código hay una definición de la prostituta *per se*. En la sección sobre Prostitución, se enumeran:

- (1) Rapto de mujer con fines de
- (2) Prostitución forzada de mujeres
- (3) Obligada prostitución de la esposa de otro
- (4) Corroboración de testimonio de mujer obligada o
procurada
- (5) Rufianes y alcahuetes
- (6) Transporte de mujeres con fines de

En la sección de las Casas de Vicio se enumeran:

- (1) Rapto de mujeres
- (2) Admisión de menores
- (3) Prostitución obligatoria en
- (4) Mantener o alquilar
- (5) Enviar muchachos mensajeros a

... etcétera. Algunos de estos delitos son felonías. Pero en ninguna de estas subdivisiones hay referencia alguna al delito de la prostituta misma. Sólo hay un punto de la Ley Penal donde se define el comercio amoroso. Curiosamente, en la Sección 722, que define la Conducta Viciosa: «Toda persona que con intención de provocar una violación de la paz, o con la cual se puede ocasionar una violación de la paz, comete alguno de los siguientes actos se considerará que ha cometido el delito de conducta viciosa».

Los «siguientes actos» incluyen todo desde usar lenguaje amenazador, a hacer que se reúna una multitud, a proferir comentarios insultantes a los peatones que pasan, y en la Subdivisión 9: «Frecuenta o se demora en cualquier espacio público solicitando a los hombres con el fin de cometer un delito contra la naturaleza o cualquier otra lujuria».

Si uno puede llamar a ir a la cama con un hombre «crimen contra la naturaleza», entonces eso es prostitución. No se lo denomina así en esta sección. Se lo llama «solicitar», pero en la sección titulada «Solicitud: Fines lujuriosos o inmorales, solicitud para», sólo se enumera lo siguiente: «Personas masculinas que viven de los procedimientos de la prostitución: Toda persona masculina que vive completamente o en parte de lo ganado con la prostitución, o que en algún lugar público solicita con fines inmorales, es culpable de fechoría. Una persona masculina que vive con o está habitualmente en la compañía de una prostituta y no tiene medios visibles de manutención, se presumirá que vive de lo obtenido de la prostitución».

Entonces, ¿qué se supone que debe hacer un policía honesto y consciente cuando una puta a todas luces se le acerca y le pregunta?: «¿Quieres un poco de diversión, tesoro?». Limitado a sus propios recursos, él podría aceptar la oferta. Obligado por la Ley Penal, podría arrestarla por conducta viciosa, cuya pena puede ser una sentencia de cárcel que no

exceda los seis meses, o una multa que no exceda los cincuenta dólares, o ambas cosas. Pero la Ley Penal está reforzada por el Código de Procedimiento Criminal y todo policía de la ciudad conoce la Sección 887, Subdivisión 4, de memoria. Toda prostituta también la ha memorizado, porque es ahí donde los policías las agarran por los códigos. La Sección 887 describe, entre otras cosas, a los vagabundos. «Las siguientes personas son vagabundos», expresa, y luego pasa a enumerar a todos, incluido al tío Max. Cuando llega a la Subdivisión 4, no se anda con rodeos.

4. Una persona (a) que ofrece cometer prostitución; o (b) que ofrece conseguir para otra con el fin de la prostitución o para cualquier otro acto lujurioso o indecente; o (c) que vaga en o cerca de cualquier arteria o lugar público o privado con el fin de inducir, tentar o procurar a otra para cometer lujuria, fornicación, relación sexual ilegal o cualquier otro acto indecente...

Eso parecería cubrirlo, caramba. Pero esos antepasados no dejaban nada al azar. La Sección 887, Subdivisión 4, sigue enumerando:

... o (d) que de alguna manera induce, tienta o procura a una persona que está en cualquier arteria o lugar público o lugar privado, para cometer algunos de tales actos; o (e) que recibe u ofrece o acepta recibir a cualquier persona en cualquier lugar, estructura, casa, edificio o transporte con el fin de la prostitución, lujuria o cita o a sabiendas permite que cualquier persona permanezca allí con esos fines; o (f) que de alguna manera ayuda o induce o participa en la realización de algunos de los actos o cosas enumeradas en la Subdivisión cuatro de la Sección ochocientos ochenta y siete del Código de Procedimiento Criminal; o (g) que es una prostituta común, que no tiene ningún empleo legal con el cual mantenerse.

Ése es un vago, señor, señora. Y si eso es lo que usted es, según la Sección 891 (a) del mismo código usted puede ser enviado a un reformatorio por tres años, o a una cárcel, penitenciaría u otra institución penal del condado por un año, ¡conque cuidado!

El hombre que se llamaba Harry Wallach era un varón que vivía con o estaba habitualmente en la compañía de la prostituta llamada Blanche Lettiger, la mujer a la que habían abatido la noche del 30 de abril. A la policía no le supuso mucho esfuerzo localizarla. Todo el mundo sabía quién era el «viejo» de Blanche. Lo encontraron a la mañana siguiente en una sala de apuestas en la Calle 41 Norte y se lo llevaron a la comisaría, lo sentaron en una silla y empezaron a interrogarlo. Era un hombre alto, bien vestido,

con las sienes canosas y penetrantes ojos verdes. Preguntó a los detectives si se permitía fumar y entonces encendió un cigarro de cincuenta centavos y se reclinó serenamente contra el respaldo de la silla, con una leve sonrisa de superioridad en la boca mientras Carella abría la sesión.

—¿Cómo se gana la vida, Wallach?

—Inversiones —contestó éste.

—¿Qué clase de inversiones? —preguntó Meyer.

—Acciones, bonos, bienes raíces. Ya sabe.

—¿Cuál es la cotización actual de AT&T? —preguntó Carella.

—No tengo mi cartera —replicó Wallach.

—¿Qué tiene en su cartera?

—No lo recuerdo de memoria.

—¿Tiene un corredor de bolsa?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Está en Miami en estos momentos, de vacaciones.

—No preguntamos dónde está, le preguntamos cómo se llama.

—Dave.

—¿Dave qué?

—Dave Milias.

—¿Dónde está en Miami?

—Investíguenme a mí —dijo Wallach.

—Muy bien, Wallach —dijo Meyer—, ¿qué sabe de esa mujer Blanche Lettiger?

—¿Blanche qué? —preguntó Wallach.

—Ah, quiere hacerse el desentendido, ¿eh, Wallach? ¿Es eso?

—Es que el nombre no me suena.

—¿No le suena, eh? Blanche Lettiger. Comparte un piso con ella en Culver y 12 Norte, departamento 6 B, alquilado a nombre de Frank Wallace, y usted ha estado viviendo allí con ella desde hace año y medio. ¿Le suena ahora, Wallach?

—No sé de qué está hablando —replicó Wallach.

—Tal vez sea él el tipo que la liquidó, Steve.

—Estoy empezando a pensarlo.

—¿Qué quieren decir? —preguntó Wallach sin inmutarse.

—¿Por qué la evasiva, Wallach? ¿Se cree que estamos interesados en un chulo barato como usted?

—Yo no soy eso —dijo Wallach con dignidad.

—¿No? ¿Cómo lo llama usted?

—No lo que usted ha dicho.

—Oh, qué dulce —observó Meyer—. Él no quiere ensuciar sus pulcros labios diciendo la palabra chulo. Mire, Wallach, no nos dificulte las cosas. Quiere hacernos perder la paciencia, lo entendemos, y sabemos qué puede pasar. Facilítese las cosas a usted mismo. Sólo nos interesa la mujer.

—¿Qué mujer?

—Hijo de puta, la mataron anoche a sangre fría. ¿Qué demonios es usted, un ser humano o qué?

—No conozco a ninguna mujer que fuera asesinada a sangre fría anoche —insistió Wallach—. No me van a implicar en un maldito homicidio. Los conozco muy bien a todos ustedes. Están buscando un chivo, y no voy a ser yo.

—No estamos buscando ningún chivo —dijo Carella—, pero ahora que usted lo menciona, no es una mala idea. ¿Qué te parece, Meyer?

—¿Por qué no? —dijo Meyer—. El sirve tanto como cualquiera para cargar con la culpa. Así nos sacamos el muerto de encima.

—¿Dónde estuvo anoche, Wallach?

—¿A qué hora? —preguntó Wallach, aún tranquilo, aspirando suavemente su cigarro.

—A la hora en que murió la mujer.

—No sé a qué hora ocurrió.

—Alrededor de las cinco y media. ¿Dónde estaba?

—Cenando.

—¿Tan temprano?

—Ceno temprano.

—¿Dónde?

—En el Rambler.

—¿Dónde queda?

—En el centro.

—¿Dónde en el centro? Mire, Wallach, si nos obliga a sacarle las palabras, conocemos mejores maneras de hacerlo.

—Claro, saquen la manguera —dijo Wallach serenamente.

Tranquilamente, Meyer fue hacia un escritorio en el extremo de la sala, abrió el cajón superior, sacó un trozo de manguera de unos sesenta centímetros, la hizo sonar contra la palma de la mano y luego volvió hasta donde Wallach se encontraba mirándolo, sereno.

—¿Es a esto a lo que se refería, Wallach?

—¿Acaso cree que me está sorprendiendo? —preguntó el hombre.

—¿Con quién comió? —preguntó Carella.

—Solo.

—No necesitamos la manguera, Meyer. Ha cavado su propia tumba.

—Eso es lo que usted cree, amiguito. El camarero me recordará.

—Bueno, eso depende de cuánto presionemos al camarero, ¿no? —observó Carella—. Estamos buscando un chivo, ¿recuerda? ¿Cree que vamos a permitir que un triste camarero se interponga en nuestro camino?

—Él dirá que estuve ahí —dijo Wallach, pero su voz empezaba a carecer de convicción.

—Bien, sin duda espero que sí —observó Carella—. Pero entretanto, vamos a detenerlo por homicidio, Wallach. No mencionaremos el hecho de que usted es un chulo, claro. Guardaremos eso para el juicio. Podría impresionar muchísimo a un jurado.

—Escuche —dijo Wallach.

—¿Sí?

—¿Qué quieren de mí? Yo no la maté, y ustedes lo saben.

—Entonces, ¿quién la mató?

—¿Cómo demonios puedo saberlo?

—¿Conoce a la mujer?

—Claro que la conozco. ¡Vamos!

—Usted dijo que no.

—Estaba bromeando. ¿Cómo podía saber que ustedes eran tan serios? ¿Por qué está tan excitado todo el mundo?

—¿Cuánto hace que la conoce?

—Unos dos años.

—¿Era prostituta cuando la conoció?

—¿Está implicándome de nuevo? No sé en qué trabajaba. Mi modo de ganarme la vida es la inversión. Yo vivía con ella, eso es todo. Lo que hacía o dejaba de hacer, era asunto de ella.

—Usted no sabía que era puta, ¿eh?

—No.

—Wallach —dijo Carella—, vamos a llevarlo abajo detenido por homicidio. Porque usted miente, ya ve, y eso es muy sospechoso. Así que a menos que consigamos a alguien que se merezca la sentencia más que usted, será para usted. Ahora, ¿desea ser sospechoso, Wallach? ¿O quiere empezar a decir la verdad, para que sepamos que usted es un digno ciudadano que da la casualidad de que es un chulo? ¿Qué dice, Wallach?

Wallach guardó silencio por un largo momento. Luego dijo:

—Ya era prostituta cuando la conocí.

—¿Hace dos años?

—Hace dos años.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—Salí anteanoche. Ayer no volví a casa en todo el día. No la volví a ver.

—¿A qué hora se marchó de casa la noche anterior?

—Alrededor de las ocho.

—¿Adónde fue?

—A Riverhead.

—¿A qué?

Wallach suspiró.

—Una partida de dados, ¿está bien?

—¿Estaba Blanche en el piso cuando se marchó?

—Sí.

—¿Le dijo algo?

—No. Ella estaba en el otro cuarto con un tipo.

—¿Usted se lo había llevado?

—Sí, sí —dijo Wallach y puso el cigarro en el cenicero—. Estoy jugando limpio con ustedes, ¿está bien?

—Está jugando bien, Wallach. Háblenos de Blanche.

—¿Qué quieren saber?

—¿Qué edad tenía?

—Ella decía que tenía treinta y cinco, pero en realidad tenía cuarenta y uno.

—¿Cuáles son sus antecedentes? ¿De dónde era?

—De algún lugar del Medio Oeste. Oklahoma, Iowa, no sé. Uno de esos puntos rurales.

—¿Cuándo llegó aquí?

—Hace años.

—¿Cuándo, Wallach?

—Antes de la guerra. No sé la fecha exacta. Escuchen, si quieren la historia de su vida, no me pregunten a mí. No la conocía tanto.

—¿Por qué vino aquí?

—Para estudiar.

—¿Dónde?

—En el colegio superior, ¿qué creen?

—¿Dónde?

—La Universidad de Ramsey.

—¿Cuánto tiempo estuvo ahí?

—No sé.

—¿No se graduó?

—No lo sé.

—¿Cómo se convirtió en puta?

—No sé.

—¿Viven sus padres?

—No sé.

—¿Era casada, divorciada, lo sabe?

—No.

—¿Qué demonios sabe, Wallach?

—Sé que era una tipa que estaba en la pendiente, a la que yo cuidaba prácticamente como un caso de caridad, ¿vale? Sé que era una maldita borracha, un caso perdido, que lo mejor que podía pasarle era que le pusieran una bala en la cabeza, que es lo que le pasó, ¿está claro? Eso es lo que sé.

—Usted es una buena pieza, Wallach.

—Gracias, también ustedes me encantan. ¿Qué quieren de mí? Ella hubiese muerto en la calle hace un año si yo no le hubiese dado un lugar donde vivir. Hice una acción bondadosa.

—Seguro.

—Sí, seguro. ¿Qué se creen, que me hizo millonario? ¿Quién demonios iba a querer encamarse con una tipa así? Yo le llevaba la escoria, eso es todo. Tenía suerte si hacía lo bastante para el techo y la comida. La mitad del tiempo no me daba un centavo. Se gastaba todo en bebida antes de que yo la alcanzara. Y también se liquidaba el alcohol. ¿Se creen que era una fiesta? Inténtenlo alguna vez.

—¿Cómo una chica del colegio superior pudo convertirse en puta? —preguntó Carella.

—¿Qué es usted, policía o sociólogo? Hay más putas en esta ciudad que una vez fueron al colegio superior de cuantas yo pueda contar. Llame a la Brigada Antivicio, ellos se lo dirán.

—No importa la Brigada Antivicio —dijo Meyer—. ¿Tiene alguna idea de quién la mató?

—Ninguna.

—Usted parece muy contento de haberse librado de ella.

—Lo estoy. Eso no significa que la maté. Escuchen, ustedes saben que no tuve nada que ver en esto. ¿Para qué estamos perdiendo el tiempo?

—¿Qué prisa tiene, Wallach? ¿Otra partida de dados?

—Seguro, se lo diría, ¿no?

—Entonces tómese su tiempo. Tenemos todo el día.

—Está bien, perdamos el día. Qué demonios. Es sólo el dinero de los contribuyentes.

—Usted nunca pagó un impuesto en su vida, Wallach.

—Yo pago impuestos cada año —dijo Wallach en tono indignado—. Tanto federales como estatales, así que no me venga con esas.

—¿Qué pone como ocupación?

—¿Empezamos de nuevo?

—No, volvamos a Blanche. ¿Alguna vez la amenazó alguien? ¿Lo sabe?

—¿Cómo podría saberlo? Los tipos son todos diferentes. Algunos son como niños perdidos con su primera muchacha, y algunos son tipos duros que les gusta meterse con una mujer. Para empezar, hay algo que no anda bien con un tipo que va con una puta.

—Él no es chulo —comentó Meyer—, es psicólogo.

—Conozco a las putas —dijo Wallach sencillamente.

—No parece saber demasiado de Blanche Lettiger.

—Les he dicho todo lo que sé. ¿Qué más puedo hacer?

—Cuéntenos sus hábitos.

—¿Qué, por ejemplo?

—A qué hora se levantaba por la mañana.

—¿Por la mañana? ¿Está bromeando?

—Está bien. ¿Qué, entonces? ¿La tarde?

—Generalmente se despertaba a la una o las dos de la tarde y empezaba a buscar una botella.

—¿A qué hora se despertó el día en que la mataron?

Wallach sonrió, apuntó con un dedo a Carella y dijo:

—Ahá. Lo pesqué.

—¿Qué? —se sorprendió Carella.

Aún sonriendo, Wallach dijo:

—Les dije que no la vi en todo el día de ayer, ¿verdad?

—No estaba tratando de atraparlo, Wallach.

—No hay un solo matón en el mundo que no esté siempre tratando de hacer caer a los tipos como yo.

—Vamos, Wallach —dijo Carella—, entendemos que usted es sólo un ciudadano decente, correcto, ¿está bien? De modo que olvídense de la paja y vayamos al grano. Está empezando a ponerme nervioso.

—No es que usted tenga un efecto calmante sobre mí —replicó Wallach.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Meyer, fastidiado—. ¿Un acto de vodevil del Palace? Una gracia más suya, basura barata, y le rompo la cabeza.

Wallach abrió la boca y luego la cerró. Pero miró con irritación a Meyer.

—¿Vale? —gritó Meyer.

—Vale, vale —respondió Wallach, refunfuñando.

—¿Tenía ella la costumbre de salir de casa entre las cinco y las cinco y media cada tarde?

—Sí.

—¿Adónde iba?

—Hay un fábrica cerca de casa. A veces los tipos que salían del trabajo estaban disponibles.

—¿Iba todas las tardes?

—No siempre, pero muy a menudo. Cuando se está en las condiciones en que estaba ella, hay que tomarlos como vienen.

—¿Dónde está la fábrica?

—Culver y 14 Norte.

—Entonces casi todas las tardes, entre las cinco y las cinco y media, salía de casa e iba caminando hacia la fábrica, ¿verdad?

—Sí.

—¿Lo sabía alguien más además de usted, Wallach?

—El policía que hacía la ronda —respondió Wallach, incapaz de reprimir la agudeza—. Tal vez haya sido él quien la llenó de plomo, ¿eh?

—Ojo, Wallach...

—Está bien, está bien, no sé quién lo sabía. El tipo que la mató supongo. Cualquiera podía saberlo. Todo lo que había que hacer era observarla.

—Ha sido de gran ayuda —dijo Carella—. Váyase al diablo.

—Me han arruinado el día —dijo Wallach.

Se puso de pie, sacudió la ceniza del cigarro de sus pantalones y ya se alejaba del escritorio cuando Meyer le dio un puntapié en el culo. Con gran dignidad, Wallach siguió caminando hasta salir de la sala.

Hasta entonces, la policía sólo había hecho una cosa concreta en cuanto a resolver los múltiples asesinatos: nada.

Esa mañana, cuando Wallach se hubo marchado, trataron de remediar en parte la situación llamando a Samuel Gottlieb de Gottlieb, Graham y Norden. Preguntaron a los socios principales de la firma cuántos casos criminales había manejado Norden desde que colaboraba con ellos y él les dijo que en total cuatro. Diligentemente les proporcionó los nombres de los cuatro clientes y luego dividió la lista entre los que habían sido absueltos y los convictos. Luego miraron en la lista que les había dado la señora Norden los nombres de las diversas firmas para las cuales había trabajado su esposo en diferentes años y sobre las once habían llamado a todas y tenían un total de doce criminales convictos que habían sido clientes de Norden. Enviaron esa lista a la Oficina de Identificación de Delincuentes solicitando el domicilio de cada hombre, y luego fueron en coche al centro, a la Universidad de Ramsey, donde esperaban enterarse de algo, de cualquier cosa, acerca de Blanche Lettiger, la prostituta muerta.

La universidad estaba en el centro de la ciudad, comenzaba donde terminaba la Avenida Hall, se extendía hasta los bordes de Quarter, codeándose con el Barrio Chino. En las calles laterales colindantes tenía lugar una muestra de arte al aire libre. Carella detuvo el coche en una zona donde estaba prohibido estacionar, bajó el visor para el sol que mostraba un cartel manuscrito con la advertencia POLICÍA TRABAJANDO y luego caminó con Meyer pasando frente a las telas alineadas en la acera. Parecía haber un predominio de paisajes marinos ese año. Los sonrientes responsables de todo ese arte acuoso fisgoneaban esperanzados a cada transeúnte, tratando de parecer indiferentes y nada ansiosos, pero de todos modos estaban en la incómoda situación de ser al mismo tiempo los vendedores y los creadores.

Meyer echó una ojeada a los paisajes y luego se detuvo ante una tela donde aparecían varias atrevidas pinceladas negras a través de un campo blanco, con dos puntos rojos en un extremo. Asintió misteriosamente con la cabeza y luego se puso al lado de Carella.

—¿Qué le ha sucedido a la gente? —preguntó.

—¿Qué quieres decir? —inquirió a su vez Carella.

—Hubo una época en que cuando uno miraba un cuadro, veía gente. Ahora ya no. Los artistas no se interesan en la gente. Sólo se interesan en la «expresión». Leí acerca de un tipo que cubre a una mujer desnuda con pintura y luego ella rueda sobre una tela y lo que sale es el cuadro.

—Bromeas —dijo Carella.

—Lo juro por Dios —afirmó Meyer—. Puedes ver donde rozó con la pierna o el muslo o lo que fuera. Ella es como el pincel del tipo.

—¿Él limpia los pinceles al acabar el día?

—No sé. El artículo no lo decía. Sólo decía cómo trabajaba el artista, mostrando algunos ejemplos.

—Eso es muy moderno, ¿verdad?

—No, creo que es un retorno a la tradición.

—¿Cómo?

—Obviamente, el tipo está volviendo a poner gente en sus cuadros.

—Allí está la escuela —indicó Carella.

La Universidad de Ramsey se erigía en el lado opuesto de un pequeño parque iluminado por el sol de mayo. Había varios estudiantes sentados en bancos dispersos discutiendo la conjugación del verbo *aimer*, considerando también la teoría de la movilidad relativa. Apenas miraron a Meyer y Carella cuando cruzaron el parque y ascendieron los escalones del Edificio de Administración. El interior del edificio era frío y sombrío. Pararon a un estudiante que llevaba camisa blanca y amplio suéter verde y le preguntaron dónde quedaba la Oficina de Registros.

—¿Qué es la Oficina de Registros? —preguntó el chico.

—Donde se guardan los registros.

—¿Registros de qué? ¿Quieren decir el secretario?

—Queremos decir los registros de pasados estudiantes.

—¿Graduados, quiere decir?

—Bueno, no estamos seguros de que esa estudiante se haya graduado.

—¿Estudiantes matriculados, entonces? ¿O no matriculados?

—No estamos seguros —dijo Carella.

—¿Diurnos o nocturnos? —preguntó el estudiante.

—Bueno, no lo sabemos.

—¿Qué colegio? ¿Sabes eso?

—No —replicó Carella.

El estudiante lo miró con curiosidad.

—Se me hace tarde para una clase —dijo al fin, marchándose.

—Hemos sacado una nota baja —comentó Meyer—. Hemos venido a la escuela mal preparados.

—Vayamos a hablar con el decano —dijo Carella.

—¿Qué decano? —preguntó Meyer, observando a Carella como lo había hecho el estudiante—. ¿El decano de admisiones? ¿El decano de hombres? ¿El decano de mujeres? ¿El de cano pelo?

El decano de admisiones era una agradable señora de poco más de sesenta años que lucía una almidonada blusa con adornos y un lápiz entre el pelo. Se llamaba Agnes Moriarty y cuando los detectives le dijeron que eran de la policía, hizo una broma de inmediato:

—Moriarty, saludo a Holmes y Watson.

—Carella y Meyer —dijo Carella, sonriendo.

—¿En qué puedo serles útil, caballeros?

—Estamos interesados en cualquier información que podamos obtener sobre una mujer que estudió aquí.

—¿Cuándo? —preguntó la señorita Moriarty.

—No lo sabemos. Antes de la guerra, creemos.

—¿Cuándo antes de la guerra? Esta universidad fue fundada en 1842, caballeros.

—La muchacha tenía cuarenta y un años cuando murió —dijo Meyer—. Podemos suponer...

—¿Murió? —preguntó la señorita Moriarty y enarcó apenas las cejas.

—Sí, señora —dijo Meyer—. Fue asesinada anoche.

—Oh —exclamó la señorita Moriarty mientras asentía con la cabeza—. Entonces es serio, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Bien, veamos. Si tenía cuarenta y un años... la mayoría de nuestros estudiantes empiezan a los dieciocho, lo que ubicaría la fecha veintitrés años atrás. ¿Tienen alguna idea del colegio en el que estaba matriculada?

—No, me temo que no.

—¿Intentamos la escuela de artes liberales?

—Estamos por completo en sus manos, señorita Moriarty —dijo Carella.

—Bien, entonces, veamos qué podemos descubrir, ¿de acuerdo?

Descubrieron que Blanche Ruth Lettiger en verdad se había matriculado en el Colegio de Artes Liberales de la Universidad de Ramsey para especializarse en teatro y oratoria en 1940, que había dicho tener dieciocho años y dio como lugar de nacimiento Jonesboro, Indiana, un pueblo con una población de 1.973 habitantes, próximo a Kokomo. Había anotado su domicilio temporal en Horsely Road 1107, en el Quarter. Asistió a la escuela durante algo más de un trimestre, alrededor de cinco meses, para luego desaparecer. Su abandono fue un tanto misterioso, ya que era una buena estudiante con un promedio de notas que rozaba el máximo. La señorita Moriarty no tenía idea de dónde había ido Blanche Lettiger después de abandonar los estudios. Nunca había vuelto a la escuela, ni intentó comunicarse con ellos de ninguna manera.

Carella le preguntó a la señorita Moriarty si había alguien en la escuela que pudiera recordar a Blanche Lettiger como estudiante y la decana condujo inmediatamente a los detectives a ver al profesor Richardson en el departamento de teatro y oratoria. Richardson era un anciano delgado con el estilo y el porte de un actor shakespeariano. La voz parecía brotar de su boca en tonos dorados y redondos. Hablaba enérgicamente, como si estuviera tratando de hacerse oír por los espectadores de la galería. Carella pensaba que cada palabra que él proyectaba se escuchaba en toda la ciudad hasta llegar a la comisaría.

—¿Blanche Lettiger? —preguntó—. ¿Blanche Lettiger?

Se llevó una mano delgada a la cabeza leonina, cerrando el pulgar y el índice sobre el puente de la nariz, perdido en silencioso pensamiento. Luego asintió con la cabeza una vez, levantó la mirada y dijo:

—Sí.

—¿La recuerda? —preguntó Carella.

—Sí. —Richardson se volvió a la señorita Moriarty—. ¿Recuerda la Whig and Buskin Society?

—Sí —contestó ella.

—Entonces debe recordar también *Largo viaje de regreso*.

—Me temo que eso me lo perdí —observó con tacto la señorita Moriarty—. Los grupos dramáticos de la escuela dan tantos espectáculos.

—Hum, sí, bueno —dijo Richardson. Se volvió a Carella—. Fui asesor del grupo por cuatro años sucesivos. Blanche trabajó con nosotros en esa obra.

—¿*Largo viaje de regreso*?

—Sí. Una muchacha muy agradable. La recuerdo muy bien. Y la obra, también. Fue la primera producción que hicimos en teatro circular. Blanche Lettiger, sí, exacto. Ella encarnaba a una de las... eh... damas de virtud fácil.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Carella.

—Bueno... —Richardson hizo una pausa, miró a la señorita Moriarty y luego dijo—: Una de las prostitutas.

Carella y Meyer se miraron sin decir nada.

—Era una muchacha muy agradable —comentó Richardson—. Bastante intensa, algo melancólica, pero grata de todos modos. Y una actriz muy buena. La obra transcurre en Londres en un lupanar ribereño, saben, y la muchacha que Blanche representaba hablaba en dialecto popular. Blanche manejó los tonos y el acento casi de inmediato. Una actuación muy notable, sí señor. Tenía una memoria excelente, además. Había memorizado todos sus perfiles... —se detuvo ahí Richardson para ver si alguien había captado su uso del término profesional «perfiles» y entonces, al no obtener ninguna reacción, continuó— en las dos primeras noches de ensayo. Tenía la parte femenina más importante de la obra, ya saben, Freda. La muchacha que tiene la larga charla con Olson y luego ayuda a drogarlo antes de secuestrarlo. Hicimos la obra en teatro circular, la primera vez que en esta escuela se intentaba algo por el estilo. Usamos el teatro de la escuela, claro,

pero pusimos gradas alquiladas en el escenario y los actores trabajaban en el centro. Muy interesante. En una escena, si ustedes recuerdan la obra...

—Señor Richardson, me pregunto si...

—... uno de los marineros, Driscoll, se supone que arroja la cerveza de su copa al rostro de Ivan, el marinero ruso borracho. Bien, entonces...

—Señor Richardson, ¿sabe usted si...?

—... el actor arrojó el contenido de su copa y salpicó a media docena de personas sentadas en la primera fila. La inmediatez del teatro circular es difícil de...

—Señor Richardson —dijo Carella en tono firme—. ¿Blanche Lettiger...?

—... imaginar a menos que lo haya hecho. Blanche estaba excelente. Tenía un rostro muy expresivo, saben. En la escena con Olson, ella tenía que escuchar mucho, una tarea que les resulta difícil aun a los actores profesionales. Era especialmente difícil porque trabajábamos en teatro circular, donde cada matiz de la expresión es fácilmente visible para el público. Pero Blanche lo hizo magníficamente, una actuación muy notable, mucho.

—¿Deseaba ella...?

—La obra no es una de mis favoritas, la verdad —observó Richardson—. De la serie *Glencairn*, prefiero *La luna de los caribes*, o incluso *En la zona*. Pero *La luna de los caribes* tiene cuatro mujeres que son todas negras antillanas, lo que hubiese limitado mucho nuestro elenco femenino. Después de todo, también se debe considerar a las estudiantes blancas. *En la zona*, por supuesto, tiene un elenco...

—¿Sabría usted si la señorita Lettiger...?

—... totalmente masculino y ésta es, después de todo, una institución coeducacional, de modo que la eliminamos. En realidad, *Largo viaje de regreso*, a pesar de sus inconvenientes, se adecuaba muy bien a nuestras necesidades. Con excepción de dos papeles más bien breves en el final mismo de la obra, los roles están bastante bien...

—Señor Richardson —dijo Carella—, ¿sabe usted si la señorita Lettiger tenía idea de convertirse en actriz profesional? ¿O fue ésa sólo una actividad extracurricular para ella?

—La verdad, no sé hasta qué punto le importaba el teatro. Lo discutimos periféricamente una o dos veces, pero creo que no estaba decidida. O tal vez estuviera intimidada, no sé. Creo que la ciudad la abrumaba un poco. Después de todo, sólo tenía dieciocho años y era de un pueblo muy pequeño de Indiana. La idea de tratar de conquistar el teatro profesional debió parecerle algo muy lejano.

—¿Pero su especialización no era en teatro y oratoria?

—Sí. Pero, claro, estuvo aquí en la escuela sólo un trimestre y algo, ni siquiera un semestre completo.

—¿Le había comentado que abandonaría la escuela?

—No.

—¿Se sorprendió usted cuando la abandonó?

—Señor Canella, lo único que un instructor...

—Carella.

—Carella, sí, perdóneme. Lo único que un instructor aprende con los años es a no sorprenderse de lo que dice o hace un estudiante.

—¿Significa eso que usted se sorprendió?

—Bueno, ella era una muy excelente estudiante y, como le dije, una muchacha de talento, mucho. Sí, supongo que me sorprendí.

—¿Actuó en alguna otra producción aparte de la obra de O'Neill?

—No.

—¿Asistía a alguna de sus clases?

—No.

—¿Sabe usted si tenía algún pariente en esta ciudad?

—Lo lamento, no tengo la menor idea.

—Bien, gracias —dijo Carella.

—No hay de qué. Fue un placer —replicó Richardson.

Lo dejaron en su pequeña oficina y descendieron las escaleras con la señorita Moriarty.

—Es un pesado total —comentó la mujer—, pero su memoria es buena, y estoy segura de que ha dado un cuadro preciso de Blanche Lettiger como era entonces. ¿Ha servido de algo?

—Señorita Moriarty —contestó Carella—, lo terrible en el trabajo de un detective es que nunca se sabe qué es útil y qué no lo es hasta que por fin

todas las piezas encajan.

—Lo recordaré —dijo la señorita Moriarty—. Sin duda me ayudará en mi batalla declarada e incesante contra Holmes.

—Que gane el mejor —dijo Carella.

Se despidieron de ella estrechándole la mano y salieron nuevamente al sol.

—¿Qué piensas? —preguntó Meyer.

—No sé qué pensar. ¿Por qué abandonaría la escuela tan de repente? Buena estudiante, buenas notas, interesada en programas extracurriculares.

—Carella se encogió de hombros.

—Es bastante poco común, ¿no? En especial si vino desde Kokomo.

—No, no era Kokomo, sino un pueblo cercano.

—Sí, ¿cuál era el nombre del pueblo?

—Jonesville, algo así.

—Jonesboro —rectificó Meyer.

—Exacto.

—¿Crees que deberíamos enviar una solicitud?

—¿Para qué?

—Un control de rutina sobre su familia, parientes, no sé.

—¿De qué serviría? Te diré qué me molesta de esa muchacha, Meyer. Ella rompe el modelo, ¿sabes? Antes, había al menos una especie de delgada hebra. Ahora... —Se encogió de hombros—. Esto me fastidia. De verdad.

—Sí. Bueno, no me ves a mí sonriendo de oreja a oreja, ¿no?

—Tal vez estemos ante un loco. En ese caso, ya podemos olvidarnos. Matará a quien se le ocurra, al azar, sin ton ni son.

—¿Quién es esa rubia que te saluda? —preguntó Meyer de pronto.

Carella, que pensó que Meyer estaba bromeando, respondió:

—Las rubias siempre me saludan.

—¿Sí? ¿También las de dieciséis años?

Carella siguió la mirada de Meyer hasta el otro extremo del parque, donde una joven rubia con falda marinera y suéter celeste se dirigía rápidamente hacia ellos. La reconoció de inmediato, levantando el brazo en señal de saludo.

—¿La conoces? —preguntó Meyer.

—Claro. Parte de mi club de admiradoras.

—Siempre me olvido de que eres un importante detective de la ciudad.

—Trata de recordarlo, ¿quieres?

Cindy Forrest llevaba el pelo suelto alrededor del rostro. Había restos de pintura en sus labios y una sarta de pequeñas perlas alrededor del cuello. Llevaba libros apretados contra el pecho y también una sonrisita secreta en el rostro cuando se acercó.

—Hola —saludó—. ¿Me estaba buscando?

—No —replicó Carella— pero, de todos modos, es un placer encontrarla.

—Bien, gracias, señor —dijo Cindy—. ¿Qué están haciendo por aquí?

—Revisando unos registros. ¿Y usted?

—Vengo a la escuela —contestó Cindy—. ¿Recuerda? ¿Mi profesor de psicología anormal? ¿El presenciar la escena primaria?

—Recuerdo —asintió Carella—. Estudia psicología, ¿verdad?

—No. Magisterio.

—Y quiere enseñar en el colegio superior —dijo él asintiendo con la cabeza.

—En la escuela secundaria —corrigió Cindy.

—¡Qué detective! —exclamó Meyer, suspirando.

—Meyer, quiero presentarte a Cynthia Forrest. Señorita Forrest, éste es mi compañero, el detective Meyer.

—¿Qué tal, señor Meyer? —saludó Cindy, tendiendo la mano.

—¿Qué tal? —dijo Meyer, estrechándosela con una sonrisa.

Ella volvió inmediatamente a dirigirse a Carella.

—¿Encontró lo que estaba buscando? —preguntó.

—Bueno, encontramos algo, pero no es seguro que nos vaya a servir de mucho.

—¿No estaban completos los registros?

—Sí, bastante completos —contestó Carella—. Es que...

—¿Habló con Ferguson?

—¿Quién?

—Ferguson, el entrenador de fútbol.

—No —contestó Carella, intrigado.

—El tal vez hubiese podido ayudarlo. Hace siglos que está en la escuela. El equipo nunca gana, pero siguen contratando a Ferguson porque es un anciano agradable.

—Ya entiendo —observó Carella.

—Podría verlo.

—¿Por qué, Cindy?

—Bueno, ¿no vino a...? —La joven miró fijo al detective—. Lo siento, tal vez esté confundida.

—Tal vez todos estemos un poco confusos —acotó Meyer, entrecerrando repentinamente los ojos—. ¿Por qué piensa que debemos buscar al entrenador de fútbol, señorita Forrest?

—Bueno, sólo porque él estuvo en el equipo.

—¿Quién estuvo en el equipo? —preguntó Carella.

—Bueno, papá. —Ella hizo una pausa, sus ojos muy abiertos—. ¿No sabía que papá vino a esta escuela?

Salvatore Palumbo tenía cincuenta y siete años, era un hombrecito fuerte que había nacido en Nápoles. Había ido a Norteamérica en 1938 porque no le gustaba Mussolini ni lo que estaba haciendo con el país. No hablaba una palabra de inglés al llegar y sólo tenía cuarenta dólares en moneda norteamericana, más una esposa y dos hijos y la dirección de un primo. Fue a ver al primo a Filadelfia y éste hizo grandes demostraciones de júbilo al recibirlo, pero pronto le hizo saber que le molestaba. De modo que Palumbo, aún sin hablar una palabra en inglés —sólo había transcurrido una semana desde su llegada— gastó veinte de sus dólares norteamericanos en billetes de tren y llevó a su familia a otra ciudad, tratando de salir adelante.

No fue fácil el comienzo. En Nápoles había sido vendedor de fruta con un pequeño carro de mano. Compraba su mercancía a los agricultores que venían a la ciudad desde los distritos periféricos y solía empujar su carro por toda la ciudad, sin volver a veces hasta las nueve o las diez de la noche, pero de todos modos ganándose la vida para sí mismo y su familia. La vida

era pobre, aun para las pautas italianas. En Nápoles, Salvatore Palumbo y su esposa habían vivido en una triste casa de inquilinos. En América, pasó de Filadelfia, donde el primo vivía en un triste tugurio, directamente a otra ciudad y a otro triste tugurio.

A él no le gustaba esa vida. Le decía a su esposa en italiano: «No vine a América para vivir así». Entonces empezó a buscar trabajo. Pensó que podía ser una buena idea conseguirse otro carro, pero no hablaba nada de inglés y no sabía dónde comprar las mercancías, o cómo solicitar un permiso para vender en la calle, y ni siquiera que hiciese falta un permiso. En cambio, consiguió empleo en la zona ribereña. Siempre fue un hombre menudo y levantar fardos y cajas le era difícil. Desarrolló un pecho poderoso y brazos musculosos, de modo que después de dos años de trabajo en los muelles parecía un zambo luchador.

Bien, Norteamérica es la tierra de la oportunidad. Ésa es la pura verdad, se puede tomar o dejar. No hay que seguir viviendo en un barrio bajo, no hay que seguir trabajando en los muelles. Si se tiene la voluntad, la decisión y la ambición de un hombre como Salvatore Palumbo, en veinticinco años se puede poseer una casita en Riverhead —en un barrio italiano, sí, pero no en un barrio bajo o en un gueto— y se puede tener negocio propio de frutas y verduras a siete manzanas de distancia en la Avenida Dover Plains, y la gente lo llama a uno Sal en lugar de Salvatore.

A las doce del mediodía del uno de mayo, los detectives Meyer y Carella estaban en otra parte de la ciudad haciendo una serie de sorprendentes descubrimientos mientras Sal Palumbo permanecía de pie en la acera, frente a su negocio, limpiando la fruta. Ellos descubrieron en primer lugar que Anthony Forrest era un graduado de la Universidad de Ramsey, dato que no sabían. Y luego, llevados por la emoción de este nuevo descubrimiento, recordaron que Mae Norden, la esposa del abogado asesinado Randolph Norden, les había dicho que su esposo había estudiado en la Escuela de Derecho de Ramsey. Como hombres que han encontrado la pieza difícil de un complicado rompecabezas cuando en realidad la pieza estaba ahí sobre la mesa, debajo del cenicero, se precipitaron a unir las dos primeras muertes con la muerte de la prostituta Blanche Lettiger, que también había sido estudiante en Ramsey. Estúpida y gozosamente creyeron

que el rompecabezas estaba casi completo cuando en realidad sólo acababa de comenzar.

Sal Palumbo no tenía sentimientos de profunda alegría mientras pulía la fruta. Le gustaba la fruta, en realidad la amaba, pero no la frotaba porque le diera ningún placer particular. No era la clase de persona que puede enloquecer por el color de una pera o una manzana. Abrillantaba la fruta porque tenía mejor aspecto a los ojos de los clientes, y así los clientes compraban. Una de sus clientes se acercaba al negocio, una dama irlandesa, la señora O'Grady. No conocía su nombre de pila. Sabía que vivía en algún punto de Riverhead, pero no en el barrio. El puesto de Palumbo estaba en la Avenida Dover Plains, justo debajo de la estructura elevada, cerca de la esquina de la Calle 200. Había una estación en esa esquina y cada martes por la tarde alrededor de esa hora, la señora O'Grady descendía los escalones de la estación y se detenía primero en el negocio de golosinas en la esquina, después en la carnicería de al lado y finalmente iba al negocio de Palumbo, que estaba a dos puertas de la carnicería, a la sombra de la plataforma de la estación.

—Ah, *signora* —la saludó Palumbo cuando ella se acercó.

—No me venga con las zalamerías italianas, Sal —replicó ella.

La señora O'Grady tenía probablemente cincuenta y dos años y tenía una figura elegante, esbelta y un brillo demoníaco en los verdes ojos. Había estado comprándoles a los comerciantes de la Avenida Dover Plains desde hacía ya cinco años porque tanto los precios como la mercancía le gustaban más que los de su propio barrio. Si alguien hubiese preguntado a la señora O'Grady o a Sal Palumbo sobre el coqueteo que habían practicado en estos cinco años, le habrían acusado de loco. Palumbo estaba casado y tenía dos hijos casados y tres nietos. La señora O'Grady también estaba casada, con una hija casada y embarazada. Pero Palumbo era un hombre al que le gustaban las mujeres en general, no sólo las de tipo italiano meridional como su mujer, Rose, con el pelo oscuro y los ojos aun más oscuros, sino también las de tipo pequeño y delgado, de senos menudos y compactos, trasero pequeño y ojos verdes, como la señora O'Grady. Y la señora O'Grady era del tipo apasionado a la que le gusta muchísimo un hombre fuerte entre los brazos, y ese diminuto Palumbo tenía unos buenos brazos

fuertes y un pecho grande y macizo con rizado vello negro que asomaba por el cuello abierto de la camisa. Y así los dos intercambiaban comentarios sobre la fruta, alimentando un coqueteo que nunca reconocerían abiertamente, que nunca llegaría siquiera a un roce, pero que de todos modos se encendía una vez por semana cada martes al hablar de las peras, manzanas, ciruelas y melocotones.

—Bien, no me parece tan buena hoy, Sal —dijo la señora O’Grady—. ¿Es esto todo lo que tiene?

—¿Qué ocurre? —preguntó Palumbo con una voz que sólo tenía una leve sombra de acento—. Esta fruta es hermosa. ¿Qué busca? ¿Quiere unas peras preciosas? Tengo algunos albaricoques, los primeros de la temporada.

—Y apuesto a que serán amargos como la retama.

—¿Mis albaricoques? ¿Fruta amarga de Sal Palumbo? Ah, *bella signora*, usted me conoce bien.

—¿Qué son esos melones?

—¿Qué son sino melones? Los ve con sus propios ojos, ¿no? Acaba de nombrarlos. Son melones rocío de miel.

—¿Buenos?

—Excelentes.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Señora O’Grady, por usted yo cortaría uno, pero sólo por usted, y sólo porque cuando lo abra verá un melón tan dulce, tan maduro, y tan verde como sus propios ojos.

—No se meta con mis ojos —dijo la señora O’Grady—. Y no es necesario que lo corte, creo en su palabra. ¿No hay ciruelas todavía?

—No podemos adelantar el verano —respondió Palumbo.

—Bueno, deme dos libras de manzanas. ¿Cuánto cuestan esos albaricoques?

—Treinta y nueve la libra.

—Es muy caro.

—Pierdo dinero.

—Seguro —comentó ella sonriendo.

—Estos hay que traerlos por barco, ya sabe. Camiones refrigerados. El agricultor gana, el transportador gana, el ferrocarril gana, para el momento

en que los albaricoques me llegan, ¿qué puedo ganar?

—Bueno, deme un par de libras, para que pueda perder un poco más de dinero.

—¿Dos?

—Dije un par, ¿no?

—*Signora*, en Italia, un par siempre son dos. En América, un par pueden ser tres, cuatro, media docena. ¿*Ma che*? —Extendió las manos y se encogió de hombros y la señora O’Grady se rió.

—Dos libras —dijo.

—¿Necesita lechuga? Tengo arrepollada buena y francesa buena, la que su corazón desee.

—La arrepollada —dijo ella—. ¿Sabe quién tiene realmente buena fruta?

—Sal Palumbo tiene realmente buena fruta —respondió él.

—No, el frutero de mi barrio. Y sus albaricoques son más baratos.

Palumbo, que se estiraba para alcanzar las cajas apiladas en la entrada del negocio, donde estaban los albaricoques colocados en ordenadas hileras, preguntó:

—¿A cuánto los vende?

—Treinta y cinco centavos la libra.

—Entonces vaya a comprárselos a él —dijo Palumbo.

—Iría —replicó la señora O’Grady—, pero ya no le quedaban.

—*Signora* —comentó Palumbo—, si yo me quedara sin albaricoques, también costarían treinta y cinco centavos. Los quiere, ¿*sí* o *no*?

—Sí —respondió la señora O’Grady con sus ojos centelleantes pero es un robo a mano armada.

Palumbo abrió una bolsa de papel marrón y puso dentro un puñado de albaricoques. Puso la bolsa sobre la balanza y estaba añadiendo algunos más cuando de la plataforma de la estación que estaba sobre la tienda partió la bala, entrando por su cabeza en un marcado ángulo desde la parte superior del cráneo. Él cayó hacia adelante sobre el puesto. Las frutas y verduras empezaron a rodar alrededor de él cuando se derrumbó sobre la acera, las pulidas peras y manzanas, los pimientos verdes, las naranjas,

limones y patatas, mientras la señora O'Grady lo miraba horrorizada y entonces empezó a gritar.

OceanofPDF.com

8

Carella y Meyer no se enteraron de la muerte de un frutero italiano llamado Salvatore Palumbo hasta que volvieron a la comisaría a las cuatro de la tarde de ese primero de mayo. Hasta esa hora habían estado examinando los historiales de Anthony Forrest y Randolph Norden en la universidad.

Los registros resultaban intrigantes y contradictorios y no proporcionaron casi ningún dato adicional sobre lo que estaba sucediendo.

Anthony Forrest había ingresado en la Universidad de Ramsey en la carrera de administración de empresas en el semestre de primavera de 1937, cuando tenía dieciocho años y acababa de graduarse en la escuela secundaria Ashley de Majesta. Para la primavera de 1940, cuando Blanche Lettiger se matriculó en la universidad, él empezaba su año superior. Había sido sólo un correcto estudiante, con promedio de aprobado casi todos los semestres, calificándose apenas académicamente para el equipo de fútbol. Se graduó como licenciado en enero de 1941 en la posición n.º 250 de su clase. Había sido miembro del Cuerpo de Reserva mientras permaneció en el colegio, pero no fue llamado al servicio activo hasta casi un año después de su graduación, cuando el ataque a Pearl Harbour conmovió al mundo.

Randolph Norden había entrado en la Universidad de Ramsey en el otoño de 1935, a los dieciocho años, recién graduado de la escuela Thomas Hardy de Bethtown. Se matriculó en artes liberales con la intención de pasar a Derecho. En la primavera de 1937, cuando Forrest entró en la escuela, Norden estaba en su segundo año. En la primavera de 1940, cuando Blanche Lettiger se matriculó, Norden ya había completado los tres años requeridos para el ingreso a Derecho y ya estaba en su segundo año. Se graduó en Ramsey en junio de 1941 y entró en la marina casi inmediatamente después del ataque a Pearl Harbour.

Los registros demostraban que Norden fue un excelente estudiante durante todos los años que estuvo en Ramsey. Había sido elegido para el

consejo de estudiantes en su segundo año, había ingresado en Phi Beta Kappa como menor, aparecía en *Quién es quién en los Colegios y Universidades Norteamericanos* y, en la Escuela de Derecho, fue miembro de La Orden de Cois, así como editor de la *Revista de Derecho de Ramsey*.

Una inspección más cuidadosa de los registros evidenciaba que Randolph Norden nunca había estado en ninguna de las clases de Anthony Forrest. Ni parecía que ninguno de ellos, uno se graduaba en 1940 y el otro estaba en su segundo año de la Escuela de Derecho, hubiera compartido clase alguna con una nueva estudiante de nombre Blanche Ruth Lettiger.

—Y, ¿qué deduces de esto? —había preguntado Carella.

—Maldito si lo sé —había replicado Meyer.

Cuando entraban en el Distrito a las cuatro de la tarde, aún no tenían la respuesta. Se detuvieron para pedirle a Miscolo dos tazas de café. Una nota sobre el escritorio de Carella le informaba de que había llamado la Oficina de Identificación de Delincuentes. Ya no parecía importante conocer los nombres de los criminales defendidos por Randolph Norden, pero de todos modos respondió debidamente al aviso y estaba hablando con un hombre llamado Simmons cuando sonó el otro teléfono. Lo atendió Meyer.

—Distrito 87, Meyer —dijo.

—Pásame con Carella, por favor —dijo la voz en el otro extremo.

—¿De parte de quién?

—Mannheim de la 104 en Riverhead.

—Espere un segundo, ¿quiere? —dijo Meyer—. Está hablando por la otra línea.

—Por supuesto —dijo Mannheim.

Carella levantó la cabeza.

—De la 104 en Riverhead —susurró Meyer—. Un tipo llamado Mannheim.

Carella asintió con la cabeza. Dijo, hablando por el teléfono:

—Entonces, todos excepto uno están cumpliendo sentencias en la cárcel, ¿es así?

—Exacto —le dijo Simmons.

—¿Qué ocurre con el que está suelto?

—Se llama Frankie Pierce. Está de nuevo entre nosotros desde noviembre último. Cumplía una sentencia de algo más de cinco años en Castlevew, pero el año pasado se le dio libertad condicional.

—¿Cuál fue el motivo?

—Hurto tres.

—¿Algún otro arresto en su historial?

—Pasó por el Tribunal de Menores cuando tenía quince años, arrestado dos veces por trifulcas entre pandillas, pero eso fue todo.

—¿Armas?

—Una pistola casera en una de las peleas. Le aplicaron la Ley Sullivan, pero su abogado lo sacó con una sentencia en suspenso.

—Fue puesto en libertad condicional en noviembre, ¿dice?

—Exacto.

—¿Dónde vive ahora?

—Isola. Horton 371. Está cerca, en Point Bridge.

—¿Quién es su oficial de libertad condicional?

—McLaughlin. ¿Lo conoce?

—Creo que sí. ¿Algún problema?

—Se ha portado como un santo desde que salió. Apuesto a que volverá al redil muy pronto, no obstante. Ése es el modelo, ¿no?

—A veces —comentó Carella.

—Tienen algunos hurtos entre manos, ¿verdad? —preguntó Simmons.

—No, esto es homicidio.

—¿Cómo va?

—Frío, frío por ahora.

—Hay que dar tiempo. Los homicidios siempre se resuelven solos, ¿no?

—No siempre —dijo Carella—. Muchas gracias, Simmons.

—De nada —contestó éste y colgó. Carella oprimió el botón de la otra extensión.

—Hola —dijo.

—¿Carella?

—Sí.

—Soy Mannheim, de la 104 en Riverhead.

—¿Qué tal, Mannheim?

—Bien, bien. Escuche, ¿usted es el tipo que está manejando ese caso del francotirador?

—Sí, soy yo. ¿Hay algo nuevo?

—Sí —replicó Mannheim.

—¿Qué es?

—Otro fiambre.

Rose Palumbo hablaba muy mal en inglés incluso estando lúcida, y se encontraba demasiado excitada cuando Carella llegó a la casa de madera de Riverhead. Trataron de entenderse en inglés durante un rato, durante el cual la mujer repetía una palabra que Carella no podía entender hasta que uno de los hijos, un hombre que se llamaba Richard Palumbo, le dijo a Carella que lo que la angustiaba era que cortaran a su esposo al hacerle la autopsia. Carella trató de asegurarle a la mujer en inglés que lo que les interesaba era establecer la causa de la muerte, pero la mujer seguía repitiendo la palabra entre flujos de lágrimas y violentos sollozos hasta que Carella la asió por los hombros y la sacudió enérgicamente.

—*¡Ma che vergogna, signora!* —le gritó.

—*Mi dispiace* —dijo Rose—, *ma non posso sopportare l'idea che lo taglino. ¿Perchè devono tagliare?*

—*Perchè l'hanno ucciso* —dijo Carella—, *e vogliamo scoprire chi è stato.*

—*¿Ma che scoprirete tagliandolo?*

—*La palla è ancora dentro. Dobbiamo trovare la palla perchè ci sono stati altri morti. Altri tre.*

—*¿E tagliarono gli altri?*

—*Sì.*

—*È peccato contro Dio mutilare i morti.*

—*È un più grosso peccato contra Dio di uccidere* —replicó Carella.

—¿Qué es lo que dice? —preguntó Meyer.

—No quiere una autopsia.

—Dile que no necesitamos su permiso.

—¿De qué puede servir decírselo? Está enloquecida de dolor. —Se volvió a la mujer—. *Signora, è necessario individuare il tipo di pallottola che l'ho uccise. La palla è ancora dentro, non comprende? Dobbiamo sapere che tipo.*

—*Si, si, capisco.*

—*È per questo che dobbiamo fare un'autopsia. Comprende? Così potremo trovare l'assassino.*

—*Si, si, capisco.*

—*La prego, signora. Provi.* —Le dio unos golpecitos en el hombro y luego se dirigió al hijo, Richard. Richard tendría tal vez unos treinta años, era un hombre robusto de anchas espaldas y cintura estrecha de bailarín—. Desearíamos hacerle algunas preguntas, señor Palumbo, ¿está de acuerdo?

—Debe excusar a mi madre —dijo Palumbo—. No habla muy bien inglés.

—No importa —observó Carella.

—Mi padre hablaba muy bien en inglés, aunque no cuando llegó. Realmente se esforzó. Pero mi madre... —Richard sacudió la cabeza—. Supongo que siempre pensó que América era algo temporal, una etapa del camino. Creo que siempre pensó volver a Nápoles, ¿sabe? Pero mi padre no. Éste era el lugar para él. Realmente había encontrado su lugar. De modo que aprendió el idioma. Lo aprendió realmente muy bien. Con un poco de acento, pero no muy evidente. Era todo un tipazo.

Richard habló con la vista fija en un punto imaginario sobre el hombro de Carella, sin mirarlo a los ojos o a la cara. Pronunciaba las palabras como si estuviera diciendo una plegaria sobre la tumba abierta de Palumbo. No había lágrimas en sus ojos, pero tenía la cara blanca y seguía enfocando el punto imaginario sobre el hombro de Carella.

—Trabajó duro toda su vida —dijo Richard—. Cuando llegamos a este país yo era un crío. Eso fue en 1938, hace tiempo. Yo tenía ocho años. Mi hermano sólo tres. No teníamos ni para comer, ¿sabe? Mi padre trabajaba como un mulo en los muelles. Era un hombrecito flaco entonces, debió haberlo visto. Después se le forjaron todos esos músculos a fuerza de levantar peso, ¿sabe? Era un tipazo, mi padre. —Señaló con un gesto una pequeña foto enmarcada de Palumbo que estaba sobre la repisa de la sala de

estar—. Él solo hizo todo esto, ¿sabe?... la casa, el negocio. Partiendo de cero. Ahorraba los centavos, aprendió inglés, se compró un carrito al principio con el dinero que ahorraba en los muelles. Como cuando estaba en Nápoles, solía empujar ese maldito carro por toda la ciudad, estaba agotado cuando llegaba a casa por la noche. Me acuerdo que me gritaba y una vez incluso me dio un bofetón, no porque estuviera enojado conmigo, sólo porque estaba exhausto. Pero lo consiguió, ¿eh? Tuvo su propio negocio, ¿eh? Tenía un buen negocio, mi padre. Era un hombre realmente bueno.

Carella y Meyer se miraron y ninguno de los dos dijo media palabra.

—Así que alguien lo mata —dijo Richard—. Alguien le dispara desde arriba, desde la estación. —Hizo una pausa—. ¿Qué daño hizo él? Trabajó toda su maldita vida para tener su negocio, para ocuparse de su familia, y entonces alguien simplemente lo mata, como si él no fuera... nada. Es a mi padre a quien mató ese tipo, ¿no lo sabía? Es mi padre al que se llevaron en la ambulancia. ¿Por Dios, no se da cuenta de eso, el tipo que lo mató? ¿No se da cuenta de que es mi padre?

Las lágrimas le llenaban los ojos. Seguía mirando el punto imaginario sobre el hombro de Carella.

—¿No tiene padre ese tipo? ¿Cómo pudo... cómo pudo dispararle así, cómo pudo apretar el gatillo? ¡Era un hombre el que estaba de pie ahí abajo, un hombre, mi padre, por Dios! ¿No sabe lo que ha hecho? ¿No sabe que ese hombre nunca volverá a su negocio, nunca volverá a discutir con los clientes, ni a reírse ni a nada? Cómo pudo hacerlo, ¿me lo quieren explicar?

Richard hizo una pausa. Bajó la voz.

—Hoy ni siquiera lo había visto. Salió de casa esta mañana antes de que me levantara. Mi esposa y yo vivimos arriba. Nos encontrábamos por las mañanas, salíamos casi a la misma hora para el trabajo. Trabajo en una fábrica de repuestos de aviones, en 233. Pero esta mañana yo tenía un poco de fiebre, un virus, mi mujer me dijo que me quedara en la cama y llamó avisando. Y no pude ver a mi padre. Ni siquiera para decirle «Hola, papá, ¿qué tal?». Así que hoy, alguien lo mata. El día en que no lo he visto.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo haberlo hecho? —preguntó Carella.

—No.

—¿Su padre ha estado recibiendo amenazas? ¿Recibió notas o llamadas telefónicas, o...?

—No.

—¿Algún problema con alguno de los comerciantes de la avenida?

—Ninguno. —Richard volvió a sacudir la cabeza—. Todo el mundo lo quería. Esto no tiene sentido. Todos lo querían. —Se frotó la nariz con el índice, resopló y dijo de nuevo—: Ni siquiera lo vi hoy. Ni siquiera para decirle hola.

OceanofPDF.com

A la mañana siguiente, miércoles dos de mayo, Steve Carella entró a ver al teniente detective Byrnes. Le comentó que el caso estaba tomando algunos giros inesperados, que él y Meyer habían pensado que tenían al menos algo con lo cual trabajar, pero que ya ni siquiera estaban seguros y que había grandes probabilidades de que el asesino fuera un loco. Dadas las circunstancias, le dijo Carella al teniente, deseaba alguna ayuda adicional de alguna persona de la brigada de la que Byrnes pudiera disponer y también quería pedirle que solicitara ayuda a las otras brigadas de la ciudad, ya que el asesino parecía trasladarse de un lugar a otro, y dado que las investigaciones le quitaban una cantidad considerable de tiempo que tal vez pudiera dedicar a la deducción, si es que había algo que deducir, cosa poco probable por el momento.

Byrnes escuchó todo lo que Carella tenía que decir y le dijo que haría todo lo posible tan pronto como tuviera la oportunidad de revisar su programa de trabajo y de llamar al jefe de detectives en la central. Pero Carella debió esperar hasta bien entrada la tarde antes de obtener la ayuda solicitada. Y entonces, inesperadamente, le llegó de la oficina del fiscal de distrito.

Andrew Mulligan era un adjunto del fiscal de distrito que quería llegar a gobernador del Estado y, después de eso —ahora que Kennedy había abierto el camino para los católicos— imaginaba que sería grato ser presidente. Su oficina estaba en el centro, junto al Edificio de los Tribunales Criminales, cruzando la calle desde el departamento de policía. Byrnes había llamado al jefe de detectives precisamente a las 11:15, pero Mulligan no lo sabía, ya que a esa hora estaba en el tribunal. En realidad, Mulligan no tenía idea de que los hombres de la Brigada 87 estaban trabajando en cuatro asesinatos posiblemente relacionados, ni tenía noción de que muy pronto él estaría ayudándolos. Por el momento, trabajaba con el fiscal de distrito en

un caso de evasión de impuestos. Mulligan no sabía que el mismo fiscal también deseaba ser gobernador del Estado, pero aun cuando lo hubiese sabido, no le hubiera molestado. El caso particular que estaban tratando de resolver implicaba a un importante evasor y la prensa local lo trataba con todo detalle. A Mulligan le gustaban los titulares. Le fastidiaba que hubiese un músico de jazz llamado Gerry Mulligan, que ni siquiera era pariente. Pensaba que cuando alguien mencionaba el nombre Mulligan, o toda vez que el nombre Mulligan aparecía impreso, instantáneamente debía acudir a la mente la imagen del luchador asistente del fiscal, y no la de un miserable tocador de bongó, o lo que fuera ese otro Mulligan.

Para hacerle justicia al caso del que pronto tomaría parte, él ya había intervenido en cuatro casos de asesinato desde que trabajaba en la oficina del fiscal. Le gustaban porque habitualmente aseguraban muchísima cobertura periodística. Su primer juicio se lo había llevado la Brigada 49, un asunto fácil que cualquier recién graduado de la escuela de Derecho hubiese podido tratar con éxito. Mulligan le extrajo todo el provecho posible al caso. El juicio debía durar dos semanas a lo sumo. Mulligan lo estiró un mes, con titulares que hacían furor cada día, y lo hubiese extendido aún más si el juez no hubiese empezado a emitir algunas sutiles sugerencias acerca de la «provisión al parecer inagotable de retórica en este juicio». Mulligan consiguió sus titulares y también logró la pena para el culpable y luego, porque según el dicho, nada da tanto éxito como el éxito, le asignaron otro caso de asesinato, y luego otro y aún otro más, siendo el número de asesinatos cometidos en esa bella ciudad casi tan inagotable como la provisión de retórica en su primer juicio.

Cuando salió del tribunal y descendió los peldaños anchos y bajos de acceso al edificio, se preguntó en qué le tocaría trabajar después de que hubieran demolido al barato delincuente con su falso mercado de carne que cubría un círculo de vicio multimillonario. No sabía que se vería implicado en el caso en el que ahora trabajaba la 87, pero sin duda esperaba que el próximo fuera otro juicio por asesinato. También pensaba en lo que pediría para el almuerzo.

El restaurante que solía frecuentar estaba en una de las calles laterales que bordeaban el distrito financiero. La mayoría de los abogados que tenían

alguna actividad en los tribunales del centro almorzaban ahí y a Mulligan le gustaba el reprimido murmullo que acompañaba su entrada en el lugar. No tenía ni idea de lo que murmuraban sobre él, pero seguro que era bueno. Cuando entró en el restaurante vio que dos jóvenes abogados interrumpían su conversación y se giraban en dirección a él. No dio señales de reparar en ellos. Discretamente se quedó de pie, inmenso junto a la puerta, la dinamo del tribunal en su disfraz civil, y aguardó a que la propietaria del restaurante lo descubriera.

Ella lo descubrió casi de inmediato.

—Oh, señor Mulligan —dijo, preocupada—. No sabía que vendría hoy. Su mesa está ocupada.

—¿Cómo? —exclamó Mulligan, enarcando apenas las cejas, una expresión ligeramente interesada en el rostro—. ¿No ha llamado mi secretaria?

—No, señor Mulligan, lo lamento.

—Bueno... —dijo Mulligan y le dirigió una mirada suavemente inquisitiva a la turbada propietaria, una mirada que demandaba con firmeza «Bien, ¿qué se propone hacer dado este intolerable cúmulo de circunstancias?».

La propietaria sabía cómo leer las miradas porque había estado tratando con abogados tanto ahí como en su país de origen y todos eran iguales, todos hedían.

—Le buscaré otra mesa, señor Mulligan —dijo ella—, una mesa muy buena en la otra sala. Venga conmigo, yo me ocuparé.

La mujer se disponía a dar media vuelta pero se detuvo, floreció una sonrisa en su rostro, y dijo:

—Espere, se están retirando. Mire, están pagando la cuenta. ¿Ve, señor Mulligan? Después de todo, ha salido bien. Podrá tener su mesa.

—Se lo agradezco —dijo Mulligan—. De verdad.

Los dos caballeros que estaban sentados a la mesa habitual de Mulligan pagaron la cuenta, encendieron unos puros y salieron del restaurante. El camarero cambió el mantel y sostuvo la silla a Mulligan mientras se sentaba. Mulligan acercó la silla a la mesa y sin mirar al camarero, ordenó:

—Dewar's con hielo, por favor.

—Entonces se relajó y miró a la calle a través de la enorme ventana. Le gustaba sentarse en el mismo lugar cada día porque eso lo hacía más fácilmente identificadle. Le gustaba particularmente esa mesa junto a la ventana porque le permitía ser reconocido tanto desde fuera del restaurante como desde dentro. Un fiscal pasó justo a la mesa y le dijo:

—Hola, Andy, ¿cómo estás? —y le tocó el hombro. Mulligan sonrió en respuesta y se preguntó dónde demonios estaba su whisky. El camarero se lo trajo inmediatamente.

—¿Querría pedir ahora, señor Mulligan? —le preguntó.

—Veré el menú —dijo Mulligan. El camarero le alcanzó la carta y Mulligan tomó el vaso de whisky, bebió un sorbo y empezó a leer. El menú rara vez cambiaba. Casi se lo sabía de memoria.

Se preguntaba si debía pedir cangrejo *au gratin* cuando de repente se destrozó el cristal de la ventana junto a su mesa.

Mulligan no tuvo tiempo de reaccionar a la rotura del cristal porque éste había sido destrozado por una bala, que a continuación destrozó el hueso bajo su sien derecha.

Si hubiese existido una escala de importancia para el homicidio que fuera de cero para el menos importante a diez para el más importante, Blanche Lettiger se hubiese clasificado en cero, Sal Palumbo hubiese registrado un resonante dos y tanto Anthony Forrest como Randolph Norden hubieran obtenido entre tres y cuatro.

Andrew Mulligan se desplomó con todo su engreimiento sobre el vaso de whisky con hielo y rápidamente el marcador señaló siete coma ocho. En la ciudad había dos importantes periódicos vespertinos, uno grande, otro pequeño, pagabas y hacías tu elección. Los dos hedían. El grande siempre imprimía su «titular sobre el titular» en letras rojas. El de formato reducido lo hacía en letras azules, porque era un periódico muy liberal y como en realidad no quería que la gente pensara que lo era en exceso evitaba la menor asociación con el color rojo. El titular del periódico grande de esa tarde decía FRANCOTIRADOR MATA A F. D. El titular sobre el titular estaba impreso en rojo y se leía: TRIUNFOS DE MULLIGAN, p. 5. El

titular del otro periódico de esa tarde ponía MULLIGAN ASESINADO y sobre la parte superior de la página, en azul, EL F. D. LUCHADOR, un Estudio de Agnes Lovely, p. 33. El estudio de Agnes Lovely había sido redactado en quince minutos rastreando en los archivos del periódico poco antes de la hora de impresión. La nota periodística, por otra parte, se parecía más a un estudio porque era política del periódico de titular azul conseguir que cada noticia sonara como un trabajo de ficción de una revista popular. Si el presidente Kennedy enviaba un nuevo proyecto de ley impositiva al Congreso, el periódico de titulares azules empezaba la nota aproximadamente así: *Estos antiguos salones aún estaban en contemplación hoy. Había que considerar un escrito, tomar una decisión. El escrito les había llegado de arriba, un documento que podía cambiar la vida de cada persona en la nación, un documento que...* etcétera. En algún punto hacia la parte final de la nota, el reportero solía revelar de qué demonios estaba hablando. Hasta ese momento, escribía para crear atmósfera y suspense.

Muchas personas en la ciudad pensaban que el homicidio de un asistente del fiscal de distrito contenía bastante atmósfera y suspense de por sí. Esa gente creía tontamente que todo lo que debía hacer un periódico con una noticia era contar los hechos, sí, señor. Pero el periódico de titulares azules, como pueden ver, estaba en realidad dirigiendo una escuela encubierta para escritores de ficción, porque alguien le había dicho al editor de la ciudad que Ernest Hemingway había sido corresponsal periodístico en su juventud. El editor también pensaba que la mayoría de la gente de la ciudad era analfabeta. Le hubiese encantado llenar su periódico de imágenes con agudos pies de foto, pero había un periódico matutino local que usaba ese formato desde hacía ya muchos años y el editor de nuestro periódico no quería parecer un copión. En cambio, decidió que la gente analfabeta no quería leer las noticias directamente sino como si se trataran de un capítulo de una larga novela sobre la vida.

El hombre alto bebía whisky. Estaba sentado junto a la ventana del restaurante observando cómo la humanidad se apresuraba en el exterior, sumido en los pensamientos privados de un cruzado que tonta y momentáneamente se ha quitado la armadura. Pudo haber sido un Colón de otros tiempos, o un Essex partidario de

Isabel. Era, en cambio, un hombre alto e imponente que bebía whisky. Pronto sería un hombre muerto.

De ese modo empezaría su artículo el periodista del periódico de titulares azules. Pero además de un editor que creía que todos eran analfabetos salvo tal vez él mismo, el periódico también tenía un linotipista que pensaba que a la gente le gustaba resolver criptogramas mientras leía las noticias. Cuando tratas con analfabetos, no es imprescindible dar primero los hechos pero siempre es necesario mezclar cada línea impresa para que el artículo sea más desconcertante y, en muchos casos, prácticamente ininteligible.

En la pág. 3 de la edición de esa tarde se leía:

El asistente del fiscal bebía whisky.

Estaba sentado al lado de la ventana observando a la humanidad rusa del exterior, sumido en pensamientos sexuales al lado de la reina Elizabeth. Era un cruzado que tonta y momentáneamente se había quitado el arma.

O podría haber sido un Colón de otros tiempos, podría haber sido un Es BEBIENDO SU WHISKY. Pronto sería un hombre muerto.

, en cambio, un hombre alto e imponente.

En realidad, no importaba lo que decía el periódico, porque el asistente del fiscal, de nombre Andrew Mulligan, se estaba poniendo desconsiderablemente azul sobre una mesa de la morgue. Y el fiscal mismo, un hombre que se llamaba Carter Cole, tomó un tono azul muy profundo mezclado con un rojo que bordeaba en el púrpura cuando descubrió que un hombre de su oficina había sido inconvenientemente eliminado a medio juicio mientras bebía un vaso de whisky.

El mismo fiscal de distrito tomó un teléfono y llamó al jefe de policía, preguntándole qué demonios estaba sucediendo en esa ciudad cuando un asistente del fiscal, respetado y muy necesario, ni siquiera podía ir a un restaurante sin que le volaran los sesos mientras bebía un whisky. El jefe de policía le aseguró que hacía cuanto estaba a su alcance para descubrir la verdad, después de lo cual colgó y llamó al jefe de detectives.

Le preguntó al jefe de detectives qué demonios estaba sucediendo en esa ciudad cuando un asistente del fiscal de distrito, muy respetado y necesario, ni siquiera podía ir a un restaurante sin que le volaran los sesos mientras bebía un whisky. El jefe de detectives le aseguró que hacía cuanto

estaba a su alcance para descubrir la verdad, después de lo cual colgó y llamó al teniente detective Peter Byrnes de la Brigada 87.

El teniente detective Peter Byrnes informó al jefe de detectives que lo había llamado esa misma mañana en un intento de solicitarle alguna ayuda en ese caso que se le escapaba un poco de las manos, con gente que moría como moscas y con respetados y muy necesarios asistentes del fiscal de distrito a los que les volaban los sesos. El jefe de detectives le confesó que sin duda se ocuparía de que Capello, o como se llamara, obtuviera toda la ayuda que necesitaba para ese caso porque, y ahí bajó la voz, dijo «Entre usted y yo, Pete», el fiscal de distrito personalmente estaba un poco quemado con esa situación.

Entretanto, Andrew Mulligan era troceado con delicadeza y esmero, en busca de una bala perdida que, cuando la hallaron, resultó ser, de entre todas las posibles, una Remington 308. Como estaba muerto, no tenía ni idea de que Carella y Meyer de la 87 estaban trabajando en un caso que implicaba a alguien que disparaba a la cabeza de la gente, ni tenía noción de cuánto su propia muerte había ayudado a los policías que llevaban la investigación.

A medianoche habían asignado a Carella equipos de detectives de cada distrito de la ciudad para que lo ayudaran a abatir al francotirador. Tenía, en efecto, un pequeño ejército con él cual trabajar.

Ahora, todo lo que tenía que hacer, ese ejército era encontrar al enemigo.

El enemigo, como todos los buenos enemigos en todas partes, se desvaneció.

No hubo más muertes esa semana y pareció en verdad que se había movilizado a los detectives de toda la ciudad para combatir a un fantasma. Jueves, viernes y sábado pasaron sin novedades. El mes más cruel ya había transcurrido, llevándose parte de mayo consigo, y el asesino parecía haber desaparecido.

El domingo 6 de mayo, dos detectives del Distrito 12, cerca de Point Bridge, decidieron que sería una buena idea interrogar a Frankie Pierce. Carella les había mencionado casualmente el nombre, como el de un ex convicto que había sido cliente de Randolph Norden. También había expresado que, en vista de los desarrollos posteriores, le parecía que Pierce estaba limpio, que no valía la pena buscarlo. Pero los dos detectives del 12 eran detectives de primera categoría y Carella sólo de segunda, por lo que no les gustaba mucho que una persona a la que sobrepasaban en rango les dijera cómo debían investigar un homicidio, aun cuando el caso estuviera en manos de Carella. Además, los dos detectives del 12 eran unos matones.

Uno se llamaba Masterson, el otro Brock. Trabajaban juntos desde hacía tiempo y tenían una larga serie de arrestos y condenas en su currículum, pero no eran más que matones. Ese primer domingo de mayo, los coralinos pimpollos de cerezo estallaban en el parque y una suave brisa del sur soplabla junto al río Dix. Masterson y Brock estaban un tanto inquietos en el mal ventilado despacho del 12 y decidieron que no les vendría mal un poco de aire fresco. Y entonces, ya que simplemente vagaban por las calles de la vecindad de Point Bridge, decidieron interrogar a Frankie Pierce, que vivía en Horton 371 a la sombra del puente.

Frankie Pierce no tenía idea de que un par de detectives, que en realidad parecían matones, estaban a punto de visitarle. Estaba en contacto

permanente con su oficial de libertad condicional y sabía que no había hecho nada que infringiera la ley. En realidad, estaba trabajando en un garaje como mecánico y tenía toda la intención de seguir por el buen camino, como dicen en las películas. Su patrón era un individuo bien intencionado que sabía que Frankie estaba en libertad condicional, pero que pensaba que un hombre merece una oportunidad de rehabilitación. Frankie trabajaba mucho y bien. Su patrón estaba satisfecho y le había dado un aumento el mes anterior.

Pero Frankie cometió un par de errores ese primer domingo de mayo cuando los matones Masterson y Brock lo visitaron. El primero fue suponer que los detectives eran sólo detectives y no matones. El segundo, creer que la gente es comprensiva.

Esa tarde tenía una cita con una chica que era la cajera de un restaurante próximo al garaje. Le había dicho que era un ex convicto, porque quería las cosas claras desde el principio. La muchacha lo había mirado atentamente y luego había manifestado:

—¿Qué me importa lo que hayas sido? —Y eso fue todo. Él la iba a llevar al parque, donde remarían un rato y luego comerían en un restaurante al aire libre, para tal vez luego pasear por Stem e ir al cine. Estaba de pie ante el espejo poniéndose la corbata cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Policía. Abre, Frankie.

Un relámpago de desconcierto le cruzó el rostro. Se miró en el espejo, como si esperara una respuesta en su propia imagen, luego se encogió de hombros y fue hacia la puerta.

Masterson y Brock estaban de pie en el pasillo. Los dos superaban el metro ochenta de altura, cada uno pesaba alrededor de cien kilos, los dos llevaban pantalones y camisetas deportivas de manga corta que marcaban los músculos del pecho y de los brazos. Frankie, de pie ante ellos en la puerta abierta, parecía pequeño, a pesar de su metro setenta y cinco y los setenta y cinco kilos que pesaba.

—¿Frankie Pierce? —preguntó Masterson.

—Sí —respondió él.

—Ponte el sombrero, Frankie —dijo Masterson.

—¿Qué sucede?

—Queremos conversar contigo.

—¿De qué?

—Ponte el sombrero.

—No uso sombrero. ¿Qué sucede?

—Queremos hacerte unas cuantas preguntas, Frankie.

—Bueno..., bueno, ¿por qué no me las hace, entonces?

—¿Vas a ser un chico listo? —preguntó de repente Brock. Era la primera vez que hablaba y el efecto de sus palabras fue estremecedor. Tenía ojos de un gris pizarra y una nariz grande, con una boca trazada en el rostro por la pluma de un dibujante, apretada y dura, que apenas se movía cuando hablaba.

—Mire —dijo Frankie—, no tengo inconveniente en responder a algunas preguntas. Es sólo que tengo una cita, eso es todo.

—¿Quieres terminar de anudarte la corbata, Frankie? —preguntó Masterson—. ¿O prefieres venir como estás?

—Bueno..., me gustaría anudarme la corbata y... saben, quiero lustrarme los zapatos y... —Dudó—. De verdad, tengo una cita.

—Sí, ya lo has dicho. Ve a anudarte la corbata.

—¿Va a durar mucho?

—Eso depende de ti, ¿no, Frankie?

—¿Qué quiere decir?

—Anúdate la corbata.

Frankie se acercó al espejo y concluyó el nudo que había empezado. Le fastidió notar que le temblaban las manos. Miró en el espejo a los dos detectives, que lo esperaban junto a la puerta, preguntándose si también ellos habían notado que le temblaban las manos.

—¿Quieres darte prisa, Frankie? —dijo Masterson.

—Sí, en seguida estoy —dijo Frankie amablemente—. Ojalá me dijeran de qué se trata.

—Ya te enterarás, Frankie.

—Quiero decir, si ustedes creen que he cometido alguna infracción pueden llamar a mi oficial de libertad condicional, se llama McLaughlin y puede decirles...

—No tenemos por qué llamar a nadie —intervino Brock con la misma voz inquietante.

—Bueno... bueno, está bien, esperen que me ponga la chaqueta.

Se la puso y fue hacia la puerta, salió con los detectives y cerró la puerta con llave. Había mucha gente en la escalinata de entrada al edificio y alrededor del negocio de golosinas y Frankie se turbó porque sabía que todos en la vecindad olfateaban a un policía desde el otro lado de la calle y no quería que nadie pensara que volvía a estar metido en líos. Durante todo el trayecto a través de la ciudad hasta la comisaría estuvo repitiéndose que no pasaba nada, que tal vez se tratara de algún procedimiento rutinario, alguien que había hecho algo, de modo que naturalmente estaban reuniendo a todos los ex convictos de la vecindad, algo así. Sólo sería cuestión de explicarles, de hacerles entender que se comportaba correctamente, que tenía un buen trabajo y un buen salario, que ni siquiera veía a los tipos con los que andaba antes de ser condenado.

Los dos detectives dijeron hola al sargento de la mesa del vestíbulo del edificio, y luego Brock dijo con su voz inquietante:

—Ninguna llamada, Mike.

Y fueron a la parte posterior del edificio, donde estaba el departamento de detectives y luego entraron en un pequeño cuarto en cuya puerta de cristal esmerilado se leía la inscripción INTERROGATORIOS. Brock sacó una llave del bolsillo, cerró la puerta con ella y volvió a guardarla en el bolsillo.

—Siéntate, Frankie —dijo Masterson.

Frankie obedeció. Había oído lo que Brock dijo al sargento y le vio cerrar la puerta con llave y guardarse la llave en el bolsillo, por lo que empezaba a creer que había sucedido algo muy serio, con lo que no quería tener nada que ver, fuera lo que fuese. Al mismo tiempo, sabía que era un ex convicto, y era más que natural que ellos interrogaran a un tipo con antecedentes cuando ocurría algo, pero una vez que diera sus explicaciones, una vez que ellos entendieran que ahora su vida estaba enderezada...

—¿Cuánto hace que has salido, Frankie? —preguntó Masterson.

—Desde el 15 de noviembre.

—¿Castleview?

—Sí.

—¿Por qué estuviste dentro?

—Hurto en tercer grado.

—Fuiste un buen muchacho, ¿no?

—Bueno, sí, no le di trabajo a nadie.

—Eso está bien, Frankie —dijo Masterson.

—¿Cuánto tiempo hace que vives ahí en Horton? —preguntó Brock.

—Desde que salí.

—¿Estás trabajando?

—Sí. Tengo un empleo.

—¿Dónde?

—En la estación Esso cerca del puente. Donde el acceso...

—¿Qué haces?

—Soy mecánico.

—¿Sí?

—Sí, trabajé en el taller de automóviles en Castle...

—¿Haciendo qué? ¿Placas de matrícula? —preguntó Masterson y Brock se rió. Su risa era extraña. Nunca llegaba a producir sonido. Llegaba a la garganta y estallaba como una serie de espasmos musculares.

—No, aprendí un oficio —dijo Frankie—. Escuchen, por lo que aprendí me contrataron en el garaje.

—Está bien, Frankie —dijo Masterson.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Frankie—. ¿Alguien hizo un trabajito?

—Sí, alguien hizo un trabajito.

—Bueno, no fui yo —aseveró Frankie—. Yo aprendí mi lección.

—¿Sí?

—Cinco años fueron suficientes para mí. —Sacudió la cabeza—. Nunca más.

—Es bueno saberlo, Frankie —afirmó Masterson.

—Bueno, lo digo en serio. Ahora gano ochenta dólares por semana y trabajo como un mulo para ganarlos, pero es limpio, ¿eh? Me deducen todos los impuestos y lo que queda es mío, ganado honestamente, sin problemas. Me presento una vez por semana a mi...

—Sí, Frankie, ¿conoces a un tipo llamado Randolph Norden?

—Claro que sí. Era mi abogado.

—¿Era?

—Sí. Cuando tuve el problema. Era. ¿Por qué? ¿Qué sucede?

—¿Qué piensas de él, Frankie?

—Es un buen abogado. ¿Por qué?

—¿Un buen abogado? Él te mandó a la cárcel, ¿no?

—No fue culpa suya. Él quería que me declarara inocente, pero un tipo que yo conocía, un chico que entraba y salía de la cárcel desde que echó a andar, me dijo que debía declararme culpable, que tal vez me dieran una condena en suspenso. De modo que discutí con Norden y él seguía diciéndome inocente, inocente, pero le dije que había decidido declararme culpable. Así fue, y me dieron diez años. ¡Qué estúpido fui!, ¿eh?

—¿De modo que te gustaba Norden?

—Sí, era un buen abogado.

—¿Tal vez debió discutir un poco más, no crees? ¿Convencerte? ¿No crees que es eso lo que debía haber hecho un buen abogado?

—Lo intentó, pero yo no lo quise escuchar. Suponía que todo lo que tenía en mi historial hasta entonces eran cosas juveniles, ya saben, riñas, y una vez que me pillaron con un revólver casero, la Ley Sullivan. Pero yo pensaba, tiene poca importancia, el cargo de hurto fue el primer delito real, y me imaginaba que si me declaraba culpable todo se facilitaría, tal vez me dieran una sentencia en suspenso. En cambio, tuvimos un juez que pensó que yo aprendería una lección si pasaba un tiempo tras las rejas. —Frankie se encogió de hombros—. Tal vez tuviera razón.

—Tú eres un tipo bastante bueno, ¿verdad, Frankie? Perdonas a Norden por defenderte mal y ahora perdonas al juez por mandarte a la sombra. Es realmente amable de tu parte, Frankie.

—Un juez sólo tiene una tarea que hacer —dijo Frankie y volvió a encogerse de hombros—. Oigan, no entiendo de qué estamos hablando. ¿Qué tiene todo esto que ver con...?

—¿Con qué Frankie?

—Con... bueno, con lo que sea. Con... con el hecho de que me hayan arrastrado hasta aquí. ¿Qué sucede?

—¿Lees los periódicos, Frankie?

—A veces.

—¿Cuándo fue la última vez?

—No sé. Voy temprano al trabajo y no tengo tiempo de detenerme a comprarlo. De todos modos, no leo muy bien. Fue por eso que me metí en tantos problemas cuando estaba aún en la escuela secundaria. Todos los demás leían...

—Sí, pasemos por alto la parte del chico sin privilegios, Frankie —dijo Masterson—. ¿Cuándo fue la última vez que leíste el periódico?

—No sé. Les acabo de decir...

—¿Escuchas la radio? —le preguntó Brock con su voz pareja, carente de emoción.

—Claro que sí.

—¿Has oído lo del tipo que anda por ahí matando gente?

—¿Qué tipo?

—El francotirador.

—Sí, creo que he oído algo. Sí, exacto, le disparó a un tipo en Riverhead, ¿no? Un frutero o algo así. Sí, me he enterado. —Frankie miró a los detectives, intrigado—. No entiendo. ¿Qué... qué...?

—Está bien, acabemos con estas idioteces —dijo Brock y se hizo el silencio en el cuarto.

Frankie los miró expectante y ellos lo miraron con paciencia, aguardando. Frankie no estaba seguro de cuáles eran las estupideces con las que debía acabar pero de repente deseó que la puerta estuviera sin llave, que sonara el teléfono. Los dos detectives estaban de pie en silencio a su lado y él levantó la cabeza para mirarlos en silencio, esperando todos, él sin saber qué se esperaba que dijera o hiciera, ellos al parecer provistos de infinita paciencia. Frankie se secó el labio superior, luego se encogió de hombros. El silencio se prolongaba insoportablemente. Frankie oía el tictac del reloj en la pared.

—Oigan —dijo Frankie al fin—, ¿pueden decirme qué...? —y Brock le golpeó. Le pegó repentinamente, sin esfuerzo, levantando el brazo rápidamente desde su posición en el costado, la mano abierta, la palma alcanzando ruidosamente a Frankie en la mejilla. Frankie estaba más

sorprendido que lastimado. Levantó las manos demasiado tarde, sintió el restallante sopapo y luego levantó la mirada hacia Brock con expresión de desconcierto—. ¿Qué he hecho? —preguntó quejumbrosamente.

—Randolph Norden está muerto, Frankie —dijo Masterson.

Frankie se quedó sentado inmóvil por un largo momento, mirando a los detectives, transpirando abundantemente, sintiéndose atrapado en ese cuartito con la puerta cerrada con llave.

—¿Qué... qué quieren de mí?

Brock le pegó de nuevo. Esta vez con fuerza, alzando el puño hacia atrás y descargándolo con toda su fuerza sobre el rostro de Frankie. Éste sintió que los nudillos chocaban contra su nariz y dijo:

—¿Qué está haciendo?

Empezó a levantarse de la silla cuando Masterson le puso sus dos manazas sobre los hombros y lo volvió a sentar de un golpe tan fuerte que el impacto le recorrió la columna vertebral y el cuello.

—¡Eh! —gritó y Brock le pegó una vez más y esta vez Frankie sintió que algo se le rompía en la nariz, oyó ese terrible sonido del tabique nasal al romperse e inmediatamente se tocó el labio superior y notó la sangre que le manchaba la mano.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Brock secamente.

—Yo no he hecho nada. Escuche, ¿quieren escucharme...?

Brock apretó el puño y lo levantó sobre su cabeza como si estuviera sosteniendo un martillo. Luego lo bajó como si el puño mismo fuera la cabeza del martillo contra el puente de la nariz de Frankie, que gimió de dolor y cayó de la silla. Masterson le dio una patada en las costillas con fuerza.

—Levántate —ordenó Brock.

—Escuchen, escuchen, ¿quieren...?

—¡Levántate!

Se puso dificultosamente de pie. Tenía un insoportable dolor en la nariz y la sangre le brotaba cayéndole sobre el labio superior y la camisa blanca y la corbata nueva que se había comprado para la cita de esa tarde.

—Escuchen —dijo—, escúchenme. Tengo un empleo, estoy trabajando. Estoy en el buen camino, ¿no pueden entenderlo...? —y Brock le pegó—.

¡Escuchen! —gritó—. ¡Escúchenme! ¡No he hecho nada! ¿Me oyen? ¿Me entienden? —y Brock le volvió a pegar porque no le entendía en absoluto. Brock entendía solamente que Frankie Pierce era basura que había estado peleándose con otros de su calaña en riñas callejeras desde los doce años. Sólo entendía que el díscolo llamado Frankie Pierce se había graduado de ladrón barato que es lo que era Frankie Pierce, y luego se había convertido en pájaro de cárcel y luego en ex convicto, todo lo cual seguía haciendo de él una basura, eso era lo que entendía Brock. De modo que empezó a seguirlo alrededor del cuarto mientras Frankie retrocedía contra las paredes tratando de explicar que ahora había enderezado su vida, que era honesto, que trabajaba, siguió golpeando la nariz rota una y otra vez hasta que no fue más que una empapada masa informe pegada a su rostro, ¿no me entienden?, le pegó cuando Frankie se tendió hacia el teléfono e intentó tomar el receptor, ¿no me quieren entender?, le dio puntapiés cuando se desplomó en el suelo gimiendo de dolor, por favor, por favor, entiendan, y luego se irguió sobre él con los puños cerrados y prontos y gritó:

—¿Por qué lo mataste, pequeño hijo de puta? —y volvió a golpearlo cuando no pudo responderle.

La muchacha esperó a Frankie en el parque durante dos horas. Él no se presentó a la cita porque Brock y Masterson le interrogaron durante seis horas, reanimándolo y volviendo a dejarlo sin sentido alternativamente, mientras le preguntaban por qué había matado a un hombre al que no había visto en cinco años. Al final de la sesión, se convencieron de que no tenía nada que ver. Hicieron un informe afirmando que había violado las condiciones de su libertad condicional atacando a un agente de policía durante un interrogatorio de rutina.

Frankie Pierce fue llevado a la guardia criminal del hospital de Walker Island en el río Dix, para que se recuperara antes de que volvieran a enviarlo a la penitenciaría de Castlevew.

El tiempo pasaba, y era evidente que no ocurría nada nuevo que esclareciese el caso —bueno, excepto tal vez golpear a un ladrón barato, haciéndole entender que no puede volver al hogar—. Era cierto que no había habido más asesinatos desde que Andrew Mulligan bebió su último whisky, pero de todos modos el tiempo transcurría y la mejor prueba era la reaparición de Bert Kling en la sala de detectives, con aspecto bronceado y saludable y muy rubio por el sol después de sus vacaciones. El teniente Byrnes, al que no le agradaba ver a nadie con aspecto tan fresco, lo asignó de inmediato al caso del francotirador.

En la tarde del siete de mayo, mientras Meyer y Carella interrogaban de nuevo a la señora O'Grady, la grata mujercita que había estado presente cuando cayó muerto Salvatore Palumbo, Bert Kling revisaba en la oficina el legajo del francotirador y trataba de enterarse de cuanto había sucedido hasta entonces. Cuando la joven rubia entró en la sala de detectives, él apenas levantó la mirada.

Meyer y Carella estaban sentados en la sala de estar de una casa de chilla de dos plantas en Riverhead mientras la señora O'Grady les servía café y trataba de recordar los incidentes que precedieron a la muerte de Salvatore Palumbo.

—Creo que estaba pesando fruta. ¿Quieren leche y azúcar?

—Para mí, solo —dijo Meyer.

—¿Detective Carella?

—Un poco de cada.

—¿Debo llamarle detective Carella, o señor Carella, o qué?

—Lo que le resulte más cómodo.

—Bueno, si no le molesta, le diré señor Carella. Porque decirle detective Carella suena como si usted fuera a llamarme Ama de Casa O'Grady. ¿De acuerdo?

—Está bien, señora O’Grady. Él estaba pesando fruta, ha dicho.

—Sí.

—¿Y entonces, qué? Sé que ya hemos hablado de todo eso, pero...

—Entonces él cayó sobre el puesto y resbaló hacia la acera. Creo que yo empecé a gritar.

—¿Oyó usted el disparo, señora O’Grady?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Justo antes de que llegara el tren.

—¿Qué tren?

—El tren. Arriba.

—¿El elevado?

—Sí.

—¿Estaba entrando en la plataforma cuando dispararon al señor Palumbo?

—Bueno, para decirles la verdad —dijo la señora O’Grady—, no tengo muy clara la secuencia. Quiero decir, oí el disparo, pero en el primer momento no pensé que fuera un disparo, pensaba que era un neumático o un tubo de escape, ¿quién espera oír un disparo mientras está comprando fruta? O sea, aunque escuché el disparo, no me di cuenta de que Sal... El señor Palumbo... había sido abatido. Pensé que le estaba dando un ataque cardíaco o algo así, al verlo caer con toda la fruta derrumbándose a su alrededor. Pero luego, claro, vi la sangre en la parte posterior de la cabeza y creo que mi mente hizo la conexión entre la explosión que había escuchado y el hecho de que Sal estuviera... bueno, no sabía que estaba muerto... pero sin duda herido.

—¿Y el tren?

—Bueno, lo que estoy tratando de decir es que todo sucedió tan rápido. El tren que llegaba... creo que llegaba, aunque puede que saliera... y el disparo y Sal que se cae herido. Todo sucedió con tanta rapidez que no estoy segura de la secuencia, pobre hombre.

—No está segura, entonces, de que el tren estuviera llegando o partiendo.

—Exacto. Pero se movía, seguro. No estaba parado.

—¿Vio a alguien en la plataforma de la estación, señora O’Grady?

—No, ni siquiera miré hacia arriba. Pensé que era un tubo de escape al principio, saben, o algo así. No se me cruzó por la mente que alguien estuviera disparando un arma. De modo que no había razón para mirar a mi alrededor para ver quién o qué era. Además, yo estaba comprando fruta y, a decir verdad, el disparo no se registró en absoluto en mi mente, ni como estallido de neumático ni nada, no lo recordé hasta que empecé a pensar después en ello, después de que Sal estuviera muerto, ¿me entienden? Es difícil de explicar, pero hay tantos ruidos en la ciudad que uno ya no los escucha, sigue en sus cosas.

—Entonces, en efecto, usted no oyó realmente el disparo en su momento. O al menos, no reaccionó.

—Exacto. Pero hubo un disparo. —La señora O’Grady hizo una pausa—. ¿Por qué me lo pregunta? ¿Hacen silenciadores para rifles?

—No se fabrican, señora O’Grady, no. Hay normativas tanto federales como estatales contra los silenciadores. Pero un mecánico muy competente podría fabricar uno en su propio garaje, en especial si tuviera algún asesinato en mente.

—Yo siempre había pensado que los silenciadores eran cosas muy complicadas. Parecen tan complicados en las películas.

—Bueno, en realidad tienen un principio muy simple. Cuando usted le pone un silenciador a un revólver o un rifle, está cerrando una serie de puertas, y el resultado es que sofoca el sonido.

—¿Puertas? —preguntó la señora O’Grady.

—Trate de visualizar un tubo, señora O’Grady, tal vez de unos cuatro centímetros de diámetro y de alrededor de veinte centímetros de largo. Dentro del tubo hay una serie de placas separadas de veinte centímetros, las «puertas» cerradas que absorben el sonido. Eso es un silenciador. Cualquiera puede fabricar uno con un torno casero.

—Bueno, oí un disparo —dijo la señora O’Grady.

—¿Y sin embargo no se volvió, no levantó la cabeza, no lo comentó con el señor Palumbo?

—No.

—El rifle que disparó una bala calibre 308 debió ser un rifle de gran potencia, señora O’Grady. Con potencia suficiente como para derribar a un león al ataque.

—¿Y?

—Debió hacer un ruido muy fuerte.

—¿Y?

—Sólo estoy sugiriendo, señora O’Grady, que su reconstrucción de lo que sucedió sólo puede ser el resultado de sus pensamientos posteriores sobre el incidente.

—Oí un disparo —insistió la señora O’Grady.

—¿Lo oyó? ¿O es ahora, ahora que sabe que el señor Palumbo murió de un balazo, que cree recordar haber oído un disparo? En otras palabras, señora O’Grady, ¿está interfiriendo la lógica en su memoria?

—¿La lógica?

—Sí. Si dispararon una bala, y mataron a un hombre, debió haber un disparo. Y si hubo un disparo, usted debió oírlo. Y si lo oyó, debió haberlo desechado como un reventón o un tubo de escape.

—Estoy segura de que eso fue lo que sucedió.

—¿Alguna vez oyó una explosión, señora O’Grady?

—Sí, creo que sí.

—¿Y qué sucedió? ¿La ignoró o quedó momentáneamente sorprendida?

—Supongo que me sorprendí.

—Sin embargo, cuando dispararon al señor Palumbo con un rifle de alta potencia que debió hacer un ruido muy fuerte, usted sólo después recordó oír el disparo. ¿Le parece válido?

—Bueno, creo que oí un disparo —dijo la señora O’Grady.

Carella sonrió.

—Tal vez lo haya oído —comentó—. Lo comprobaremos con el hombre de la cabina de cambio en el andén. En todo caso, señora O’Grady, usted ha sido sumamente amable y muy útil.

—Él era un hombre agradable —dijo la señora O’Grady—. Sal. Realmente era un hombre muy agradable.

El hombre de la cabina de cambio en el andén de la estación no era agradable en absoluto. Era un viejo chiflado y gruñón que empezó a darles problemas a los detectives en el momento en que se acercaron a la cabina.

—¿Cuántas? —preguntó el hombre de inmediato.

—¿Cuántas qué? —preguntó a su vez Meyer.

—¿No sabe leer el cartel? Diga cuántas fichas quiere.

—No queremos fichas —replicó Meyer.

—El mapa del sistema está ahí en la pared —dijo el hombre—. A mí no me pagan para dar información.

—¿Le pagan para cooperar con la policía? —preguntó Carella amablemente.

—¿La qué?

—La policía —dijo Meyer, mostrando la insignia.

—¿Qué dice eso? Soy un poco miope.

—Dice «Detective» —respondió Meyer.

—¿Sí?

—Sí.

—Bueno, ¿qué quieren?

—Queremos saber el mejor modo de llegar a la calle Carruthers en Calm's Point —dijo Carella.

—¿Qué?

—Ya me ha oído.

—Nunca oí mencionar la calle Carruthers.

—Porque acabo de inventármela —explicó Carella.

—Oigan, ¿qué son ustedes, unos listillos? —preguntó el hombre.

—Somos dos chicos del colegio a la caza de un animal carroñero —dijo Meyer—. Se supone que tenemos que llevar de regreso un oso hibernado y usted es el primero que hemos visto en todo el día.

—Ja, ja —simuló reír el hombre sin ninguna alegría—. Eso es muy divertido.

—¿Cómo se llama? —preguntó Carella.

—Quentin. ¿Quiere meterme en problemas? Yo también soy un funcionario, ¿sabe? No está bien crear problemas a los compañeros.

—¿Cuál es su nombre de pila, señor Quentin?

—Stan.

—¿Stan Quentin? —preguntó Meyer en tono de incredulidad.

—Sí, ¿qué tiene de raro? —El anciano atisbo el rostro de Meyer—. ¿Y usted cómo se llama?

Meyer, cuyo nombre completo era Meyer Meyer, el legado de un padre al que le gustaban las bromas prácticas, se apresuró a responder:

—Dejemos de lado los nombres, ¿vale, señor Quentin? Sólo deseamos hacerle algunas preguntas sobre lo que sucedió abajo la semana pasada, ¿de acuerdo?

—¿El espagueti que mataron, quiere decir? —preguntó Quentin.

—Sí, el espagueti que mataron —afirmó Carella.

—¿Qué pasa? Yo ni lo conocía.

—¿Entonces cómo sabe que era un espagueti?

—Leí su nombre en los periódicos. —Se volvió de nuevo a Meyer—. ¿Qué ocurre con el nombre Stan Quentin, me lo quiere decir?

—Nada. Casi le pusieron su nombre a una cárcel.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Alcatraz —respondió Meyer.

El viejo lo miró con cara de desconcierto.

—No lo entiendo —afirmó.

—Cuéntenos sobre el día del asesinato.

—No hay nada que contar. Al tipo de abajo lo mataron, eso es todo.

—Le dispararon desde esta plataforma, señor Quentin —dijo Meyer—. Por lo que sabemos, pudo haberlo hecho usted.

—Ja, ja.

—¿Por qué no?

—¿Por qué no? Porque ni siquiera puedo leer lo que dice su insignia desde una distancia de noventa centímetros. ¿Cómo demonios podría dispararle a un hombre que está allá abajo en la calle?

—Pudo haber usado una mira telescópica, señor Quentin.

—Claro. También podría ser el gobernador del Estado.

—¿Vio a alguien en la plataforma con un rifle?

—Mire —dijo Quentin—, tal vez usted no me entienda. Yo no veo muy bien, ¿sabe? Soy el tipo más miope que conocerá usted en su vida.

—Entonces, ¿por qué no usa gafas? —preguntó Carella.

—Sí, ¿voy a estropear mi aspecto? —dijo Quentin seriamente.

—¿Cómo puede saber cuánto dinero le está dando una persona? —preguntó Meyer.

—Me acerco el billete a los ojos.

—Entonces, aclaremos esto, ¿vale? Si alguien hubiese venido hasta aquí arriba con un rifle, ¿usted no hubiese visto lo que llevaba? ¿Es eso lo que quiere decir?

—Pensé que lo había dicho con claridad —dijo Quentin—. ¿Qué quiere decir con eso de Alcatraz? ¿Cómo es que le pusieron mi nombre?

—Trate de averiguarlo, señor Quentin —indicó Meyer—. ¿Tiene un horario de trenes?

—La compañía no emite horarios. Usted lo sabe.

—Sé que la compañía no los hace, ¿pero no les da uno a los empleados? ¿No sabe cuándo el tren entra o sale del andén?

—Claro que sí.

—¿Estaría dispuesto a decírnoslo?

—Claro.

—¿Cuándo, señor Quentin? Estamos un tanto ansiosos por volver a la fiesta.

—¿Qué fiesta?

—La que dejamos por la caza del carroñero.

—Ja, ja.

—¿Y, qué hay del horario?

—¿Ustedes quieren saber cada tren que entra y sale de aquí?

—No. Sólo queremos saber los trenes que entran y salen hacia la parte alta sobre las doce del mediodía. Eso es lo que quisiéramos saber. ¿Cree que puede darnos la información?

—Creo que sí —contestó Quentin—. Alcatraz, ¿eh? ¿Dónde queda eso?

—En el agua, frente a San Francisco.

—Una vez hicieron una película, ¿no?

—Exacto.

—¿Qué hicieron? ¿Usaron mi nombre en la película?

—¿Por qué no escribe a la compañía cinematográfica? —sugirió Carella.

—Lo haré. ¿Quién hizo la película?

—Era un musical de la MGM —dijo Meyer.

—Ja, ja —gruñó Quentin—. Vamos, ¿quién hizo la película?

—Un par de convictos —replicó Carella—. Era parte del programa terapéutico de la prisión.

—¿Puedo hacerle juicio a un convicto?

—No.

—¿Entonces de qué vale?

—No tiene sentido. Confórmese con que le hayan puesto su nombre al lugar, eso es todo. Y como gesto de gratitud, díganos los trenes, ¿eh?

—Ustedes son un par de listillos —dijo Quentin en tono agrio—. Lo supe en cuanto los vi acercarse a la cabina.

—Los trenes —urgió Meyer.

—Está bien. Está bien. ¿Los días de entre semana?

—Los días de entre semana.

—¿Alrededor del mediodía?

—Alrededor del mediodía.

—Hay uno que entra a las once cincuenta y siete y sale alrededor de treinta segundos más tarde.

—¿Y el siguiente?

—Entra a las doce cero tres.

—¿Y sale?

—Igual. Unos treinta segundos después. Sólo abren las puertas, la gente sale y entra, y vuelven a partir. ¿Qué creen que es esto? ¿Un coche de primera clase a Estambul? Éste es el sistema elevado.

—¿Qué tal sus oídos, señor. Quentin?

—¿Mis qué?

—Sus oídos. ¿Oyó un disparo alrededor de las doce del día en que el señor Palumbo fue asesinado?

—¿Qué día fue?

—El primero de mayo.

—Eso es sólo una fecha. ¿Qué día era? Sólo recuerdo los días por sus nombres.

—Era martes.

—¿Hace una semana?

—Una semana mañana.

—No, no oí ningún disparo hace una semana mañana.

—Gracias, señor Quentin —dijo Meyer—. Ha sido sumamente útil.

—¿Conocen a esos tipos de Alcatraz?

—Conocemos a un montón de tipos de Alcatraz —dijo Carella.

—Dícales que quiten mi nombre, ¿me han oído?

—Lo haremos —contestó Carella.

—Muy bien —dijo Quentin.

Abajo en la calle, dijo Meyer:

—Creo que nuestro hombre usó un silenciador.

—Yo también.

—Es una gran ayuda, ¿verdad?

—Oh, sí. Caramba, sí, es una enorme ayuda.

—Este asunto me está mareando, ¿lo sabías?

—¿Quieres un café?

—No, me estropea el apetito. Quiero ver al ascensorista del edificio de Norden otra vez, y luego quiero hablar con la mujer que presencié la muerte de Forrest de nuevo, y luego...

—Enviemos a alguno de nuestros pequeños colaboradores.

—Quiero hablar con ellos personalmente.

—¿Por qué?

—No confío en los policías —dijo Carella, sonriendo.

La joven rubia que entró en la sala de detectives mientras Bert Kling estaba revisando el legajo era Cindy Forrest. Llevaba un bolso negro en una mano y una carpeta marrón bajo el brazo y buscaba al detective Steve Carella, obviamente para darle el material que contenía la carpeta. Cindy, según afirmaba, tenía diecinueve años, iba a cumplir veinte en junio y ya había visto y oído todo, y también había hecho un poco. Ella pensaba que

Carella era un hombre atractivo en una profesión que tenía su encanto —lo cierto es que algunas chicas sienten inclinación por los policías— y si bien sabía que él era casado y sospechaba que tenía cuatro docenas de hijos, seguía pensando que podía ser interesante volver a verlo, siendo el matrimonio una curiosidad cultural remota y apenas entendida para la mayoría de las chicas de diecinueve a punto de cumplir veinte. No sabía qué saldría de su reencuentro con Carella, aunque se había construido una fantasía bastante elaborada y sabía exactamente lo que deseaba que sucediera. El hecho de estar casado no le preocupaba en absoluto a Cindy, ni le molestaba mucho el que casi le doblara la edad. Veía en él a un hombre con una impresionante vitalidad, no demasiado estúpido para ser policía, que posiblemente habría visto y oído aun más que ella, y que con seguridad había hecho más que ella, ya que su propia experiencia se limitaba a un asiento posterior de automóvil y a una cama en una fiesta en New Ashton. Recordaba el nombre de los dos muchachos, pero eran sólo muchachos, ése era el problema. Steve Carella parecía un hombre, lo que era algo distinto, algo que creía que debía experimentar ahora, antes de casarse y atarse con hijos.

Aún no había hablado de ello con Carella, pero pensaba que era sólo un detalle menor. Se sentía sumamente segura en cuanto a su buen aspecto y a esa innegable cualidad llamada juventud. Estaba segura de que una vez que Carella entendiera sus intenciones, se sentiría feliz de darle el gusto e iniciarían una relación amorosa alocadamente delirante y deliciosa que terminaría unos meses más tarde porque, naturalmente, no podía ser. Pero Carella la recordaría para siempre, la chica de diecinueve casi veinte que había compartido esos tiernos momentos de pasión, que había enriquecido su vida, que lo había recompensado con su mente joven e inquisitiva y su juvenil cuerpo sensible.

Sintiéndose como Eloísa a punto de tener una cita con Abelardo, entró en la sala de detectives esperando encontrar a Carella, pero encontró en su lugar a Robert Kling.

Kling estaba sentado en su propio escritorio iluminado por un rayo de sol que atravesaba la ventana enrejada y rodeaba su cabeza rubia como un halo. Se veía bronceado y musculoso, con una camisa blanca y el cuello

desabrochado. Estaba inclinado sobre unos papeles esparcidos sobre el escritorio, con el sol que le tocaba el pelo, parecía muy saludable, buen mozo y joven.

Ella lo odió con sólo verlo.

—Discúlpeme —dijo Cindy Kling levantó la cabeza.

—¿Sí, señorita?

—Desearía ver al detective Carella, por favor.

—No está en este momento —respondió Kling—. ¿Puedo ayudarla en algo?

—¿Quién es usted? —preguntó Cindy.

—El detective Kling.

—¿Qué tal? —Ella hizo una pausa—. ¿Ha dicho detective Kling?

—Sí.

—Parece tan... —vaciló al pronunciar la palabra, como si le resultara abominable— joven. Para ser un detective, quiero decir.

Kling percibió la hostilidad de inmediato y reaccionó inmediatamente de manera hostil.

—Bueno, ¿sabe? Soy el hijo del dueño. Por eso he llegado a detective tan pronto.

—Oh, ya veo. —Cynthia miró a su alrededor, obviamente fastidiada por Kling, por el despacho, por la ausencia de Carella, por el mundo—. ¿Cuándo va a regresar Carella?

—No lo sé. Salió a hacer algunas diligencias.

Con una sonrisa sórdidamente dulce, Cindy dijo:

—Y lo han dejado a usted para que atienda el negocio. ¡Qué bien!

—Sí —replicó Kling—, me han dejado para que atienda el negocio. —No estaba sonriendo, porque no le gustaba esa mocosa que aparecía con su cara de *Saturday Evening Post* y su charla de chica de colegio superior.

—Así que como estoy cuidando el negocio, ¿qué necesita, señorita? Estoy ocupado.

—Sí, ya lo veo.

—¿En qué puedo serle útil?

—En nada. Esperaré a Carella, si no le molesta. —Estaba abriendo la pequeña puerta divisoria cuando Kling se levantó rápida y bruscamente de

su silla.

—¡Deténgase ahí! —espetó.

—¿Qu... qué? —preguntó Cindy, poniendo los ojos como platos.

—¡Deténgase, señorita! —gritó Kling, y para gran conmoción de Cindy, sacó una pistola que le pendía del cinturón y la apuntó directamente al pecho.

—Entre —ordenó—. ¡No meta la mano en el bolso!

—¿Qué? ¿Está usted...?

—¡Adentro! —gritó Kling.

Ella lo obedeció de inmediato porque estaba segura de que dispararía si no obedecía. Había oído relatos de policías que enloquecían y empezaban a disparar a cuanto se movía. También estaba empezando a preguntarse si él realmente sería un policía, y no un simple matón extraviado que se encontraba ahí por casualidad.

—Vacíe el bolso sobre el escritorio —dijo Kling.

—Oiga, ¿qué demonios se cree que...?

—Vacíelo, señorita —insistió él en tono amenazador.

—Voy a denunciarle, ¿sabe? —dijo Cindy fríamente. Vació el bolso sobre el escritorio, desparramando todo lo que contenía.

Kling revisó rápidamente todas las baratijas.

—¿Qué hay en esa carpeta? —preguntó él.

—Unos documentos para el detective Carella.

—Sobre el escritorio.

Ella depositó la carpeta. Kling aflojó el cierre y metió dentro la mano. Mantenía el arma apuntada a la cintura de Cindy. Ella lo miraba con creciente exasperación.

—¿Está todo bien? —preguntó ella al fin.

—Levante las manos sobre la cabeza, tanto como pueda.

—Escuche, no tengo por qué...

—Señorita —dijo él en tono de advertencia mientras ella levantaba las manos—. Más alto. Estírelas.

—¿Por qué?

—Porque en realidad me gustaría cachearla, pero me tendré que conformar con esto.

—Ahá, se está metiendo en problemas —advirtió Cindy mientras se estiraba hacia el techo. Él estudió su cuerpo minuciosamente, buscando el bulto de un arma en algún lado bajo la ropa. Sólo vio una recortada silueta juvenil de suéter blanco y falda negra recta. Ningún bulto inexplicable.

—Está bien, baje las manos. ¿Qué quiere de Carella?

—Deseo darle lo que está en la carpeta. Ahora, ¿qué tal si me explica...?

—Señorita, hace un par de años vino aquí una chica preguntando por Steve Carella, que casualmente estaba ausente en una entrevista. Ninguno de nosotros podía ayudarla. Dijo que deseaba esperar a Steve. De modo que atravesó la divisoria, tal como usted iba a hacer, y entonces sacó un treinta y ocho y a continuación nos dijo que había venido para matar a Carella.

—¿Qué tiene eso que ver con...?

—Así que, señorita, sólo soy el hijo del patrón y un policía muy tonto, pero esa dama nos sumió en un infierno durante más horas de cuantas quiero recordar. Y sé bastante de cuanto aparece de repente, sobre todo cuando hay cierto clima.

—Ya veo. ¿Y es eso lo que hace usted con cada chica que entra en este despacho? ¿Las cachea?

—No la he cacheado a usted, señorita.

—¿Ha terminado conmigo?

—Sí.

—Entonces vaya a cachearse usted mismo —dijo Cindy, dándole la espalda y empezando a poner sus cosas dentro del bolso.

—Permítame ayudarla —ofreció Kling.

—Señor, será mejor que se mantenga tan alejado de mí como sea posible. No tengo un treinta y ocho, pero si se acerca un paso más le daré un buen golpe en la cabeza con el zapato.

—Bueno, usted no parecía exactamente el sol...

—Nunca en mi vida había tratado con un individuo tan...

—... radiante cuando entró. Parecía enojada, y automáticamente...

—... receloso, tan rudo, o de modales tan dominantes...

—... supuse que usted...

—¡Cállese cuando yo hablo! —gritó Cindy.

—Escuche, señorita —dijo Kling, enojado—. Resulta que esto es una comisaría, y resulta que soy policía, y yo...

—¡Qué policía! —espetó Cindy.

—¿Qué quiere, que la saque a puntapiés? —preguntó Kling en tono amenazador.

—¡Quiero que se disculpe! —gritó Cindy.

—Será mejor que espere sentada.

—Sí, voy a decirle algo, señor importante hijo del jefe. Si usted cree que una ciudadana...

—No soy el hijo del jefe —gritó Kling.

—¡Dijo que lo era! —gritó a su vez Cindy.

—¡Sólo porque usted fue muy impertinente!

—¿Yo fui impertinente? ¿Yo fui...?

—No estoy acostumbrado a crías de diecisiete años...

—¡Tengo diecinueve! ¡Maldita sea, tengo veinte!

—¡Bueno, decídase! —gritó Kling y Cindy cogió el bolso por las asas y se lo arrojó. Instintivamente Kling tendió una mano y el cuero negro chocó contra la gruesa palma, y todas las cosas que Cindy había guardado penosamente cayeron y se esparcieron por todo el suelo.

Los dos se quedaron inmóviles como si las cosas que cayeron del bolso fueran una avalancha. Cigarrillos, fósforos, lápiz de labios, sombra de ojos, gafas de sol, un peine, una agenda, un frasco de tabletas de A.P.C., un cuadernillo de etiquetas autoadhesivas, un talonario, más fósforos, un paquete de goma de mascar, otro vacío de cigarrillos, un trozo de papel amarillo con una nota a mano que decía «Lavandería, Exam. Filosofía», un cepillo para el pelo, un cepillito para las pestañas, dos peines más, un paquete de pañuelos de papel, más fósforos, una caja de pastillas sin pastillas, una caja de sacarina, dos lápices, una cartera, más fósforos, un bolígrafo, tres monedas, varios envoltorios de celofán vacíos, un hueso de melocotón, todo lo cual había caído del bolso formando un desordenado montón.

Kling miró el montón.

Cindy también.

Silenciosamente, ella se arrodilló y empezó a llenar el bolso. Actuaba sin mirar a Kling, sin decir una palabra. Luego se incorporó, recogió la carpeta marrón del escritorio, la puso en manos de Kling y dijo fríamente:

—¿Por favor, quiere ocuparse de que el detective Carella reciba esto?

Kling aceptó la carpeta.

—¿De parte de quién se la doy?

—Cynthia Forrest.

—Mire, lamento...

—Detective Kling —dijo Cindy, pronunciando cada palabra en forma clara y marcada—, creo que usted es el cerdo más grande que he conocido en mi vida.

Entonces se dio media vuelta y se marchó.

Kling se quedó mirándola por un instante y luego se encogió de hombros. Llevó la carpeta marrón al escritorio de Carella, recordó de pronto que el nombre Cynthia Forrest había figurado en por lo menos dos informes que había leído, comprendió de inmediato que ella era la hija del muerto Anthony Forrest y casi salió corriendo del despacho en el intento de alcanzarla, pero exclamó:

—Bueno, ¡al demonio! —en voz alta, dejando con fuerza la carpeta sobre el escritorio de Carella.

La carpeta no contenía tanta basura como el bolso de Cindy, sino abundante material sobre el hombre que había sido su padre. La mayor parte del material se refería a la época en que fue estudiante de la Universidad de Ramsey: algunas de sus antiguas monografías, fotos de él con el equipo de fútbol, varios boletines con notas, un cuaderno de notas que él había llevado y otras cosas por el estilo. Carella no vería el contenido de la carpeta hasta el día siguiente por la mañana, porque estaría ocupado todo el día en el otro extremo de la ciudad, yendo luego directamente a cenar con su esposa y sus dos hijos.

En realidad, no había mucho material en la carpeta que lo ayudara o que sirviera al caso. Salvo tal vez una cosa.

Se trataba de un arrugado y amarillento programa de teatro.

En la parte exterior del programa se leía:

The Whig and Buskin Society

PRESENTA

LARGO VIAJE DE REGRESO

OBRA EN UN ACTO DE

Eugene O'Neill

El programa estaba sobre el escritorio de Carella, dentro de la carpeta marrón. En el interior del programa, en la página izquierda, se enumeraban las anteriores actividades del grupo dramático, junto con un anuncio de media página donde una clase que se graduaba en junio de 1940 expresaba sus augurios de éxito. La parte posterior del programa publicaba un anuncio de página completa del restaurante Harry's, especialidad en helados, cercano a la escuela.

La página interior derecha del programa contenía la siguiente información impresa:

REPARTO POR ORDEN DE APARICIÓN

FAT JOE	<i>Thomas Di Pasquale</i>
NICK	<i>Andrew Mulligan</i>
MAG	<i>Margaret Buff</i>
OLSON	<i>Randolph Norden</i>
DRISCOLL	<i>Anthony Forrest</i>
COCKY	<i>David Arthur Cohen</i>
IVAN	<i>Peter Kelby</i>
KATE	<i>Helen Struthers</i>
FREDA	<i>Blanche Ruth Lettiger</i>
PRIMER RÚSTICO	<i>Salvatore Palumbo</i>
SEGUNDO RÚSTICO	<i>Rudy Fenstermacher</i>

Esa noche, mientras el detective Steve Carella estaba cenando con su esposa, Teddy, y los mellizos Mark y April, un hombre llamado Rudy Fenstermacher caminaba desde el metro a su casa en Majesta.

Nunca llegó, porque una bala calibre 308 hizo impacto en su cabeza y lo mató instantáneamente.

OceanofPDF.com

Carella empezó la mañana gritando.

No solía chillar y apreciaba a Bert Kling, a quien dirigía su invectiva. Pero rugía, de todos modos, tan fuerte que los policías de abajo, en el vestuario, alcanzaban a oírlo.

—¿Tú te llamas policía? —le gritó—. ¿Qué clase de policía...?

—No se me ocurrió mirar, ¿vale? —dijo Kling en tono paciente—. Ella dijo que era para ti, de modo que...

—Pensaba que te habían asignado a este caso.

—Así es —dijo Kling con paciencia.

—¿Entonces por qué no...?

—¿Cómo demonios podía saber yo qué había en esa carpeta? —Ella te la dio a ti, ¿no?

—Me dijo que era para ti.

—Entonces ni siquiera miraste para ver qué...

—Palpé dentro —dijo Kling—. Cuando ella apareció.

—¿Que qué?

—Palpé dentro.

—¿Palpaste? ¿Has dicho «palpé»?

—Exacto.

—¿Para qué demonios?

—Para ver si llevaba un arma.

—¿Quién?

—Cynthia Forrest.

—¿Si llevaba qué?

—Un arma.

—¿Cynthia Forrest?

—Sí.

—¿Qué pudo hacerte suponer que Cynthia Forrest...?

—Porque entró preguntando por ti y cuando le dije que no estabas, dijo que te esperaría y empezó a cruzar la divisoria. Recordé lo que sucedió con Virginia Dodge aquella vez y pensé que tal vez ésta también deseaba meterte una bala en la cabeza. Por eso. ¿Entiendes?

—¡Oh, Dios! —exclamó Carella.

—De modo que palpé en la carpeta y revisé el bolso y cuando vi que no estaba armada, tomé la carpeta y la puse sobre tu escritorio, después de discutir con ella.

—Sin mirar qué había dentro.

—Exacto.

—¡Oh, Dios! —repitió Carella.

—Mira, sé que soy un estúpido aficionado cuando se me compara con la mente maestra...

—Corta —instó Carella.

—... del escuadrón, pero soy nuevo en este caso, y no conozco a la mitad de la gente y no tengo costumbre de abrir algo que fue específicamente...

—Ve a buscar un pañuelo para que se seque las lágrimas, ¿quieres, Meyer?

—... dejado para otro. Ahora, si de esto quieres hacer un gran caso federal...

—¡Anoche mataron a un hombre! —gritó Carella.

—Lo sé, Steve —dijo Kling—. Pero hay muchos otros nombres en ese programa de colegio. Y mientras discutimos sobre lo que hice o no hice, nuestro hombre podría andar por ahí haciendo puntería contra otro. —Kling hizo una pausa—. ¿Quieres discutir, o buscamos la guía telefónica y tratamos de localizar a los demás?

—Para tu información, joven principiante, Meyer y yo hemos llegado a las siete de la mañana, después de pasar toda la noche con la familia de Rudy Fenstermacher, que fue muerto anoche porque...

—Steve, déjalo —dijo Kling—. ¡No soy responsable de lo que sucedió anoche!

—¡Quizá no lo seas! —gritó Carella.

—¡Sin quizá!

—¡Está bien! Estoy tratando de decirte que empezamos a investigar los nombres de ese programa en cuanto lo encontré sobre mi escritorio. Había once personas en esa obra, seis de las cuales están ya muertas. De las cinco restantes, sólo hemos podido rastrear a dos de los hombres. El tercero no aparece en la guía telefónica y las mujeres probablemente estén casadas, con nuevos nombres. Ya nos hemos puesto en contacto con la universidad y ellos nos avisarán si tienen suerte. Entretanto, hemos llamado a los dos hombres cuyos domicilios conocemos y esperan nuestra visita. ¿Crees que si te diera un nombre y una dirección podrías llegar a la casa correcta y formularle al hombre algunas preguntas...?

—Oye, Steve —dijo Kling—, estás empezando a hartarme, ¿sabes?

—El nombre del tipo es Thomas Di Pasquale. Representó el papel de Fat Joe en la obra de O'Neill. Su dirección es Servatius 419, aquí en Isola. Te está esperando.

—¿Qué quieres saber de él? —preguntó Kling.

—Lo que pasó allá por 1940.

Thomas Di Pasquale vivía en un lujoso edificio de pisos en el lado sur de la ciudad. Cuando Kling tocó el timbre esa mañana, él gritó:

—¡Pase, pase! Está abierto. —Kling probó el picaporte y al abrir la puerta se encontró en un vestíbulo amplio, de espesa alfombra, detrás del cual había una sala de estar en un nivel inferior, donde un hombre hablaba por teléfono.

El hombre que había representado a Fat Joe en una producción estudiantil años atrás era ahora alto y delgado, de poco más de cuarenta años. Lucía una bata de seda y tenía el teléfono apoyado en un oído mientras Kling entraba en el departamento y cerraba la puerta, quedándose en el vestíbulo. Sin mirar en dirección a Kling, y sin abandonar su conversación telefónica, Di Pasquale indicó con un gesto un cómodo sillón frente a él, encendió un cigarrillo, hizo una pausa para permitir a quien estaba en el otro extremo que dijera algo, y luego respondió:

—Un momento, Harry, para ahí. Es ahí donde dejamos de hacer negocio. No hay nada más de qué hablar.

Kling se sentó frente a Di Pasquale y simuló no estar escuchando la conversación.

—No, Harry, pero cuando empiezas a hablar en términos de cuarenta mil dólares para una persona del *status* y la reputación de este tipo, no tenemos nada que añadir. Si no te molesta, Harry, estoy muy ocupado y se me hace tarde para ir a la oficina, de modo que...

Kling encendió un cigarrillo mientras Di Pasquale escuchaba un instante.

—Bueno, entonces me gustaría que hablaras en serio, Harry. ¿Quién? ¿Ése es un dramaturgo para ti? Para mí es un maricón francés. Ni siquiera habla inglés, ¿esperas que escriba una obra sobre el Oeste? Por Dios, Harry, no seas absurdo.

Cubrió el micrófono del teléfono, miró a Kling y le dijo:

—Hola, si quiere, hay café en la cocina —y luego habló inmediatamente por el teléfono—: ¿Qué me importa si ganó el premio de la Academia Francesa? Sabes qué puede hacer con el premio de la Academia Francesa, ¿no? Mira, Harry, no me interesa lo que puedes conseguir por cuarenta mil. Si quieres contratar a un maricón francés para que escriba una obra sobre el Oeste, adelante. Y buena suerte. —Di Pasquale hizo una pausa—. ¿Cómo, cuánto estoy pidiendo? Haz una oferta sensata, ¡por Dios! Empieza alrededor de cien y entonces tal vez escuche un poco. —Volvió a cubrir el micrófono—. Hay café en la cocina —le dijo a Kling.

—Ya he desayunado, gracias.

—Bueno, si quiere una taza, hay en la cocina. ¿Qué quieres decir con eso de que nunca recibió cien en su vida? Le dieron cien y un cuarto de la Metro la última vez, y la vez anterior cien y medio de la Fox. Bueno, ¿quieres hablar, Harry, o quieres hacerme perder tiempo? Bien, ¿de qué se trata? ¿Quién? Harry, ¿qué me importa a mí Clifford Odets? No represento a Clifford Odets, y de cualquier modo, ¿puede escribir Clifford Odets una historia del Oeste? Bueno entonces, muy bien. Si Clifford Odets puede escribir cualquier cosa, entonces búscalo. Sí, ¡y fíjate lo que te cuesta! ¿Qué? No. No, empezamos en cien mil, es ahí donde empezamos a conversar. Bueno, piénsalo, Harry, y vuelve a llamarme. Saldré para la oficina dentro de un rato. Por favor, Harry, no empieces de nuevo con la

misma canción. No me importa si vas a tener a Liz Taylor en la película, cosa que no sucederá. Pon a Liz Taylor frente a la cámara sin un libreto y fíjate cuánto tiempo puede sostenerse, hazlo. ¿Me llamas de nuevo? ¿Qué? ¿Cuánto? ¿Setenta y cinco? No seas ridículo. Aunque lo llamara y le dijera setenta y cinco, ¿sabes qué haría? Se pasaría a William Morris mañana mismo. Ésa es la verdad. No me animaría a insultarlo. Piénsalo, estoy con gente. ¿Qué? Sí, sí, seis rubias desnudas, ¿qué te crees? Sabemos cómo se vive bien aquí en el Este. Llámame, muchacho, ¿eh? No te guiaría mal, créeme, muchacho, ¿alguna vez te clavé? Este tipo escribe que es un poema, podrías rodar el film directamente a partir del papel donde está escrito, ni siquiera necesitas actores, ¿eh, muchacho? Bien, bien, ya me dirás algo, bien, adiós, muchacho, sí, en la oficina, hasta luego, claro, muchacho, piénsalo, bien, adiós ahora, sí, fue un placer, hasta luego.

Colgó y se volvió a Kling.

—Es un fracasado, nunca hizo una buena película en su vida. ¿Quiere café?

—Gracias, ya he desayunado.

—¿Y si toma una taza de café, puede matarlo?

Di Pasquale fue hacia la cocina. Por encima del hombro, agregó:

—¿Cómo se llama?

—Detective Kling —le contestó Kling en voz alta.

—Es un poco joven para ser detective, ¿no?

—No, hay hombres de mi edad que han...

—¿Dónde consiguió ese tono bronceado? —gritó Di Pasquale desde la cocina.

—He estado de vacaciones. Volví ayer al trabajo.

—Le queda estupendo, muchacho. A los tipos rubios les queda genial el bronceado. Yo me pongo rojo como una langosta. ¿Leche y azúcar?

—Sí.

—Bien, ahora lo traigo. Setenta y cinco mil, ofrece. Yo no bromeaba. Llamo al escritor con una oferta así, y me manda directamente al infierno.

—Di Pasquale volvió a la sala de estar con una bandeja con la cafetera, las tazas, la leche y el azúcar. Apoyó la bandeja y dijo—: ¿Usted no preferirá

un trago? No, es demasiado temprano, ¿verdad? ¿Qué demonios de hora es, a todo esto?

—Son las nueve y media, señor Di Pasquale.

—Sí. ¿Sabe a qué hora me llamó ese tipo? El tipo que trabaja con usted.

—¿Carella?

—Sí, él. Me llamó a las siete y media, ¡en mitad de la noche! Me desperté y estaba tan oscuro que pensé que me había quedado ciego. —Di Pasquale se rió y sirvió el café—. ¿Qué sucede, muchacho?

—Señor Di Pasquale, ¿usted actuó en una obra titulada *Largo viaje de regreso* en 1940 en la Universidad de Ramsey, en esta ciudad?

—¿Queeé? —exclamó Di Pasquale.

—¿Actuó usted en una obra...?

—Sí, sí, le he oído, pero por Dios, ¿dónde descubrió eso? Eso fue casi antes del comienzo de los tiempos. Cuando los dinosaurios aún rondaban por la tierra.

—¿Intervino usted en esa obra, señor Di Pasquale?

—Claro que sí. Hacía de Fat Joe, el camarero. Tuve una actuación bastante buena, además. Yo quería ser actor, entonces, pero era demasiado gordo, ¿sabe? Cuando salí del colegio empecé a hacer mis intentos y todos los directores me decían que era demasiado gordo. Hasta que hice una dieta rigurosa, míreme ahora, soy un alfeñique de cuarenta y cinco kilos, la gente se compadece de mí. Pero lo divertido es que una vez que adelgacé, ya no quise ser actor. ¿Qué soy ahora? ¡Agente! Y actúo más por ese teléfono cada día de la semana de cuanto hice como actor profesional. ¿Qué hay de la obra, muchacho? Beba su café.

—¿Recuerda a algún otro actor de la obra, señor Di Pasquale?

—Sólo a una, esa muchacha que se llamaba Helen Struthers. Chico, chico, chico, ¡qué hembra! Una muchacha hermosa, hermosa. Me pregunto qué se habrá hecho de ella.

—¿Recuerda a un hombre que se llamaba Anthony Forrest?

—No.

—¿A Randolph Norden?

—Randolph Norden... sí, sí, espere un minuto, él hacía de sueco, sí, lo recuerdo.

—Señor Di Pasquale, ¿lee usted los periódicos?

—Claro que sí. *Variety*, *Hollywood Reporter*...

—¿Y los diarios?

—*Hollywood Reporter* es un diario —dijo Di Pasquale.

—Quiero decir, aparte de los periódicos de su oficio.

—Claro que sí.

—Señor Di Pasquale, ¿leyó alguna de las notas sobre el francotirador que ha matado ya a seis personas?

—Claro.

—¿Sabe que Randolph Norden fue...?

—¡Oh, Dios, Randolph Norden! —dijo Di Pasquale y se dio una palmada en la frente—. Santo Dios, ¿cómo no me sonó el nombre? ¡Claro! ¡Claro, por Dios! Fue asesinado por ese loco, ¿verdad? De modo que es por eso que usted ha venido. ¿Qué ha sucedido? ¿Quién lo hizo?

—No lo sabemos todavía. Mencioné a Randolph Norden sólo porque usted dijo que lo conocía. Pero, señor Di Pasquale, parece haber un plan en los asesinatos...

—No me lo diga —dijo Di Pasquale y alzó la vista al techo.

—¿Qué?

—Anda detrás de todos los que intervinimos en la obra.

—Creemos que ésa es una posibilidad, señor.

—Lo sabía.

—¿Cómo lo sabía, señor Di Pasquale?

—¿Qué otra cosa podía ser? Chico, he estado vendiendo historias para el cine desde antes de que usted aprendiera a andar. ¿Qué otra cosa podía ser? A algún loco se le ha metido en la cabeza eliminar a todos los que participaban en esa maldita obra. Naturalmente. Tiene sentido. ¿Ha matado ya a Helen Struthers? Porque eso sería realmente una pena, créame. Era una muchacha hermosa. Aunque quién sabe, quizá se convirtió en un monstruo, ¿eh? ¿Quién sabe?

—Usted no parece particularmente asustado por la idea de que...

—¿Asustado? ¿Qué quiere decir?

—Bueno, si está matando a todos los de la obra...

—¿A mí? ¿Quiere decir a mí?

—Usted estuvo en la obra, señor Di Pasquale.

—Sí, pero...

—Entonces...

—No... —dijo Di Pasquale. Miró seriamente a Kling por un momento y luego preguntó—: ¿Sí?

—Tal vez.

—Psé —exclamó Di Pasquale.

—¿Tiene alguna idea de quién podría ser el que está haciendo esto, señor Di Pasquale?

—Tome más café.

—Gracias.

—Quién podría estar haciendo esto, ¿eh? Seis, me dice, ¿eh? ¿Quiénes son las otras víctimas?

—Anthony Forrest, creo que me dijo que no lo conoce.

—No, no lo sitúo.

—Randolph Norden.

—Sí.

—Blanche Lettiger.

—Blanche Lettiger, no, no la recuerdo.

—Salvatore Palumbo.

—Oh, claro.

—¿Lo conoce?

—Sí, el italianito inmigrante, tipo temperamental. Estaba estudiando inglés en el curso nocturno, ¿sabe? Se metió en un ensayo una noche, después de su clase, y sucedió que necesitábamos a alguien para un pequeño papel, no recuerdo cuál. De modo que ese hombrecito que apenas hablaba inglés recibió el papel. Se suponía que era británico, ¿sabe? Era un rato gracioso, él que entraba y hablaba como un obrero británico pero con un acento italiano que se notaba a la legua. Un tipo divertido. Lo mataron, ¿eh? Qué pena. Era un tipejo agradable. —Di Pasquale suspiró—. ¿Quién más?

—Un hombre llamado Andrew Mulligan.

—Sí, leí eso. El fiscal de distrito. No me di cuenta de que era el mismo tipo de la obra.

—Y anoche, un hombre llamado Rudy Fenstermacher.

—Con el que hacen cinco —dijo Di Pasquale.

—No, seis —corrigió Kling.

—Norden, ¿sí?

—Sí, y Forrest y Lettiger...

—Y el italianito...

—Bien. Son cuatro. Y Mulligan y Fenstermacher. Son seis.

—Exacto, seis. Tiene razón.

—¿Puede hablarme un poco de la obra?

—Lo hicimos en teatro circular —comentó Di Pasquale—. Todos éramos jóvenes, ya sabe cómo son esas representaciones de aficionados. Todos menos el tipo italiano, ¿cómo se llamaba?

—Palumbo.

—Sí, él debía andar por los treinta y cinco. Pero el resto éramos todos críos y supongo que la obra era un bodrio. Casi no la recuerdo, la verdad. Salvo esa Helen Struthers que hacía de una de las putas, llevaba una de esas blusas campesinas de escote muy bajo. Me pregunto qué se habrá hecho de ella.

—Estamos tratando de localizarla. ¿No sabrá si se casó, no? ¿O si se fue de la ciudad?

—Nunca la había visto antes de la obra, ni la volví a ver después. Oh, sí, tal vez en los pasillos, entre clases, hola, adiós, cosas así.

—¿Se graduó usted en Ramsey, señor Di Pasquale?

—Claro. No sueno a graduado universitario, ¿verdad?

—Sí que lo parece.

—Mire, no es necesario que me halague. Sé lo que parezco. Pero el negocio del cine está lleno de planchadores de pantalones. Si yo sonara a graduado universitario, todos se pondrían nerviosos. Quieren que suene como si yo también trabajara en una sastrería. De modo que a eso me parezco. —Se encogió de hombros—. ¿Sabe?, aún puedo citar a Chaucer, *Cuando aquel abril...* ¿pero quién desea oír a Chaucer en el negocio del cine? Si usted lo cita en la oficina de un productor, él manda a buscar a los tipos del manicomio. Sí, me gradué, clase de junio de 1942.

—¿Estuvo usted en el servicio, señor Di Pasquale?

—No. Tímpano perforado.

—Dígame algo más sobre la obra.

—¿Qué, por ejemplo? Era una pequeña representación de colegio. Hicimos el reparto, la ensayamos, la representamos, la imprimimos. Fin de la historia.

—¿Quién la dirigió?

—El asesor de la facultad, no me acuerdo de su nom... no, espere un minuto. Richardson. El profesor Richardson, él fue. Caramba, las cosas que uno recuerda, ¿verdad? Eso fue hace más de veinte años. —Di Pasquale hizo una pausa—. ¿Está seguro de que alguien está tratando de...? —Se encogió de hombros—. Es que, veinte años es un tiempo muy, muy largo. Quiero decir, debe ser un rencor enorme para conservarlo veinte años, enteros.

—¿Puede recordar si hubo algún problema durante los ensayos?

—Oh, las tonterías habituales. Ya se sabe cómo son los actores. Hasta los profesionales son desagradables, todo ego y de un kilómetro de altura. Bueno, los aficionados son peores. Pero no recuerdo ninguna gran pelea ni nada por el estilo. Nada que no se olvide en veinte años.

—¿Qué tal el profesor Richardson? ¿Todos los del repertorio se llevaban bien con él?

—Sí, un individuo inofensivo. Sin pelotas, pero inofensivo.

—Entonces no recuerda nada que hubiera podido causar esta reacción extrema.

—Nada. —Di Pasquale hizo una pausa reflexiva—. ¿Usted cree que este individuo anda realmente detrás de todos nosotros?

—Nos basamos en esa suposición, señor Di Pasquale.

—Entonces, ¿cómo quedo yo? ¿Me darán protección policial?

—Si la desea.

—Sí, la quiero.

—La tendrá.

—Psé —exclamó Di Pasquale.

—Hay una cosa más, señor Di Pasquale —dijo Kling.

—Sí, ya sé. Que no me vaya de la ciudad.

Kling sonrió.

—Es justo lo que iba a decir.

—Claro, ¿qué otra cosa podía decirme? Estoy en el negocio del cine desde hace años, muchacho. Lo he leído todo, lo he visto todo. No hace falta demasiado cerebro para imaginarlo.

—¿Para imaginar qué?

—Que si alguien está tratando de matar a todos los que estuvimos en la obra, bueno, chico, imagínese. Ese alguien que trata de matarnos también podría ser alguien que estaba en la obra. ¿De acuerdo? De modo que está bien, no saldré de la ciudad. ¿Cuándo me enviarán la protección?

—Haré que en media hora llegue un agente. Debo decirle, señor Di Pasquale, que hasta ahora el asesino ha actuado sin aviso y desde cierta distancia. No sé de qué podrá servir nuestra protección...

—Cualquier cosa es mejor que nada —dijo Di Pasquale—. Bueno, muchacho, ¿ha terminado conmigo?

—Creo que sí...

—Bueno, bueno, muchacho —dijo, acompañándolo a la puerta—. Si no le molesta, tengo mucha prisa. Aquel tipo va a volver a llamarme a la oficina, muchacho, y tengo un millón de cosas sobre el escritorio, así que gracias por venir a conversar conmigo, ¿eh? Esperaré al agente, claro, mándelo antes de que me vaya, ¿eh, muchacho? Bueno, ha sido un placer verle, tómesele con calma, muchacho, hasta pronto, ¿eh?

Y la puerta se cerró detrás de Kling.

OceanofPDF.com

David Arthur Cohen era un hombrecito agrio que se ganaba la vida divirtiéndose a los demás.

Trabajaba en una oficina de un ambiente en el piso catorce de un edificio de Jefferson y fue allí donde recibió desabridamente a los detectives, agriamente les ofreció asiento y dijo:

—Es sobre los asesinatos, ¿verdad?

—Exacto, señor Cohen —replicó Meyer.

Cohen asintió con la cabeza. Era un hombrecito de ojos castaños y mirada dolorida. Era casi tan calvo como Meyer y los dos hombres, sentados en el escritorio uno frente al otro, con Carella de pie entre ellos en un extremo, parecían como un par de bolas de billar esperando a que el cuidadoso jugador decidiera cómo pegarles.

—Lo comprendí cuando asesinaron a Mulligan —dijo Cohen—. Reconocí los otros nombres antes, pero cuando mataron a Mulligan, de repente encajó todo el asunto. Comprendí que andaba detrás de nosotros.

—Se dio cuenta cuando mataron a Mulligan, ¿eh? —preguntó Meyer.

—Exacto.

—Mulligan fue asesinado el 2 de mayo, señor Cohen. Estamos a 8 de mayo.

—Exacto.

—Es casi una semana completa, señor Cohen.

—Lo sé.

—¿Por qué no llamó a la policía?

—¿Para qué?

—Para decirnos lo que sospechaba.

—Soy un hombre ocupado.

—Lo comprendemos —intervino Carella—. Pero con seguridad no estará tan ocupado como para no intentar salvar la vida, ¿verdad?

—Nadie me va a disparar —replicó Cohen.

—¿No, y qué garantía tiene?

—¿Han venido aquí para discutir? Porque estoy demasiado ocupado.

—¿Por qué no nos llamó, señor Cohen?

—Lo he dicho. Estoy muy ocupado.

—¿Qué hace usted, señor Cohen? ¿Qué lo ocupa tanto?

—Escribo guiones para chistes.

—¿Qué quiere decir?

—Escribo guiones.

—¿Para qué? ¿Para quién?

—Para los dibujantes.

—¿Historietas?

—No, no, de un solo cuadro. Como los de las revistas. Escribo los textos.

—A ver si lo he entendido bien, señor Cohen —dijo Carella—. Usted trabaja con un dibujante que...

—Trabajo con muchos dibujantes.

—Está bien, trabaja con muchos dibujantes que le envían dibujos a los que usted les escribe el texto: ¿es eso?

—No. Yo les envío el texto y ellos hacen el dibujo.

—¿A partir del texto?

—A partir de mucho más que el texto.

—Sigo sin entender.

—¿Ve estos archivos? —preguntó Cohen, señalando con el brazo hacia la pared que estaba detrás de Carella—. Están llenos de ideas para chistes. Yo los escribo y envío una tanda a cada uno de los dibujantes de mi lista. Ellos leen los chistes. Si les gustan cuatro, o cinco, o incluso uno, lo conservan y hacen un esbozo de dibujo para mostrárselo al director de la sección de humor de la revista o del periódico. Si el director lo aprueba, el dibujante hace el trabajo en firme, obtiene el cheque y me manda mi parte.

—¿Cuánto es su parte?

—Obtengo el diez por ciento del precio de compra. —Cohen miró a los detectives, vio que seguían intrigados y dijo—: Esperen, les voy a mostrar algunos.

Dio media vuelta con su silla giratoria, abrió uno de los archivos al azar y sacó un abultado grupo de hojitas de alrededor de ocho por quince centímetros.

—Hay un texto mecanografiado en cada uno de estos papeles —dijo Cohen—. ¿Lo ven? En el ángulo superior derecho está el número, con mi nombre en la parte inferior de la hoja. —Esparció varias sobre el escritorio. Meyer y Carella se inclinaron sobre la mesa y leyeron la más cercana.

N.º 702

Un transeúnte aborda a uno de los hombres que forman un piquete de huelga frente al edificio de la Compañía de Fósforos Excelsior.

El transeúnte dice:

«¿Tiene un fósforo, amigo?».

David Arthur Cohen
Avenida Jefferson 1142
Isola

—¿Esto es lo que envía al dibujante? —preguntó Carella.

—Sí —replicó Cohen—. Aquí hay uno bueno. Lean éste. —Carella miró.

N.º 708

La sala de un bar. Dos hombres se están peleando violentamente a puñetazos. Más atrás se ve a los típicos hombres de pie en la barra. Todos están mirando una pelea por televisión.

Sin texto.

David Arthur Cohen
Avenida Jefferson 1142
Isola

—Es bastante divertido —comentó Meyer.

Cohen asintió con gesto amargo.

—Aquí está el que le sigue. Cuando uno escribe un chiste, siempre se le ocurre otro en la misma línea. Es éste.

N.º 709

Mujer de la limpieza en un estudio de televisión de pie, con aire de asombro. Está mirando un televisor donde la imagen es ella misma limpiando el estudio.

Sin texto.

David Arthur Cohen
Avenida Jefferson 1142
Isola

—No lo entiendo —observó Meyer.

—Bueno, o se entienden o no —replicó Cohen, encogiéndose de hombros. Aquí tienen uno de mis favoritos.

N.º 712

Coche con teléfono. En el asiento trasero, un borracho con esmoquin está tendido, sin sentido. Chófer, hablando por teléfono, dice:
«En este momento ha salido. ¿Quiere llamar más tarde?».

David Arthur Cohen
Avenida Jefferson 1142
Isola

—¿Es esto lo que hace usted todo el día? —preguntó Carella.

—Todo el día —contestó Cohen.

—¿Cuántos escribe por día?

—Depende de cómo vayan las cosas. A veces puedo producir veinte o treinta en un día. Otras veces me quedo sentado frente a la máquina de escribir y no se me ocurre nada. Son ciclos —explicó Cohen.

—¿Todos los dibujantes usan guionistas?

—No todos. Pero la mayoría. Trabajo con una docena de ellos regularmente. Tengo... bueno... tal vez doscientas ideas en el mercado en este momento. Quiero decir, chistes que ellos han conservado y dibujado para mostrar. Vivo bien con esto.

—Yo me volvería loco —comentó Meyer.

—Bueno, no está mal, realmente no lo está —dijo Cohen.

—¿A usted le gusta hacerlo? —preguntó Carella.

Por un momento, los tres hombres habían olvidado por qué estaban en esa oficina. Estaban reunidos para discutir seis asesinatos pero por el momento Cohen era un profesional que explicaba su oficio y Meyer y Carella eran dos profesionales muy distintos que estaban fascinados con los detalles del trabajo de otro hombre.

—A veces se hace un tanto aburrido —dijo Cohen—. Cuando no se presentan las ideas. Pero generalmente me gusta, sí.

—¿Le hacen reír sus chistes? —preguntó Carella.

—Casi nunca.

—Entonces, ¿cómo sabe si son divertidos o no?

—No lo sé. Los escribo y espero que otro considere que son divertidos. —Se encogió de hombros—. Supongo que deben serlo, porque vendo muchos. A las mejores revistas, además.

—Nunca había conocido a un guionista —observó Meyer, inclinando la cabeza hacia un lado en un gesto apreciativo.

—Ni yo a un detective —dijo Cohen y de pronto la visita cobró sentido, de repente hubo dos detectives en una pequeña oficina con un hombre que estaba relacionado con seis homicidios. En honor del grato intermedio, hubo un silencio de tal vez treinta segundos. Luego habló Meyer:

—¿Puede decirnos algo sobre la obra de 1940, señor Cohen?

—No hay mucho que contar —replicó Cohen—. Me metí en eso buscando algún estímulo. Estaba en artes liberales y todavía no había decidido qué quería hacer, de modo que experimentaba. Perdí como un año con el grupo de drama, supongo.

—¿Actuando?

—Actuando, sí. También escribí algunas cosas para una revista que hicimos.

—¿Cuándo fue eso?

—Después de *Largo viaje de regreso*, creo que en 1941.

—¿Qué nos dice de la gente que actuaba en la obra de O'Neill? ¿Qué recuerda de ellos?

—Caramba, fue hace mucho tiempo —comentó Cohen.

—¿Hubo algo que no marchara bien? ¿Algún incidente de algún tipo? ¿Una pelea? ¿Incluso alguna discusión acalorada?

—Yo no recuerdo nada de eso. Parecía una producción bastante apacible. Todo el mundo se llevaba bien.

—Había tres muchachas en la obra —dijo Carella—. ¿Hubo algún problema con ellas?

—¿Qué clase de problema?

—Dos tipos que se disputaran a la misma chica, ¿algo así?

—No, nada —dijo Cohen.

—Entonces, ¿no sucedió nada extraordinario?

—No recuerdo nada. Fue un espectáculo estudiantil rutinario. Todos nos llevábamos bien. —Cohen dudó—. Incluso hicimos una fiesta después de la función.

—¿Sucedió algo especial en la fiesta?

—No.

—¿Quiénes estuvieron?

—El reparto, el equipo, y el profesor Richardson, el asesor. Él se marchó temprano.

—¿Hasta qué hora se quedó usted?

—Hasta que terminó.

—¿Y a qué hora fue eso?

—Oh, no lo recuerdo. De madrugada.

—¿Quiénes más estaban cuando concluyó?

—Quedábamos cinco o seis. —Cohen se encogió de hombros—. Seis, creo.

—¿Quiénes eran los seis?

—Tres muchachos y tres chicas.

—¿Quiénes eran las chicas?

—Las tres que intervenían en el espectáculo. Helen Struthers y las otras dos.

—¿Y los muchachos?

—Tony Forrest, Randy Norden y yo.

—¿Algún problema?

—No. Mire, éramos muchachos. Todos estábamos en cuartos separados, besándonos y acariciándonos.

—¿Y luego qué, señor Cohen?

—Entonces todos nos fuimos a casa.

—Está bien. ¿Qué hizo cuando salió de Ramsey? ¿Estuvo en el servicio?

—Sí.

—¿Qué arma?

—El ejército. Infantería.

—¿Qué rango tenía?

—Fui cabo.

—¿Y su tarea?

Cohen dudó.

—Yo... —Cohen se encogió de hombros—. Le he dicho que estuve en infantería.

—¿Qué hacía en infantería?

—Era francotirador —dijo Cohen.

Hubo silencio en la oficina.

—Imagino cómo suena eso.

—¿Cómo suena, señor Cohen?

—Bueno, no soy exactamente idiota, y sé que el hombre que ha estado cometiendo todos estos asesinatos es un francotirador.

—Sí, así es.

—No he visto un rifle desde que fui dado de baja en 1946 —dijo Cohen—. No deseo volver a ver un rifle mientras viva.

—¿Por qué?

—Porque no me gustó matar gente desde una emboscada.

—Pero usted fue un experto tirador, ¿verdad?

—Sí.

—¿Dispara algo ahora?

—Ya les he dicho...

—Cazando, por ejemplo. Por deporte.

—No.

—¿Posee usted un rifle, señor Cohen?

—No.

—¿Una pistola?

—No.

—¿Ninguna clase de arma?

—No.

—¿Usó alguna vez una mira telescópica?

—Sí, en el ejército. —Cohen hizo una pausa—. Usted está tomando el rábano por las hojas —dijo—. En la actualidad, cuando hablo de matar a alguien, quiero decir que he escrito un chiste que lo hará morir de risa.

—¿Y es eso todo lo que quiere decir?

—Eso es todo.

—Señor Cohen —preguntó Meyer—, ¿dónde vive?

—Cerca de Coliseum.

—Nos gustaría ver su casa, señor Cohen, si nos lo permite.

—¿Y si no lo permito?

—Nos veremos obligados a pedir una orden de registro.

Cohen buscó en el bolsillo y extrajo un llavero que tiró sobre el escritorio.

—No tengo nada que ocultar —dijo—. La llave de cabeza redonda abre la puerta del vestíbulo. La de bronce abre la puerta de casa.

—¿La dirección?

—North Garrod 127.

—¿El número del piso?

—4 C.

—Le daremos un recibo por las llaves, señor Cohen —dijo Carella.

—¿Habrán terminado a las seis? —preguntó Cohen—. Tengo una cita.

—Supongo que sí. Agradecemos su colaboración.

—Sólo tengo una pregunta que hacer —dijo Cohen—. Si este tipo está detrás de nosotros, ¿cómo puedo saber que no seré el próximo?

—¿Desea protección policial? —preguntó Carella—. Podemos dársela, si la desea.

—¿Qué clase de protección?

—Un agente.

Cohen lo consideró por un momento. Luego dijo:

—Olvídelo. No hay protección contra un francotirador. Yo lo fui.

Afuera en la calle, Carella preguntó:

—¿Qué te parece?

—Creo que está limpio —replicó Meyer.

—¿Por qué?

—Bueno, te diré. He estado viendo televisión y yendo al cine y leyendo libros y descubrí algo sobre el homicidio.

—¿Qué?

—Si hay un judío, o un italiano, o un negro, o un portorriqueño, o un tipo con un nombre extranjero, nunca es el asesino.

—¿Por qué no?

—Porque no está permitido, por eso. El asesino debe ser un norteamericano protestante cien por cien. Te apuesto diez dólares a que en el piso de Cohen no encontramos nada mayor que un tira-chinas.

OceanofPDF.com

N.º 1841

Una sala de detectives. Dos detectives están sentados frente a frente en un escritorio, mirando por una ventana el hermoso sol de mayo en el exterior. Sobre el escritorio hay una enorme bomba negra cuya mecha arde furiosamente, pero ninguno de los detectives la ve. Uno de ellos dice: «Cuesta pensar en el delito en un día como éste, ¿verdad?».

David Arthur Cohen
Avenida Jefferson 1142
Isola

La gran bomba negra con la mecha que ardía con furia era un francotirador desconocido en algún punto de una ciudad con diez millones de habitantes. Los dos policías sentados en una triste oficina estaban bebiendo café en unos vasos de cartón y miraban el sol de mayo que entraba a través de la ventana enrejada. Habían registrado hasta el último rincón del piso de David Arthur Cohen —había una pequeña terraza desde la que se tenía una hermosa vista del río Harb— sin encontrar nada comprometedor. Esto no significaba que Cohen no fuera un asesino muy inteligente que hubiera ocultado su rifle en un viejo garaje en alguna parte. Sólo significaba que, por el momento, los detectives no habían encontrado nada en su casa.

A las tres y media de esa tarde, mucho después de devolver las llaves a Cohen, sonó el teléfono en el escritorio de Carella, que cogió el receptor y dijo:

—87. Carella.

—Señor Carella, le habla Agnes Moriarty.

—Hola, señorita Moriarty. ¿Qué tal?

—Bien, gracias. Una pequeña molestia en la vista, pero por lo demás bien.

—¿Ha encontrado algo?

—Señor Carella, he estado buscando en nuestros archivos desde que me llamó esta mañana. Soy una mujer muy laboriosa.

—Sin duda agradecemos su ayuda —dijo Carella.

—Bueno, no agradezca tanto hasta que le diga qué he encontrado.

—¿Qué es, señorita Moriarty?

—Nada.

—Oh. —Carella hizo una pausa—. ¿Nada en absoluto?

—Bueno, casi nada. No pude hallar la menor información sobre las chicas. Tenía la dirección de las dos aquí en la ciudad, pero de hace veintitrés años, señor Carella, y cuando llamé a los números, la gente que contestó nunca había oído mencionar ni a Margaret Buff ni a Helen Struthers.

—Eso es comprensible —comentó Carella.

—Sí —continuó la señorita Moriarty—. Luego llamé a la señorita Finch, que encabeza nuestra asociación de ex alumnos, y le pregunté si tenía alguna información sobre ellas. Al parecer, las dos habían vuelto al colegio para la reunión de los cinco años, pero ninguna estaba casada por entonces y se retiraron de la asociación poco después. —La señorita Moriarty hizo una pausa—. Las reuniones pueden resultar muy inquietantes, ¿sabe?

—¿Sabía ella si ahora están casadas o no?

—No ha tenido noticias de ellas desde aquella reunión.

—Bueno, es una lástima —dijo Carella.

—Sí. Lo siento.

—¿Qué hay del hombre? De Peter Kelby.

—Revisé sus papeles de nuevo, atentamente, y llamé al número de teléfono que él había dado, y hablé con un hombre furioso que me dijo que trabaja de noche y que no le gustaba que lo despertase una solterona a mediodía. Le pregunté si él era Peter Kelby y me dijo que era Irving Dreyfus, si eso significa algo para usted.

—En absoluto.

—Me dijo que nunca había oído mencionar a Peter Kelby, lo que no me sorprendió en lo más mínimo.

—¿Qué hizo entonces?

—Llamé a la señora Finch. Ella revisó sus registros y me llamó luego para decirme que al parecer Peter Kelby nunca se había graduado en Ramsey y por lo tanto ella no podía tener nada de él como ex alumno. Se lo agradecí mucho, colgué y volví a mis registros. La señora Finch tenía razón, y me reprendí por haber pasado por alto el hecho de que Peter Kelby abandonó la escuela en su primer año.

—De modo que tampoco tiene nada sobre él, ¿verdad?

—Bueno, soy una mujer muy perseverante, señor Carella. Para una solterona, al menos. Descubrí que Peter Kelby había sido miembro de una fraternidad llamada Kappa Kappa Delta. Llamé a la sede local y les pregunté si sabían algo de su domicilio actual, y ellos me remitieron a la central, los llamé y la última dirección conocida que tenían de Peter Kelby era una que él había dado en 1957.

—¿Dónde?

—En Minneapolis, Minnesota.

—¿Trató de localizarlo allí?

—Me temo que a las autoridades de la escuela no les hubiese agradado una llamada de larga distancia, señor Carella. Pero tengo la dirección, y se la daré si me promete algo.

—¿De qué se trata, señorita Moriarty?

—Quiero que me prometa que si alguna vez me ponen una multa por exceso de velocidad, usted me lo solucionará.

—¡Pero, señorita Moriarty! —exclamó Carella—. ¡No me diga que se excede en la velocidad!

—¿Puedo admitir algo así ante un policía? —preguntó la señorita Moriarty—. Estoy aguardando su promesa.

—¿Qué le hace pensar que puedo solucionar el tema?

—He oído decir que en esta ciudad se puede arreglar cualquier cosa menos los narcóticos y los homicidios.

—¿Y usted lo cree?

—Dicen que un asalto cuesta cien dólares, y que un robo puede arreglarse con quinientos.

—¿Dónde obtiene esa información, señorita Moriarty?

—Para ser una solterona —dijo la señorita Moriarty—, me arreglo.

—Puedo arrestarla por intento de soborno a un oficial, y también por retener información —dijo Carella sonriendo.

—¿Qué información? No sé de qué está hablando.

—Del último domicilio conocido de Peter Kelby.

—¿Quién es Peter Kelby? —preguntó la señorita Moriarty y Carella soltó una carcajada.

—Está bien, está bien —dijo—, tiene mi promesa. Ninguna garantía, ¿me entiende?, pero sin duda trataré...

—¿Tiene un lápiz? —preguntó la señorita Moriarty.

La operadora proporcionó a Carella un número que correspondía al domicilio de Peter Kelby en Minneapolis, Minnesota. Él le pidió si podía llamar ella y luego escuchó una serie de chasquidos en la línea. Finalmente oyó cómo el teléfono sonaba en el otro extremo, a tantos kilómetros de distancia, y una mujer contestó.

—Residencia Kelby.

—¿Puedo hablar con el señor Kelby, por favor? —preguntó Carella.

—¿De parte de quién, por favor? —preguntó la voz.

—Detective Stephen Carella.

—Un momento, por favor.

Carella aguardó. Oyó una voz que llamaba a alguien y luego otra que preguntaba «¿quién?» y la primera voz que decía «un tal detective Carella», después el sonido de pasos que se acercaban al teléfono y el sonido del teléfono al ser levantado de la mesa, y finalmente una voz distinta de mujer que decía:

—Hola.

—Hola —contestó Carella—. Soy el detective Carella de la Brigada 87 en Isola. Llamo...

—¿Sí? Soy la señora Kelby.

—¿La señora de Peter Kelby?

—Sí, exacto. ¿De qué se trata?

—¿Puedo hablar con su esposo, por favor, señora Kelby? —preguntó Carella.

Hubo un largo silencio.

—¿Señora Kelby?

—¿Sí?

—¿Puedo...?

—Sí, le he oído.

Hubo otra pausa. Luego la señora Kelby dijo:

—Mi esposo está muerto.

Lo que, por supuesto, sólo explicaba una cosa.

Peter Kelby había sido alcanzado de muerte por una bala el cuatro de mayo. Le habían disparado mientras conducía hacia un club de campo a beber una copa, como de costumbre, después de una larga semana de trabajo en la oficina de seguros que presidía. La bala Remington 308 había atravesado el parabrisas entrando en su garganta. El automóvil quedó sin control, y se estrelló contra un camión lechero que iba en dirección opuesta. Peter Kelby murió antes de que los vehículos hicieran colisión. Pero el asesino obtuvo unos cuantos beneficios residuales para su historial, ya que había dos hombres en la cabina del camión y cuando éste se estrelló contra el coche de Kelby, uno de ellos salió despedido a través del parabrisas, seccionándose la yugular con un trozo de vidrio, y el otro aferró el volante en un intento por mantener al camión en ruta y de pronto descubrió que se le incrustaba en el pecho. Éste fue el último descubrimiento que hizo porque murió en el transcurso de los siguientes diez segundos.

Las tres muertes explicaban sólo una cosa.

Aclaraban por qué no había habido ningún asesinato en la ciudad entre el 2 de mayo, cuando mataron a Andrew Mulligan, y el 7 de mayo, cuando asesinaron a Rudy Fenstermacher.

Era muy difícil para alguien estar en dos partes al mismo tiempo.

La mujer entró en la sala de detectives exactamente a las 5.37, cuando Carella y Meyer se iban a su casa. Carella estaba en medio de una oración que contenía ciertas palabras duras, pero su «Ahora por qué co...» se le detuvo de inmediato en la garganta cuando apareció la mujer ante la baranda divisora.

Era una pelirroja alta de tez clara y almendrados ojos verdes. Lucía un traje verde oscuro que hacía resaltar el color de sus ojos y también la forma de su cuerpo, clásicamente redondeado, con cintura estrecha y caderas fuertes. Rondaba los cuarenta, pero rezumaba voluptuosidad contenida, allí de pie ante la baranda. Meyer y Carella —ambos casados— se quedaron sin aliento por un instante, como si de repente se hubiese materializado una fantasía. Más allá, detrás de la mujer, Miscolo —que la había visto pasar frente a la puerta de su oficina— asomaba la cabeza por la jamba para mirarla mejor y luego giró los ojos hacia el cielo.

—¿Sí, señorita? —preguntó Carella.

—Soy Helen Vale —dijo ella.

—¿Señorita Vale? —preguntó Carella—. ¿En qué podemos serle útiles?

—Señora de Vale —corrigió ella.

—Bien, señora de Vale.

—Helen Struthers Vale.

Ella hablaba con una voz normalmente profunda que denotaba la inconfundible impronta de las clases de elocución. Mantenía ambas manos sobre la baranda divisora, aferrándose como si se tratara de un amante. Aguardó pacientemente, como si se sintiera turbada por el entorno y también por la madurez de su propio cuerpo. Y sin embargo, su propia conciencia parecía agudizar la conciencia del observador. Era una potencial víctima de violación que aguarda lo peor, pero fomentándolo con su horrible expectativa. Pasaron varios segundos antes de que los detectives extrajeran el nombre de soltera «Struthers» de los nombres que lo antecedían y sucedían, y luego para separarlo del fuerte clima de sensualidad que repentinamente había invadido el salón.

—Pase, señora Vale —invitó Carella, manteniendo abierta la pequeña puerta que había en la baranda para que pasara.

—Gracias —dijo ella. Bajó los ojos al pasar junto a él, como una monja novicia que con renuencia ha hecho un demorado voto de castidad. Meyer acercó una silla de uno de los escritorios y la sostuvo mientras ella se sentaba. La mujer cruzó las piernas y la falda corta quedó por encima de sus espléndidas rodillas. Ella la tironeó, pero no logró nada y se quedó sentada con una latente conciencia provocativa.

Meyer se secó la frente.

—Hemos estado tratando de localizarla, señora Vale —dijo Carella—. ¿Usted es la Helen Struthers que...?

—Sí —contestó ella.

—Supusimos que se habría casado, pero no sabíamos con quién, y no teníamos idea de cómo empezar la búsqueda porque ésta es una ciudad muy grande, y aunque intentamos... —Se detuvo de pronto, preguntándose por qué hablaba tanto y con tanta rapidez.

—De todos modos, nos alegra que haya venido —dijo Meyer.

Carella se secó la frente.

—Sí, pensé que debía venir —dijo Helen— y ahora me alegro de haberlo hecho. —Pronunció estas últimas palabras como si estuviera pagando tributo a los dos hombres más atractivos, encantadores, galantes e inteligentes del mundo. Los dos detectives sonrieron inconscientemente y luego, al ver cada uno la sonrisa en el rostro del otro, fruncieron el ceño y trataron de parecer formales.

—¿Por qué ha venido, señora Vale? —preguntó Carella.

—Bueno... por los asesinatos —replicó Helen, abriendo los grandes ojos.

—Sí, ¿qué pasa con ellos?

—Está matando a todos los de la obra, ¿no lo entiende? —dijo.

—¿Quién, señora Vale?

—Bueno, no sé —contestó ella y bajó los ojos otra vez, volviendo a tironear de la falda, que no cedió ni un centímetro—. Lo pensé cuando conecté los nombres Forrest y Norden, pero luego me dije: «No, Helen,

estás imaginando cosas». Tengo una excelente imaginación —replicó ella, levantando la cabeza.

—Sí, señora Vale, continúe.

—Luego mataron a la chica, no me acuerdo del nombre, y luego a Sal Palumbo, el simpático italiano que estaba estudiando inglés en la escuela nocturna, y después Andy Mulligan y Rudy, y me pareció obvio. Le dije a mi esposo: «Alec, alguien está matando a todos los que trabajaron en *Largo viaje de regreso* en 1940 en la Universidad de Ramsey». Eso fue lo que le dije.

—¿Y qué le contestó su esposo?

—Me dijo: «Helen, estás loca».

—Ahá.

—Loca como una cabra —agregó Helen, entrecerrando los ojos—. De modo que decidí venir aquí.

—¿Por qué? ¿Tiene alguna información para nosotros, señora Vale?

—No. —Helen se humedeció los labios—. Soy actriz, ¿saben?

—Ya veo.

—Sí. Helen Vale. ¿Creen que Struthers sería mejor?

—¿Cómo dice?

—Helen Struthers, mi nombre de soltera. ¿Suena mejor?

—Bueno, no, su nombre actual está bien.

—Helen Vale suena muy bien —convino Meyer, asintiendo con la cabeza.

—Puro —dijo ella—. Clásico.

—¿Qué?

—Helen. Suena puro y clásico.

—Sí, sí.

—Y Vale le agrega misterio, ¿no les parece? Vale. V-A-L-E. Que es el nombre real de mi esposo. Pero que puede pronunciarse V-E-I-L^[1] que es lo que le da misterio. Helen Vale. Un velo es algo muy misterioso, ¿verdad?

—Sin duda.

—Al ser actriz, pensé que debía venir.

—¿Por qué?

—Bueno, ¿de qué sirve una actriz muerta? —dijo Helen. Se encogió de hombros y extendió las manos en un gesto de simplicidad.

—Es cierto —afirmó Meyer.

—De modo que aquí estoy.

—Sí —dijo Carella.

Miscolo entró con naturalidad en el salón y preguntó:

—¿Alguien quiere café? Oh, discúlpeme, no sabía que tenían visita. — Sonrió gratamente a Helen y ella le devolvió la sonrisa recatadamente y tironeó de su falda—. ¿Quiere un poco de café, señorita? —preguntó él.

—No, gracias —replicó ella—. Pero gracias por ofrecérmelo.

—No hay de qué —dijo Miscolo, y salió del salón tarareando.

—Casi me caso con un hombre que se llamaba Leach —comentó Helen—. ¿No hubiese sido terrible Helen Leach^[2]?

—Espantoso —dijo Meyer.

—Sin embargo, él era un individuo agradable.

—Señorita Lea... Señorita... eh... señora Vale —dijo Carella— ¿qué recuerda de *Largo viaje de regreso*?

—Yo representaba el papel de Kate —dijo ella. Sonrió.

—¿Qué más recuerda?

—Nada.

—¿Absolutamente nada?

—Fue una porquería, creo. No recuerdo.

—¿Qué recuerda de las otras personas del reparto?

—Los muchachos eran todos muy dulces.

—¿Y las chicas?

—No las recuerdo.

—¿No sabría decirnos si Margaret Buff se casó?

—¿Margaret qué?

—Buff. También ella actuaba en la obra.

—No, no la recuerdo.

Dos agentes entraron en el salón, fueron a los archivos, abrieron un par de cajones, miraron a Helen Vale que estaba sentada con las piernas cruzadas, y luego fueron al depósito de agua fría y se bebieron tres vasos de agua cada uno observando a Helen Vale con sus piernas cruzadas. Cuando

salían del salón, entraron otros cuatro. Carella los miró frunciendo el ceño, pero todos parecían ocupados en algo que les permitiera tener a Helen Vale dentro de su campo de visión.

—¿Ha sido usted actriz desde que abandonó el colegio superior, señora Vale? —preguntó Carella.

—Sí.

—¿Ha aparecido en escena en esta ciudad?

—Sí.

—Señora Vale, ¿alguna vez alguien la amenazó de muerte?

—No. —Helen frunció el ceño—. Ésa es una pregunta muy curiosa. ¿Qué tiene esto que ver conmigo sola, si el asesino anda detrás de todos nosotros?

—Señora Vale, la matanza al por mayor puede ser sólo una cortina de humo. Él puede andar detrás de uno de ustedes, y puede estar matando a los otros sólo para desorientarnos, para que parezca un motivo diferente, no el real.

—¿De verdad?

—Sí —dijo Carella.

—No he entendido una sola palabra de lo que me ha dicho.

—Oh. Bueno, usted sabe...

—Además, no es eso lo que me interesa. Quiero decir, sus motivos o lo que sea.

Ahora había catorce agentes en el salón y se estaba corriendo la voz por todo el edificio y tal vez en el distrito entero muy rápidamente. Sólo una vez en toda su carrera recordaba Carella haber visto tantos agentes juntos en la sala de detectives, que fue cuando el comisionado emitió su edicto contra las horas extraordinarias, por lo que cada agente uniformado de la brigada había subido las escaleras para quejarse en una especie de foro abierto.

—¿Qué le interesa a usted, señora Vale? —preguntó Carella, mientras otros cinco agentes se acercaban a la sala por el corredor.

—Creo que necesito protección —contestó ella y bajó la mirada, como si estuviera hablando no del francotirador que andaba disparando a la gente, sino de los agentes que estaban atestando la sala como sardinas migradoras.

Carella se puso en pie de pronto y dijo:

—Compañeros, se está cargando el ambiente aquí dentro. ¿Por qué no vais a hacer la reunión al vestuario?

—¿Qué reunión? —preguntó uno de los agentes.

—La reunión que vais a hacer en el vestuario dentro de exactamente tres segundos —dijo Carella—, antes de que coja el teléfono y hable con el capitán Frick.

Los agentes empezaron a dispersarse. Uno de ellos, en voz baja demasiado audible, murmuró la palabra gallina, pero Carella lo ignoró. Los miró marcharse y luego se volvió a Helen y le dijo:

—Le asignaremos un hombre, señora Vale.

—Lo agradecería —dijo ella—. ¿A quién?

—Bueno... no lo sé todavía. Depende de quién esté disponible y qué...

—Estoy segura de que será de confianza —dijo ella.

—Señora Vale —insistió Carella—, me pregunto si no podrá recordar algo de la obra. Sé que fue hace mucho tiempo, pero...

—En realidad, tengo una memoria excelente —afirmó Helen.

—Estoy seguro.

—Las actrices necesitamos una buena memoria, ¿sabe?

—Lo sé.

—De lo contrario, no aprenderíamos nuestro papel —dijo Helen y sonrió.

—Bien. ¿Qué recuerda de la obra?

—Nada —contestó Helen.

—Todos se llevaban bien, ¿es cierto? —la urgió Carella.

—Oh, sí, era un grupo muy bien avenido.

—En la fiesta también, ¿verdad? ¿Ningún problema?

—Oh, no, fue una fiesta encantadora.

—Usted se quedó hasta tarde, ¿es cierto?

—Exacto. —Helen sonrió—. Siempre me quedo hasta tarde en las fiestas.

—¿Dónde fue la fiesta, señora Vale?

—¿Qué fiesta? —preguntó ella.

—La que hicieron después de la obra.

—Ah, aquélla. En la casa de Randy, creo. Randy Norden. Era un perfecto disoluto. Muy inteligente en la escuela, ¿eh?, ¡pero qué calavera! Sus padres estaban en Europa, de modo que todos fuimos allá después de la función.

—Y usted y las otras dos chicas se quedaron hasta tarde, ¿no?

—Exacto, sí. Fue una fiesta encantadora.

—Con tres de los muchachos.

—Sí, exacto. Con tres de los muchachos.

—¿Hubo algún problema?

—No —contestó Helen. Sonrió dulcemente—. Estuvimos haciendo el amor.

—Estuvieron acariciándose, quiere decir.

—No, no. Estuvimos meneándonos.

Carella se aclaró la garganta y miró a Meyer.

—Fue una fiesta muy agradable —dijo Helen.

—Señora Vale —preguntó Carella—, ¿qué quiere decir usted por «meneándonos»?

Ella bajó la mirada.

—Bueno, ya sabe.

Carella volvió a mirar a Meyer. Éste se encogió de hombros, turbado.

—¿Con los chicos, quiere decir? ¿Los tres chicos?

—Sí.

—Ustedes... estaban en habitaciones separadas, ¿verdad?

—Sí. Bueno, al principio. Había mucha bebida, ¿sabe?, y los padres de Randy estaban en Europa, de modo que nos divertimos muchísimo.

—Señora Vale —dijo Carella, tomando al toro por los cuernos— ¿quiere decir que usted y las otras dos chicas tuvieron intimidad con esos muchachos?

—Sí, mucha intimidad.

—¿Y los tres chicos eran Anthony Forrest, Randolph Norden y David Arthur Cohen?

—Exacto. Eran muy simpáticos.

—Y ustedes... ¿ustedes estaban algo así como vagando de un cuarto a otro, es así? ¿Todos?

—Sí —dijo Helen, encantada—. Fue toda una orgía.

Carella empezó a toser y Meyer le golpeó la espalda.

—Usted ha cogido algo —comentó Helen en tono amable—. Debería guardar cama.

—Sí, sí, lo haré —replicó Carella, tosiendo—. Muchas gracias, señora Vale, ha sido usted de mucha ayuda.

—Bueno, ha sido un placer hablar con ustedes —dijo Helen—. Casi me había olvidado de esa fiesta y fue realmente una de las más gratas a las que haya asistido.

Ella se puso en pie, recogió el bolso, lo abrió y puso una tarjetita blanca sobre el escritorio.

—Mi dirección y mi teléfono —dijo—, y también mi mensajería, si no pueden encontrarme.

Helen sonrió y fue hacia la baranda. Carella y Meyer se quedaron sentados, clavados en el escritorio, observándola atravesar la sala. Ante la baranda, ella se volvió y dijo:

—¿Harán todo lo posible para que no me maten, verdad?

—Lo haremos, señora Vale —replicó Carella fervorosamente—. Sin duda haremos cuanto esté a nuestro alcance.

—Gracias —murmuró ella, y entonces atravesó el corredor. Aún oyeron los altos tacones que repiqueteaban en los peldaños de hierro que llevaban al piso inferior.

—Porque, señora —susurró Meyer— sería un crimen matarla a usted, por Dios, sería un crimen espantoso.

Se dieron cuenta de que ella había llegado a la calle, afuera, porque estallaron los aplausos de los agentes que la estaban aguardando.

Bueno, las cosas estaban mejorando, sin duda.

Ahora no sólo sabían que las siete víctimas habían participado en la producción estudiantil de *Largo viaje de regreso* en 1940, sino que también sabían que hubo una fiesta después de la función, y que todos los miembros del reparto y los ayudantes habían estado presentes, así como el profesor Richardson, el asesor. También sabían que el asesor de la facultad había dejado de asesorar en algún momento de la noche y que la fiesta se había reducido a seis personas de sexo opuesto que habían aprovechado la ocasión.

A la mañana siguiente, los detectives decidieron efectuar otra charla con David Arthur Cohen que, según él mismo admitía, había sido francotirador durante la guerra y también había participado en la fiesta nocturna años atrás. Lo llamaron y le pidieron que fuera a comisaría. Él se quejó amargamente porque perdería todo un día de trabajo en una semana en que las ideas se le presentaban buenas y abundantes, pero le recordaron que se trataba de un caso de homicidio y si él iba a comisaría por su propia voluntad, les ahorraría el trabajo de enviar a un agente a buscarlo.

Cohen llegó a las 10 de la mañana.

Lo hicieron sentar en una silla y ellos se quedaron de pie a su lado: Kling, Carella y Meyer. Cohen se anticipaba un poco a la estación con un traje liviano. Parecía tranquilo, sereno. Estaba sentado con su habitual expresión de amargura y esperó a que uno de los detectives iniciara el interrogatorio. Meyer hizo la primera pregunta.

—Estamos principalmente interesados en la fiesta que tuvo lugar después de la función, señor Cohen —dijo.

—Bien, ¿qué?

—Queremos saber qué sucedió.

—Les dije lo que había sucedido.

—Está bien, señor Cohen —intervino Carella—. En primer lugar, ¿quiénes eran?

—Todos los del espectáculo.

—¿Los del espectáculo o relacionados con el espectáculo?

—Relacionados con el espectáculo.

—Y por «todos», ¿a quiénes se refiere exactamente?

—El reparto, los ayudantes y algunos agregados.

—¿Por ejemplo?

—Algunos tipos que trajeron chicas y también algunos de los chicos que sólo estaban parcialmente en el grupo.

—¿Y quién más?

—El profesor Richardson.

—¿Fue una buena fiesta? —preguntó Kling.

—Sí, estuvo bien. Fue hace más de veinte años, por Dios. ¿Esperan que recuerde...?

—Helen Struthers estuvo aquí ayer, señor Cohen —dijo Meyer—. Ella parece recordar muy bien la fiesta.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Dice que fue una de las mejores fiestas a las que asistió en su vida. ¿Qué le parece?

—Ella tiene derecho a dar su opinión, supongo. —Cohen hizo una pausa.

—¿Cómo está Helen?

—Muy bien. ¿Cómo fue la fiesta, en su opinión, señor Cohen?

—Bastante buena.

—Helen parecía pensar que fue mejor que bastante buena —dijo Carella.

—¿Sí?

—Sí. Parecía recordar especialmente lo que sucedió cuando se fue la mayor parte de la gente.

—¿Sí? ¿Qué es lo que recuerda?

—Bueno, ¿qué recuerda usted, señor Cohen?

—Estuvimos haciendo arrumacos.

—¿Eso fue todo?

—Eso fue todo. Éramos sólo críos.

—Bueno, para ser críos, señor Cohen, Helen parece pensar que sucedió algo más que unos besos y unas caricias.

—¿Qué parece pensar?

—Pues que todos se revolcaron.

—¿Sí?

—Sí. En realidad, parece pensar que todos ustedes se revolcaron juntos en cierto momento.

—¿Sí?

—Sí. En realidad, señor Cohen, ella describió lo sucedido como «toda una orgía».

—¿Sí?

—Sí. Curioso que usted haya olvidado un suceso de tales proporciones, ¿no le parece, señor Cohen? A menos, claro, que usted tenga costumbre de asistir a org...

—Está bien —dijo Cohen.

—¿Es eso lo que sucedió?

—Sí, sí, eso fue lo que sucedió.

—¿Lo recuerda ahora?

—¿Si lo recuerdo? —preguntó Cohen—. Hace veintitrés años que trato de olvidarlo. He estado en análisis durante seis años, tratando de olvidar lo que sucedió esa noche.

—¿Por qué?

—Porque fue desagradable. Estábamos borrachos. Fue muy desagradable. Me estropeó toda la vida.

—¿Cómo?

—¿Qué quiere decir con eso de «cómo»? Porque convertimos algo... privado... en un circo. Por eso. ¿Es necesario que hablemos de ello?

—Sí, debemos hablar de eso. ¿Estaban todos borrachos?

—Sí. Randy Norden era un muchacho alocado. Era mayor que la mayoría de nosotros, ya había cumplido los veinte, estaba ya en la Facultad de Derecho. Sus padres tenían ese enorme ático en Grover y estaban de viaje por Europa, de modo que todos fuimos allí después de la función. Las

muchachas se desmadraron. Supongo que Helen marcaba el paso. Bueno, la han visto, saben qué clase de mujer es. Era igual entonces.

—¡Un momento, señor Cohen! —exclamó Meyer de repente.

—¿Qué? ¿Qué sucede?

—¿Cómo sabe qué clase de mujer es, señor Cohen? ¿Cuándo la vio por última vez?

—No he visto a nadie relacionado con ese espectáculo desde que salí del colegio superior.

—¿Entonces cómo sabe cuál es su aspecto ahora?

—No lo sé.

—¿Entonces por qué dijo que ella ahora es igual a como era antes?

—Lo supuse. Era brava entonces, y las bravas no cambian.

—¿Y las otras chicas?

—Ellas... eran chicas agradables. Se emborracharon, eso es todo.

—¿Y qué sucedió?

—Bueno, nosotros... fue idea de Randy, supongo. Él era mayor, ¿saben?, y con Helen, y naturalmente... bueno, todos nos separamos... había un montón de dormitorios en la casa... y bueno... eso es lo que sucedió.

—¿Qué sucedió? —insistió Meyer.

—¡No quiero hablar de eso! —gritó Cohen.

—¿Por qué?

—Porque me da vergüenza, por eso. ¿Vale?

—Háblenos de cuando era francotirador, señor Cohen —dijo Carella.

—Fue hace mucho.

—También la fiesta. Cuéntenos.

—¿Qué quieren saber?

—¿Qué teatro de operaciones?

—El Pacífico.

—¿Dónde?

—Guam.

—¿Qué arma usaba?

—Una BAR con mira telescópica.

—¿Pólvora sin humo?

—Sí.

—¿A cuántos hombres mató?

—Cuarenta y siete —dijo Cohen sin vacilar.

—¿Cómo se sentía?

—Odiaba hacerlo cada minuto.

—¿Entonces por qué no lo dejó?

—Pedí un traslado, pero me lo denegaron. Era un buen francotirador.

—¿Eran japoneses los que mataba?

—Sí, japoneses.

—¿Cuánto bebió en la fiesta?

—Mucho.

—¿Cuánto?

—No lo recuerdo. En realidad, empezamos a beber cuando se marchó Richardson. Había montones de bebida. Tony estaba a cargo de las entradas...

—¿Tony?

—Forrest. Tony Forrest. Estaba a cargo de las entradas del espectáculo, y creo que sacó algún dinero de la caja para pagar la fiesta. No fue ilegal ni nada por el estilo, quiero decir que todos en el grupo sabían que él lo estaba haciendo. Era para la fiesta. Pero había muchísima bebida. —Cohen hizo una pausa—. Además, había un clima de... bueno, ya la guerra había empezado en Europa y supongo que la mayoría de los estudiantes de la época sabíamos que Norteamérica entraría tarde o temprano. De modo que había un clima especial. Nos importaba un bledo lo que sucediera.

—¿Disparaba usted desde un árbol o qué? —preguntó de pronto Kling.

—¿Qué?

—Cuando estaba en Guam.

—Ah. Generalmente. Sí.

—¿Y después? —preguntó Carella.

—Según la operación. Generalmente se suponía que debía quedarme...

—Después de que Helen y Randy empezaran el lío, digo.

—Todos seguimos su ejemplo.

—¿Y después?

—Terminamos en una habitación.

—¿Qué habitación?

—El cuarto de la madre de Randy. El dormitorio. El grande.

—¿Dónde estuvo usted el viernes cuatro de mayo? —preguntó Meyer.

—No sé.

—Trate de recordar.

—¿Cuándo fue?

—Fue el viernes cuatro de mayo. Hoy es miércoles nueve de mayo.

¿Dónde estaba, Cohen?

—Creo que estuve fuera de la ciudad.

—¿Dónde?

—Hacia el norte del Estado. Eso es. Salí el viernes por la mañana. Sólo para tener un fin de semana largo, ¿sabe?

—¿No habrá estado en Minneapolis el cuatro de mayo, verdad? —
¿Minneapolis? No. ¿Para qué iba a ir allí? Nunca en mi vida he estado en Minneapolis.

—¿Recuerda a un hombre llamado Peter Kelby?

—Sí, trabajaba en la representación.

—¿Fue él a la fiesta?

—Sí, claro.

—¿Dónde estuvo el último fin de semana? ¿En su viaje al norte del Estado?

—Fui a pescar.

—No le preguntamos qué hizo, le preguntamos dónde estuvo. —
Acampé.

—¿Dónde?

—En la reserva. Cerca de Cattawan.

—¿En una tienda de campaña?

—Sí.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Había alguien más en el campamento?

—No.

—¿Se detuvo a repostar gasolina en alguna parte a lo largo del camino?

—Sí.

—¿Usó tarjeta de crédito?

—No.

—¿Pagó en efectivo?

—Sí.

—¿Hizo lo mismo en los restaurantes en los que pudo detenerse para comer?

—Sí.

—En otras palabras, señor Cohen, sólo tenemos su palabra de que estuvo en Cattawan y no en Minneapolis, Minnesota, matando a un hombre llamado Peter Kelby.

—¿Queeeeé?

—Sí, señor Cohen.

—Miren, yo...

—¿Sí, señor Cohen?

—Oigan... ¿por qué iba yo... cómo demonios podía saber dónde estaba Peter Kelby? Quiero decir...

—Alguien averiguó dónde estaba, señor Cohen, porque alguien le metió una bala en la cabeza. Nos inclinamos a pensar que fue el mismo individuo que mató a seis personas aquí en la ciudad.

—¡No veo a Peter Kelby desde que estábamos juntos en la escuela! —aseguró Cohen—. No tenía idea de que estuviera en Minneapolis.

—Ah, pero señor Cohen alguien descubrió que él vivía allí. De hecho, señor Cohen, no pudo haber sido muy difícil porque incluso una agradable señora de nombre Agnes Moriarty, de la Universidad de Ramsey, pudo descubrir dónde estaba Kelby, y ella ni siquiera tenía interés en asesinarlo.

—¡Tampoco yo! —gritó Cohen.

—Pero aquella fiesta aún lo irrita, ¿eh, Cohen?

—¿Por qué lo irrita?

—¿Hubo demasiado sexo?

—¿A usted le da placer disparar un rifle?

—¿Qué se siente cuando se mata a un hombre?

—¿Con cuál de las chicas estuvo usted, Cohen?

—¿Qué más hizo usted esa noche?

—¡CÁLENSE! ¡CÁLENSE! ¡CÁLENSE! —gritó Cohen.

La sala de detectives quedó en silencio. Carella dijo:

—¿Cómo se llama su analista, Cohen?

—¿Por qué?

—Queremos hacerle algunas preguntas.

—Váyanse al infierno —dijo Cohen.

—Tal vez no comprenda cuán comprometida es su situación, Cohen.

—Lo comprendo, sí. Pero todo lo que se habla entre mi analista y yo es asunto mío, no de ustedes. No tuve nada que ver con estos malditos asesinatos. Pueden ir abriendo las cajas que deseen, pero algunas de mis cajas van a quedar cerradas, ¿me entienden? Porque nada tienen que ver con ustedes o con su caso, sólo tienen que ver conmigo. ¿Me oyen? Conmigo. David Arthur Cohen, un desgraciado guionista de chistes que no sabe reír, ¿vale? No sé reír, es por eso que voy a un analista, ¿entendido? Y tal vez no supiera reír tampoco en 1940, cuando tenía dieciocho años y estaba en una fiesta pesada que debió dejarme sin sentido, pero eso no significa que ande por ahí matando gente. Maté a bastante gente. Maté a cuarenta y siete personas en mi vida, todos japoneses, y lloro cada noche por cada uno de esos malditos.

Los detectives se quedaron mirándolo fijamente un rato y luego Meyer hizo una señal con la cabeza a los demás y se reunieron en un rincón de la sala, muy juntos entre sí.

—¿Qué pensáis? —preguntó Meyer.

—Creo que es nuestro hombre —dijo Carella.

—Sí, también a mí me lo parece.

—No estoy seguro —opinó Kling.

—¿Lo detenemos?

—No tenemos ningún fundamento —dijo Carella.

—No tenemos que detenerlo por homicidio. Sigamos interrogándolo, sólo para retenerlo un poco. Creo que va a ceder si seguimos.

—¿Con qué fundamento podemos detenerlo? ¿Vagancia? Trabaja y gana mucho.

—Mala conducta.

—¿Qué ha hecho?

—Ha usado un lenguaje abusivo hace un rato.

—¿Qué quieres decir?

—Te dijo que te fueras al infierno.

—No, eso es poca cosa —dijo Carella.

—¿Es que vamos a dejarlo ir?

—¿Cuánto tiempo podemos retenerlo sin arrestarlo?

—Si la cosa llega a juicio, deberá decidir la corte cuál fue el tiempo adecuado y razonable. Pero, caramba, si esto queda en nada, él nos hará juicio por falso arresto antes de que podamos mover un dedo.

Kling preguntó:

—Si no lo detenemos, no lo estamos arrestando, ¿verdad?

—Sí que lo hacemos. Si le impedimos marcharse, eso equivale a un arresto. Tendría un caso seguro contra la ciudad y contra el oficial que hizo el arresto.

—Entonces, ¿qué demonios hacemos?

—Creo que deberíamos llamar a la oficina del fiscal de distrito —dijo Carella.

—¿Te parece?

—Sin duda. Llamar a la oficina de homicidios, decirles que tenemos al que parece ser el asesino real, y que queremos una persona de la oficina del fiscal de distrito en el interrogatorio. Que tomen ellos la decisión.

—Creo que eso es lo mejor —opinó Meyer—. ¿Bert?

—Trabajemos con él otros diez minutos, veamos qué podemos conseguir solos.

—No me parece correcto.

—Está bien, haz lo que quieras.

—Steve, ¿tú quieres llamar a la oficina?

—Sí, claro. ¿Qué hacemos con él entretanto?

—Lo llevaré abajo.

—¡Pero no a las celdas, Meyer!

—No, no, falsearé la cosa para demorarlo. No creo que sepa nada de detenciones, de todos modos.

—Está bien —dijo Carella.

Meyer atravesó el salón.

—Venga, Cohen.

—¿Adónde me lleva?

—Abajo. Quiero que vea unas fotos.

—¿Qué clase de fotos?

—De la gente asesinada por el francotirador.

—¿Por qué?

—Creo que debería verlas. Queremos estar seguros de que era la misma gente que actuaba en la obra.

—Está bien —dijo Cohen. Pareció inmensamente aliviado—. ¿Entonces puedo irme?

—Será mejor que vea las fotos antes.

Salió del salón con Meyer y Kling, pasando junto a otro hombre en el corredor. El hombre tenía tal vez cuarenta y cinco años, era pequeño y gordo con ojos castaños y traje marrón arrugado. Avanzó hasta la barandilla y se quedó ahí, sosteniendo el sombrero entre las manos, esperando que lo vieran.

Carella, que ya había marcado el número de la oficina y estaba en el escritorio más próximo a la barandilla, miró al hombre y luego centró su atención en la conversación telefónica.

—No, no lo hemos detenido —dijo Carella—. Aún no tenemos nada que lo fundamente. —Hizo una pausa, escuchando—. No, no dijo nada, lo niega todo. Pero creo que hablará si lo presionamos. Bien. ¿Puede enviar un hombre en seguida? Bien, ¿cuánto tiempo podemos retenerlo legalmente? Eso es lo que me interesa. Creo que la decisión debería tomarla alguien de la oficina del fiscal de distrito. Bien, ¿cuánto es lo más pronto? Eso es demasiado tarde. ¿No puede enviar a alguien esta mañana? Bueno, bien, esperamos.

Colgó y se volvió al hombre.

—Sí, señor, ¿en qué puedo servirle?

—Me llamo Lewis Redfield —dijo el hombre.

—¿Sí, señor Redfield?

—Lamento tener que molestarlo de esta manera...

—¿Sí?

—... pero creo que mi esposa puede estar en peligro.

—Pase, señor Redfield —dijo Carella.

Redfield asintió con la cabeza, dio un paso inseguro hacia la barandilla, buscó una abertura y luego se quedó inmóvil, perplejo. Carella fue hasta la barandilla y abrió la pequeña puerta.

—Gracias —dijo Redfield y luego esperó que Carella lo condujera al escritorio.

Cuando estuvieron sentados, Carella preguntó:

—¿Qué le hace pensar que su esposa está en peligro, señor Redfield? ¿Ha recibido alguna amenaza...?

—No, pero yo... le parecerá una tontería.

—¿De qué se trata, señor Redfield?

—Creo que ese individuo puede ir detrás de ella.

—¿Qué individuo?

—El francotirador.

Carella se humedeció los labios y fijó la mirada en el hombrecito gordo que estaba frente a él.

—¿Qué le hace pensar eso, señor Redfield?

—He estado leyendo los periódicos —dijo Redfield—. La gente que ha sido asesinada... todos estaban en la obra con Margaret hace muchos años.

—¿Margaret Buff? ¿Es ése el nombre de soltera de su esposa?

—Sí, señor.

—¡Bueno! —Carella sonrió y tendió la mano—. Sin duda es un placer conocerlo, señor Redfield. Hemos estado tratando de localizar a su esposa.

—Debí venir antes, pero no estaba seguro.

—¿Dónde está su esposa, señor? Nos gustaría mucho conversar con ella.

—¿Por qué?

—Porque tenemos al que parece ser un buen sospechoso, y mi información...

—¿Han encontrado al asesino?

—No estamos seguros, señor Redfield, pero creo que sí.

Redfield lanzó un profundo suspiro.

—No sabe cómo me alivia saberlo. No se imagina la tensión que he estado sufriendo. Estaba seguro de que en cualquier momento a Margaret...

—Sacudió la cabeza—. ¡Qué alivio!

—¿Podríamos hablar con ella, señor?

—Sí, claro. —Redfield hizo una pausa—. ¿A quién han arrestado? ¿Quién es el individuo?

—Se llama David Arthur Cohen —dijo Carella—. Pero aún no ha sido arrestado.

—¿También estuvo en la obra?

—Sí.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué ha estado matando a todas esas personas?

—Aún no estamos seguros. Creemos que tuvo algo que ver con una fiesta a la que asistió.

—¿Una fiesta? —preguntó Redfield.

—Bueno, es muy complicado, señor. Es por eso que quisiera hablar con su esposa.

—Por supuesto —dijo Redfield—. El número es Grover 6-2100. Creo que puede ponerse en contacto ahora mismo.

—¿Es ése su número de teléfono, señor?

—Sí.

—¿Podrá ella venir aquí ahora mismo?

—Creo que sí.

—¿No tienen hijos, señor?

—¿Qué?

—Hijos. ¿Tendrá algo que hacer? En ese caso, yo puedo ir...

—No, no tenemos hijos —agregó rápidamente Redfield—: Hace poco que estamos casados.

—Ah —dijo Carella. Tomó el teléfono y empezó a marcar.

—Dos años, exactamente. Soy el segundo esposo de Margaret.

—Ahá.

—Sí, ella se divorció de su primer esposo en 1956.

Carella acercó el auricular al oído y escuchó los timbrazos en el otro extremo.

—Ojalá venga su esposa porque tenemos que arrestar a Cohen por homicidio o soltarlo. Pronto vendrá un hombre de la oficina del fiscal de

distrito y será de gran ayuda cuantos datos concretos podamos proporcionarle. Su esposa podría...

—¿Hola? —dijo una voz de mujer.

—Hola, ¿señora Redfield?

—¿Sí?

—Le habla el detective Carella de la 87. Su esposo está aquí conmigo, señora Redfield. Hemos estado tratando de localizarla por estos asesinatos del francotirador.

—Ah, ah, sí —dijo ella. Su voz resultaba curiosamente desprovista de tono.

—No sé si usted puede venir a la comisaría. Hay un sospechoso y tenemos mucho interés en hablar con usted.

—Está bien.

—¿Puede venir ahora mismo?

—De acuerdo.

—Bueno, señora Redfield. Cuando llegue, díglele al sargento de la mesa de entrada que quiere verme, soy el detective Carella, y él la hará pasar.

—Está bien. ¿Cuál es la dirección?

—Avenida Grover, frente a la entrada del parque.

—Está bien. ¿Está Lewis ahí?

—Sí. ¿Quiere hablar con él?

—No, no hace falta.

—La veremos pronto entonces.

—Está bien —dijo Margaret Redfield y cortó.

—Ya viene —informó Carella.

—Bien —dijo Redfield.

Carella sonrió y colgó el teléfono. Sonó casi inmediatamente. Volvió a tomar el auricular y dijo:

—87. Carella.

—Carella, soy Freddie Holt, de la Brigada 88, al otro lado del parque.

—Hola, Freddie —dijo Carella con alegría. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Sigues trabajando en el caso del francotirador?

—Sí.

—Bueno. Tenemos a tu hombre.

—¿Qué? —exclamó Carella.

—Tu hombre, el tipo que lo ha estado haciendo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo hemos pescado hace unos diez minutos. Shields y Durante hicieron el arresto. Lo detuvieron en un techo en Rexworth. Les disparó a dos mujeres en la calle antes de que pudiéramos sujetarlo. —Hizo una pausa.

—¿Carella? ¿Me oyes?

—Sí —dijo Carella con tono de fatiga.

OceanofPDF.com

El hombre en la celda de la Brigada 88 era un loco delirante. Llevaba pantalones de paño y una sucia camisa blanca, tenía el pelo largo y apelmazado y los ojos destelleaban furiosos. Trepaba por los lados de la pequeña celda de alambre como un mono, atisbando a los detectives, gritando y escupiendo, poniendo los ojos en blanco.

Cuando Carella entró en el salón, el hombre de la celda gritó:

—¡Aquí viene otro! ¡Dispararle al pecador!

—¿Es ése el hombre? —le preguntó Carella a Holt.

—Exacto, sí. ¡Eh, Danny! —gritó Holt y uno de los detectives sentado a un escritorio se puso de pie y fue hasta donde se hallaban Carella y Holt.

—Steve Carella, Danny Shields.

—Hola —saludó Shields—. Creo que nos hemos visto una vez, ¿verdad? ¿No fue en aquel incendio en 14?

—Creo que sí —respondió Carella.

—No te acerques demasiado a la celda —advirtió Shields—. Escupe.

—¿Quieres informarme, Danny? —pidió Carella.

Shields se encogió de hombros.

—No hay mucho que decir. El agente de la patrulla llamó hace alrededor de media hora... fue hace media hora, ¿eh, Freddie?

—Sí, aproximadamente —dijo Holt.

—Nos dijo que había un loco sobre un tejado disparando hacia la calle. Así que Durante y yo, que tomamos el recado, fuimos y él estaba disparando todavía cuando llegamos. Subí por el pasillo y Durante fue por el edificio de al lado, para subir al techo, ya sabes, para cogerlo por sorpresa. Cuando llegamos allí, había herido a dos mujeres en la calle. Una era una anciana, la otra una mujer embarazada. Ahora están las dos en el hospital. —Shields sacudió la cabeza—. Acabo de hablar por teléfono con

el médico. Cree que la embarazada va a morir, la anciana tiene probabilidades, dice. Siempre es así, ¿eh?

—¿Qué pasó en el tejado, Danny?

—Bueno, Durante abrió fuego desde el edificio de al lado y yo me acerqué y lo agarré por detrás. No fue fácil, créeme. Míralo. Se cree Tarzán.

—¡Disparen a los pecadores! —gritó el hombre de la celda—. ¡Disparen a todos los sucios pecadores!

—¿Tenéis su arma?

—Sí. Está ahí sobre el escritorio, con una etiqueta y lista para el envío. Carella miró hacia el escritorio.

—Eso parece una 22 —dijo.

—Eso es.

—No se puede disparar una 308 con eso —observó Carella.

—¿Quién ha dicho que se pueda?

—Bueno, ¿qué os hace pensar que éste es mi tipo?

—Pensamos que podía ser una probabilidad. Nos han estado presionando mucho con esto, Carella. El teniente recibió una llamada ayer mismo desde la central preguntándole si realmente os estábamos ayudando o si perdíamos el tiempo.

—No creo que el tipo esté conectado con este asunto —dijo Carella.

—Bien, ¿qué quieres que hagamos?

—¿Habéis revisado ya su piso?

—¿Qué piso? Probablemente duerma en el parque.

—¿Dónde habría podido conseguir un rifle?

—Ahora estamos controlando nuestra lista de armas robadas. Anteanoche asaltaron un par de casas de empeño. Tal vez lo haya hecho él.

—¿Lo habéis interrogado ya?

—¿Interrogado? Le falta un tornillo, todo lo que hace es gritar sobre pecadores y escupir a todo el que se le acerca. Míralo, al maldito loco. —Shields lo miró y se echó a reír—. Dios mío, parece un mono, míralo.

—Bueno, si averiguáis dónde vive, haced un registro, ¿eh? Buscamos cualquier arma que pueda haber disparado una Remington 308.

—Son muchas las armas que podrían dispararla, amigo —dijo Shields.

—Sí, pero no una 22.

—Sí, claro.

—Será mejor que llaméis a Buenavista y le digáis que prepare una cama en la sala de psicóticos.

—Ya lo he hecho —dijo Shields—. ¿No es tu tipo, eh?

—No creo.

—Lástima. Te diré la verdad, Carella, teníamos ganas de librarnos de él.

—¿Por qué? Un chico tan dulce como éste.

—Bueno, tenemos un problema.

—¿Cuál?

—¿Quién lo saca de la celda? —preguntó Shields.

Cuando Carella volvió a la sala de detectives, Margaret Buff Redfield estaba aguardándole.

Tenía treinta y nueve años y parecía cansada. El pelo era castaño, los ojos pardos y llevaba un lápiz de labios demasiado rojo para su piel, y un vestido que la cubría con holgura.

Estrechó fatigosamente la mano de Carella cuando su esposo los presentó y luego lo miró expectante, como si esperara que él la abofeteara. De pronto, Carella tuvo la idea de que esa mujer había sido golpeada antes, y a menudo. Miró al apacible Redfield y luego volvió su atención a Margaret.

—Señora Redfield —le dijo—, nos gustaría hacerle unas preguntas.

—Está bien —dijo Margaret.

Intuitivamente, Carella se volvió a Redfield y le dijo:

—Señor, si no le molesta, me gustaría hablar en privado con su esposa.

—¿Por qué? —preguntó Redfield—. Estamos casados. No tenemos secretos.

—Lo sé, señor, y lo respeto, créame. Pero hemos descubierto que la gente a menudo se pone muy nerviosa en presencia de su cónyuge y por eso tratamos de hacer la entrevista en privado, si es posible.

—Comprendo —dijo Redfield.

—Sí, señor.

—Bueno...

—Si no le parece mal, señor, llamaré a Miscolo para que lo acompañe a un cuarto al final del pasillo. Hay algunas revistas ahí y puede fumar si...

—No fumo —dijo Redfield.

—O tal vez Miscolo pueda llevarle una taza de café.

—Gracias, no quiero...

—¡Miscolo! —llamó Carella y éste apareció a la carrera—. ¿Quieres acompañar al señor Redfield a la sala de espera, por favor, y acomodarlo?

—Por aquí, señor —dijo Miscolo.

Con renuencia, Redfield se levantó de su silla y siguió a Miscolo, alejándose de la sala. Carella esperó hasta que estuvo seguro de que Redfield no podía oír. Luego se volvió a Margaret Redfield y rápidamente le dijo:

—Cuénteme lo que pasó en la fiesta en 1940.

—¿Qué? —preguntó ella, sorprendida.

—La fiesta en casa de Randy Norden.

—¿Cómo... cómo sabe eso? —preguntó ella.

—Lo sabemos.

—¿Lo sabe mi esposo? —preguntó ella rápidamente.

—No se lo hemos preguntado, señora Redfield.

—No se lo dirá, ¿verdad?

—Claro que no. Sólo deseamos saber sobre David Arthur Cohen, señora Redfield. ¿Puede decirme cómo se comportó él esa noche?

—No sé —dijo ella. Se sentó mejor en la silla y la voz partió de su garganta como si fuese un gemido, como si Carella estuviera esgrimiendo un palo y la amenazara. Los ojos se le habían agrandado y visiblemente se arrellanó en la silla, la espalda alta sobre el respaldo y los hombros lo más alejados posibles de Carella.

—¿Qué hizo él, señora Redfield?

—No sé —contestó ella y nuevamente las palabras fueron un gemido, mientras los ojos pestañeaban con incertidumbre.

—Señora Redfield, no le estoy preguntando qué hizo usted esa noche. Sólo quiero saber...

—¡No hice nada! —exclamó y se asió de los lados de la silla con las dos manos, como sabiendo que él la golpearía ahora y se preparara para el

impacto.

—Nadie dijo que usted hiciera nada, señora Redfield. Sólo deseo saber si sucedió algo que pudo haber hecho que Cohen...

—No sucedió nada —dijo ella—. Quiero irme a casa ahora. Quiero que venga mi marido.

—Señora Redfield, pensamos que tenemos a un asesino abajo. El afirma que no tiene nada que ver con los asesinatos, pero si podemos hallar algo, cualquier cosa, que lo haga hablar...

—No sé nada. Quiero irme a mi casa.

—Señora Redfield, no quiero tener que...

—No sé nada.

—... molestarla, ni hacerle esto difícil. Pero a menos que podamos hallar algo concreto para...

—Le he dicho que no sé nada. Quiero irme a mi casa. No sé nada.

—Señora Redfield —dijo Carella en tono firme—, sabemos todo lo que sucedió aquella noche en casa de Randy Norden. Todo. Nos lo ha contado Helen Struthers, y también Cohen.

—Yo no hice nada. Ellos lo hicieron.

—¿Quiénes?

—Los... los otros.

—¿Qué otros?

—Helen y Blanche. Yo no. Yo no.

—¿Qué hicieron?

—No podían lograr que yo lo hiciera —dijo Margaret—. Yo no quería y no me podían obligar. Yo sabía qué era lo que estaba bien. Sólo tenía diecisiete años, pero sabía qué era lo que estaba bien y lo que estaba mal. Fueron los otros, ya ve.

—Usted no tomó parte en nada de lo que sucedió, ¿es eso?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no se fue, señora Redfield?

—Porque ellos... todos me retuvieron. Hasta las chicas. Me retuvieron mientras... escuche, yo ni siquiera quería actuar en la obra. Yo era Mag, la camarera del bar, el personaje era una camarera, no una muchacha como las otras, al principio mi madre no quería que actuara en la obra por la clase de

muchachos que se suponía que eran, sólo intervine porque Randy me convenció. Pero no supe qué clase de muchacho era Randy hasta la noche de la fiesta, cuando él estuvo con Helen. Eso fue lo que inició todo, el hecho de que él estuviera con Helen, y todos bebiendo tanto...

—¿Estaba usted borracha, señora Redfield?

—No, sí, no sé. Debía de estar borracha. Si hubiese estado sobria, no habría permitido que ellos... —Margaret se calló.

—¿Sí?

—Nada.

—Señora Redfield, ¿desea contárselo a una mujer policía?

—No tengo nada que contar.

—Llamaré a una mujer policía.

—No tengo nada que decirle. Lo que sucedió no fue culpa mía. Yo nunca... ¿cree que yo deseaba lo que sucedió?

—¡Miscolo, búscame a una mujer policía, urgente! —gritó Carella.

—Los otros lo hicieron, yo no. Estaba borracha, porque si no no hubieran podido sujetarme. Yo sólo tenía diecisiete años. Yo no sabía de esas cosas porque venía de una buena familia. Si no hubiese estado borracha... No les hubiese permitido que me arruinaran la vida. Si hubiese sabido qué clase de muchacho era Randy, la clase de perversión que había en él, en su cuerpo, en los otros, en especial Helen, si yo hubiera sabido lo que era ella, no me hubiera quedado en la fiesta, no hubiese bebido una sola copa, ni siquiera hubiera intervenido en la obra, de saber qué clase de chicos eran, y chicas, si hubiese sabido qué podían hacerme, si sólo lo hubiese sabido. Pero tenía diecisiete años, ni siquiera pensaba en esas cosas, y cuando dijeron que harían una fiesta después de la función, pensé que sería divertida, después de todo el profesor Richardson estaría presente, pero ellos bebían incluso con él en la sala, y luego cuando se marchó, debió ser hacia medianoche, empezaron a beber en serio, yo no había probado nunca nada más fuerte que la cerveza, y ellos servían bebidas y antes de darme cuenta, sólo quedábamos nosotros seis...

Alf Miscolo vio a la mujer policía que pasaba por el corredor en dirección a la sala de detectives y pensó que pronto podría dejar de pretender que estaba entreteniendo a Lewis Redfield. Redfield muy pronto

se había aburrido incluso del *Saturday Evening Post* y ahora se movía inquieto en su sillón, en la poco amueblada «sala de recepción», que en realidad no era más que un cubículo que continuaba la oficina de Miscolo. Miscolo deseaba que tanto Redfield como su esposa se marcharan a casa para poder volver a mecanografiar y archivar, pero la mujer policía desapareció por el corredor y Redfield se quedó sentado en el sillón, inquieto como si su esposa estuviera en manos de desalmados torturadores.

Miscolo era un hombre casado, por lo que dijo:

—No se preocupe por ella, señor Redfield. Sólo están formulándole unas pocas preguntas.

—Es una mujer nerviosa —replicó Redfield—. Temo que la hagan sentirse mal. —No miró a Miscolo mientras hablaba. Sus ojos y su total atención estaban clavados en el vano de la puerta que daba al pasillo. No alcanzaba a ver la sala de detectives desde donde se encontraba, ni podía oír lo que se decía, pero sus ojos estaban fijos en el pasillo y parecía esforzarse por alcanzar algún sonido.

—¿Cuánto tiempo hace que está casado, señor? —preguntó Miscolo, tratando de iniciar una conversación.

—Dos años —contestó Redfield.

—Son prácticamente recién casados, ¿eh? —dijo Miscolo, sonriendo—. Es por eso que usted se preocupa tanto de ella. Yo hace...

—No creo que pertenezcamos a la categoría de «recién casados» —observó Redfield—. No somos exactamente adolescentes.

—No, no quise decir...

—Además, éste es el segundo matrimonio de mi esposa.

—Ah —dijo Miscolo, al que no se le ocurrió nada más que decir.

—Sí —afirmó Redfield.

—Bueno, mucha gente se casa tarde —alcanzó a decir Miscolo—. Muchísimas veces, éstos resultan ser los mejores matrimonios. Las dos partes están dispuestas a aceptar la responsabilidad familiar, a asentarse...

—Nosotros no tenemos una familia —dijo Redfield.

—¿Cómo ha dicho?

—No tenemos hijos.

—Bueno, tarde o temprano —comentó Miscolo, sonriendo—. A menos, claro, que no quieran tenerlos.

—A mí me gustaría formar una familia —observó Redfield.

—No hay nada como una familia —dijo Miscolo, entusiasmándose con el tema—. Yo tengo dos hijos, una mujer y un varón. Mi hija está estudiando para ser secretaria en una de las escuelas secundarias comerciales de la ciudad. Mi hijo está en el M.I.T. En Boston, ya sabe. ¿Ha estado alguna vez en Boston?

—No.

—Yo fui cuando estaba en la marina, de eso hace mucho, aún antes de la Segunda Guerra Mundial. ¿Estuvo usted en el servicio?

—Sí.

—¿Qué arma?

—El ejército.

—¿No tienen una base cerca de Boston, en alguna parte? —No sé.

—Me pareció ver un montón de soldados cuando estuve allí. —Miscolo se encogió de hombros—. ¿Dónde estuvo destinado?

—¿Cuánto tiempo más irán a retener a mi mujer? —preguntó Redfield de pronto.

—Oh, un par de minutos, eso es todo. ¿Dónde estuvo destinado, señor Redfield?

—En Texas.

—¿Haciendo qué?

—Lo habitual. Estaba en la compañía de infantería.

—¿Cruzó el océano?

—Sí.

—¿Hacia dónde?

—Estuve en la invasión de Normandía.

—¡No me diga!

Redfield asintió con la cabeza.

—El día D más uno.

—Eso debió ser una fiesta, ¿eh?

—Sobreviví —acotó Redfield.

—Gracias a Dios, ¿eh? Muchos tipos no pudieron.

—Lo sé.

—Le diré la verdad, lamento no haber participado. Yo quería. Cuando estaba en la marina, nadie soñaba siquiera que pudiera haber una guerra. Y luego, cuando vino, ya era demasiado viejo. Me hubiese sentido orgulloso de luchar por mi país.

—¿Por qué? —preguntó Redfield.

—¿Por qué? —Durante un momento, Miscolo se quedó atónito. Luego dijo—: Bueno... por... por el futuro.

—¿Para hacer un mundo seguro para la democracia? —preguntó Redfield.

—Sí. Eso, y...

—¿Y para preservar la democracia para las generaciones futuras? —Había una nota curiosamente sardónica en la voz de Redfield. Miscolo le clavó la mirada.

—Me parece importante que mis hijos vivan en libertad —dijo Miscolo al fin.

—También a mí me lo parece —concordó Redfield—. Sus hijos y mis hijos.

—Exacto. Cuando los tenga.

—Sí, cuando los tenga.

El cuarto quedó en silencio.

Redfield encendió un cigarrillo y sacudió el fósforo para apagarlo.

—¿Qué es lo que los demora tanto? —preguntó.

La mujer policía que habló en privado con Margaret Redfield tenía veinticuatro años. Se llamaba Alice Bannion, estaba sentada al otro lado del escritorio, frente a la señora Redfield, en la desierta sala de detectives y mientras escuchaba cuanto la mujer decía, los ojos se le abrían como platos y le latía el corazón. Margaret sólo tardó quince minutos en dar los detalles de la fiesta de 1940 y durante ese lapso Alice Bannion alternativamente se sonrojó, se puso pálida, se conmovió, se sintió curiosamente excitada, repugnada, interesada y comprensiva. A la una en punto, Margaret y Lewis Redfield salieron de la sala de detectives y la detective de 3^{er} grado Alice

Bannion se sentó a mecanografiar su informe. Trató de hacerlo fríamente, con un mínimo de implicación. Pero cada vez le costó más redactarlo, a medida que se internaba en su informe y en el pasado. Cuando quitó la hoja de la máquina, estaba transpirando. Deseó no haberse puesto faja ese día. Llevó las páginas mecanografiadas a la oficina del teniente, donde aguardaba Carella. Se quedó de pie junto al escritorio mientras Carella leía lo que había escrito.

—¿Es eso, eh? —preguntó él.

—Eso es —replicó ella—. Un favor, la próxima vez, ¿quiere?

—¿Qué?

—Haga usted su interrogatorio —dijo Alice Bannion, marchándose de la oficina.

—Déjame verlo —pidió el teniente Byrnes, y Carella le tendió el informe, que ponía:

Sección detectives Informe complementario	Brigada	Distrito	Nº de informe	Sección detectives nº informe	Pág. nº
	87	87	87-934	RL-4105	1

La señora Redfield, muy perturbada, no tenía ningún deseo de discutir el asunto. Afirmó que en toda su vida sólo le había comentado esto a otra persona, a su médico de cabecera, y eso debido a la urgencia del asunto, y la necesidad de hacer algo. Ha conservado al médico a través de los años, el doctor Andrew Fidio, de Avenida Ainsley 106, Isola.

La señora Redfield afirma que la obligaron a beber contra su voluntad la noche de la fiesta en casa de Randolph Norden, por abril de 1940. Afirmar que fue embriagada cuando se marcharon otros estudiantes a la una o a las dos de la madrugada. Se daba cuenta de que la fiesta se estaba desmadrando pero estaba demasiado mareada para irse. Se negó a tomar parte de lo que sabía que estaba sucediendo en otras habitaciones, quedándose en la sala de estar cerca del piano. Otras dos chicas, Blanche Lettiger y Helen Struthers, llevaron por la fuerza a la señora Redfield al dormitorio, la sostuvieron con la ayuda de los muchachos mientras Randy Norden «abusaba» de ella. Trató de salir de la habitación, pero le ataron las manos y uno por uno la agredió hasta que quedó inconsciente. Dice que todos los muchachos participaron en la agresión, y recuerda que las chicas se reían. Parece recordar algo de un fuego, una cortina que se quemaba, pero el recuerdo es borroso. Alguien la llevó a su casa alrededor de las cinco de la mañana, no recuerda quién. No informó del asunto a su madre (el padre había muerto) por temor.

Alrededor de octubre de 1940, fue a ver al doctor Fidio por lo que parecía una irritación común de cerviz. El análisis de sangre demostró que tenía una infección venérea y que la gonorrea había pasado a una etapa crónica, con lastimaduras internas de órganos femeninos. Le contó al doctor Fidio lo de la fiesta en abril, él sugirió que hiciera un juicio. Ella se negó, porque no quería que la madre supiera nada. Por la gravedad de los síntomas, el doctor Fidio indicó una histerectomía. Fue internada en el hospital en noviembre, cuando el médico realizó la operación. A la madre se le dijo que se practicaba una apendectomía.

La señora Redfield piensa hasta el día de hoy que Randy Norden fue quien la «enfermó», pero no lo sabe con exactitud porque cada chico la atacó por turno. Ella da a entender que hubo relaciones antinaturales con las chicas también, pero no se anima a contarlo. Dijo que le alegraba que los muchachos hubieran muerto. Cuando se le dijo que luego Blanche Lettiger se había convertido en prostituta, dijo:

«No me sorprende». Terminó la entrevista diciendo: «Ojalá que también Helen estuviera muerta. Ella fue la que lo empezó todo».

FECHA DEL INFORME		9 de Mayo		
Detec/3º Bannion		A.R.	7045	Brigada 87
RANGO	APELLIDO	INICIALES	Nº PLACA	POR ORDEN DEL
FIRMA DEL OFICIAL QUE DIO LA ORDEN				

Trabajaron con David Arthur Cohen durante cuatro horas, sometiéndolo a una especie de terapia acelerada con la que su analista nunca hubiese soñado. Le hicieron contar una y otra vez los detalles de esa fiesta, le leyeron partes del informe sobre Margaret Redfield, los relejeron, le pidieron que contara lo que había sucedido con sus propias palabras, que explicara eso de las cortinas en llamas, le preguntaron qué habían hecho las chicas, volvieron una y otra vez sobre cada punto hasta que, llorando, él no pudo soportarlo más y simplemente reiteró varias veces:

—No soy un asesino, no soy un asesino.

El asistente del fiscal de distrito que había sido enviado desde el centro, de la ciudad tuvo una breve conferencia con los detectives cuando concluyeron con Cohen.

—No creo que podamos retenerlo —dijo el asistente del fiscal—. No tenemos nada que lo fundamente.

Carella y Meyer asintieron con la cabeza.

—Lo haremos seguir —dijo Carella—. Gracias por venir hasta aquí.

Liberaron a David Arthur Cohen a las cuatro de la tarde. El detective asignado a su vigilancia fue Bert Kling. Pero no llegó a iniciar su trabajo, porque Cohen fue herido de muerte mientras descendía los escalones de la comisaría en medio del sol de la tarde.

OceanofPDF.com

No había ningún edificio cruzando la calle desde la comisaría, sólo un parque. Y no había ningún árbol detrás de la baja pared de cemento que bordeaba la acera. Hallaron un casquillo usado detrás de la pared y supusieron que el asesino había disparado desde ahí, a una distancia mucho menor que de costumbre, volando la mitad de la cabeza de Cohen. Kling había salido inmediatamente del vestíbulo, descendió a la carrera los peldaños del frente y atravesó la calle hacia el parque, persiguiendo sin objetivo a lo largo de senderos y entre los arbustos, pero el asesino había desaparecido. Sólo quedaba el sonido del tiovivo que giraba a lo lejos.

Los agentes del distrito empezaban a pensar que todo resultaba muy curioso. Un tipo asesinado en los peldaños de la comisaría era una broma bastante macabra, pero de todos modos les divertía. Todos eran conscientes de que los detectives de arriba habían llamado al fiscal de distrito esa tarde, y también sabían que a Cohen lo habían retenido por un tiempo excesivo, por lo que ahora bromeaban en cuanto al hecho de que él ya no podría acusarlos de falso arresto porque alguien se había ocupado de asesinarlo convenientemente. Uno de los agentes dijo en tono de broma que todo lo que debían hacer los detectives era aguardar hasta que todos los que habían actuado en la obra estuvieran muertos, y entonces los asesinatos acabarían de forma automática, y todos podrían irse a dormir a casa. Otro de los hombres tenía una idea mejor. Imaginaba que se trataba simplemente de un proceso de eliminación. En cuanto el asesino hubiese matado a todos menos a uno, entonces la persona restante era obviamente la asesina de todos los otros.

A Carella el asunto no le parecía tan divertido. Sabía que ni Thomas Di Pasquale ni Helen Vale habían puesto esa bala en la cabeza de Cohen porque ambos estaban siendo escoltados por agentes que nunca les quitaban el ojo de encima. Por otra parte, Lewis y Margaret Redfield habían salido

de la sala de detectives a la una en punto, unas tres horas antes de que Cohen descendiera esos peldaños y recibiera una bala Remington 308. El detective Meyer Meyer fue enviado de inmediato al piso de los Redfield en la esquina de Grover y 41 en Isola, donde le dijeron que Margaret Redfield se había ido directamente al salón de belleza después de abandonar la comisaría al parecer por sentir la necesidad de un tratamiento después de su experiencia catártica. Lewis Redfield le dijo a Meyer que se había ido a su oficina de la calle Curwin después de salir de la comisaría, donde estuvo hasta las 5 de la tarde, hora en que se había ido a su casa. Recordaba haberle dictado algunas cartas a su secretaria y haber asistido a una reunión a las 3 de la tarde. Una llamada a la oficina verificó el hecho de que Redfield había ido al trabajo alrededor de la una y media, sin retirarse hasta las cinco. No supieron decir dónde estaba concretamente a las 4 de la tarde, cuando asesinaron a Cohen, pero parecía haber pocas dudas de que estuviera en alguna parte de la oficina. No obstante, como existía ese angosto margen de duda, Meyer telefoneó a Carella para decirle que iba a vigilar a los Redfield por un rato. Carella coincidió en que el seguimiento era una buena idea y luego se fue a su casa a comer. Ni a él ni a Meyer les pareció que el caso fuera muy divertido. En realidad, les ponía enfermos.

Y luego, extrañamente, considerando el tono retozón con que los policías se estaban tomando todas esas muertes espantosas, fue un agente el que proporcionó la siguiente posibilidad de acción en el caso, y luego sólo indirectamente mediante una llamada del capitán Frick a las once de esa noche, mientras Carella estaba en su casa tratando de leer un periódico.

Cuando oyó que sonaba el teléfono, lo miró con gesto torvo, se levantó de su sillón y fue hacia el vestíbulo. Levantó el auricular y dijo:

—¿Sí?

—Steve, soy el capitán Frick. ¿No te despierto, no?

—No, no. ¿Qué ocurre?

—Lamento molestarte por esto, pero aún estoy en la oficina y trato de entender estas hojas de horario.

—¿Qué horarios, Marshall?

—Los de mis agentes.

—Ah, sí. Bueno, ¿qué ocurre?

—Bien, tengo a Antonino anotado como cuidando a esa Helen Vale de las ocho de esta mañana hasta las cuatro de la tarde, cuando fue relevado por Boardman, que se quedará hasta medianoche. ¿Está bien?

—Supongo que sí —dijo Carella.

—Muy bien. Y Samalman se suponía que debía estar con este tipo Di Pasquale de las ocho de esta mañana hasta las cuatro de la tarde, pero veo en el horario que se fue a las tres. Y que Canavan, que se suponía que debía relevarlo a las cuatro, llamó a las nueve de la noche para decir que acababa de hacer el relevo. No lo entiendo, Steve. ¿Les diste tú permiso para hacerlo?

—¿Qué quieres decir, Marshall? ¿Quieres decir que nadie estuvo con Di Pasquale de las tres de la tarde a las nueve de la noche?

—Eso parece. A juzgar por estos horarios.

—Ya veo —dijo Carella.

—¿Les diste tú permiso?

—No —replicó Garella—. No les di permiso.

Había un agente en la puerta de Thomas Di Pasquale y una mujer en su piso cuando llegó Carella esa noche. El agente se hizo a un lado para permitir que su superior tocara el timbre. Carella lo pulsó rápidamente y luego esperó a que Di Pasquale respondiera. La rapidez de Di Pasquale no igualó a la de Carella, ya que estaba en el dormitorio, en el otro extremo del piso y tuvo que ponerse zapatillas y una bata y luego cruzar seis habitaciones hasta la puerta de entrada. Cuando la abrió, vio un rostro que nunca había visto antes.

—Bueno, ¿dónde está el chiste? —preguntó.

—¿Señor Di Pasquale?

—¿Sí?

—Soy el detective Carella.

—Muy bien. ¿Sabe que son las once y media?

—Lo lamento, señor Di Pasquale, pero deseaba formularle algunas preguntas.

—¿No pueden aguardar hasta mañana?

—Me temo que no, señor.

—No tengo obligación de hacerlo pasar, usted sabe. Puedo decirle que se vaya al infierno.

—Puede hacerlo, señor, es cierto. En cuyo caso me vería obligado a pedir una orden de arresto.

—Eh, muchacho, ¿se cree que está tratando con un imbécil? —dijo Di Pasquale—. Usted no puede arrestarme por nada, porque no he hecho nada.

—¿Qué le parece sospecha de asesinato?

—¿Que qué me parece? No existe ningún delito de sospecha de nada. ¿Asesinato? No me haga reír. ¿A quién se supone que he matado?

—Señor Di Pasquale, ¿podemos discutirlo dentro?

—¿Por qué? ¿Tiene miedo de despertar a los vecinos? Usted ya me ha despertado a mí, ¿qué diferencia significará que despierte a otra media docena? Entre, entre. Qué pésimos modales los de la policía en esta piojosa ciudad. Vienen a medianoche. Entre, por Dios, no se quede en el pasillo.

Entraron en el piso. Di Pasquale encendió una luz en la sala de estar y se sentaron uno frente al otro.

—¿Y? —preguntó—. Usted está aquí, me ha sacado de la cama, de modo que diga lo que tiene que decir.

—Señor Di Pasquale, a un hombre le dispararon y lo mataron esta tarde a las cuatro mientras salía de la comisaría.

—¿Ahá?

—Señor Di Pasquale, interrogamos al agente que se suponía que estaba asignado a su «protección» y él nos dice que usted lo dejó marchar a las tres de esta tarde. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿También es exacto que le dijo que no lo necesitaría de nuevo hasta las nueve de la noche? ¿También eso es cierto, señor Di Pasquale?

—Es cierto. ¿Y qué? ¿Es por eso que viene a llamar a mi puerta en medio de la noche? ¿Para controlar si su agente dice la verdad o no? ¿Es eso todo lo que tiene que hacer con su tiempo? Usted es el tipo que me llamó a las siete y media de la mañana, ¿no? A usted le gusta despertar a la gente, ¿no?

—Señor Di Pasquale, ¿por qué le dijo al agente que no lo necesitaría?

—Por la simple razón de que hoy estuve en Columbia Pictures hablando de negocios con el jefe del departamento de argumentos. Fui allí a las tres y esperaba quedarme con él hasta las seis, hora a la que ambos bajaríamos hasta donde nos aguardaba un Cadillac con chófer para llevarnos a un restaurante muy distinguido donde yo no me sentaría junto a ninguna ventana, íbamos a tomar un par de copas en el bar y a las siete en punto se nos reuniría un escritor que daría un argumento al jefe de departamento, y luego comeríamos, tampoco entonces sentándonos cerca de ventanas. Luego de nuevo al Cadillac, y me traerían a casa donde le pedí a ese bruto de agente que me encontrara... veo por otra parte que él no está, hay otro tipo afuera... y donde también la joven que está ahora durmiendo en el otro cuarto me estaría esperando. Así que ya ve, señor Carella al que le gusta despertar a la gente en medio de la noche, pensé que ahorraría un poco de dinero a la ciudad y que también libraría a un agente para el servicio activo en puntos de toda la ciudad donde los adolescentes se están destrozando la cabeza unos a otros, en lugar de vigilarme cuando yo estaría absolutamente seguro, es por eso, señor Carella. ¿Respondo así su pregunta?

Carella le pregunto:

—¿Ha estado hoy cerca de la comisaría, señor Di Pasquale?

—Estuve en Columbia toda la tarde y luego fui directamente a comer y luego directamente aquí.

—Señor Di Pasquale, ¿posee usted algún arma?

—No. —Di Pasquale se puso de pie, enojado—. ¿Qué quiere decir todo esto, tendría inconveniente en aclarármelo? ¿Cómo es que repentinamente me convierto en un sospechoso en este asunto? ¿Qué sucede? ¿Se están quedando sin gente?

Había pronunciado esas palabras con enojo, pero se había acercado mucho a la verdad. Se estaban quedando sin gente. Habían empezado el caso aferrándose a la nada y aún seguían aferrándose a la nada.

Carella lanzó un profundo suspiro.

—Supongo que el jefe del departamento de argumentos de Columbia puede corroborar...

—¿Desea llamarlo desde aquí? Le daré el número de su casa. Adelante, ¿por qué no lo llama? Muy bien podría usted despertar a toda la maldita

ciudad, ya que está en eso.

—Creo que eso puede esperar hasta mañana —dijo Carella—. Lamento haberlo molestado. Buenas noches, señor Di Pasquale.

—¿Conoce el camino? —preguntó sarcásticamente Di Pasquale.

Era cerca de la hora de las brujas.

Meyer Meyer estaba de pie en la esquina del edificio de pisos de los Redfield, preguntándose si debería concluir la jornada. Se había plantado en la esquina de la calle a las seis de la tarde y eran ya las once cuarenta y cinco. Estaba seguro de que los Redfield apagarían pronto las luces y se irían a dormir. Pero a las siete de la tarde, Margaret Redfield había bajado a la calle con un perro con trailla, caminando alrededor de la manzana, después de lo cual volvió al edificio a las siete y veinticinco. Meyer no tenía perro, pero estaba seguro de que un paseo a las siete de la tarde no sería el ejercicio final para un animal en un piso en la ciudad. Y sin embargo eran ya las once cuarenta —miró su reloj y no, eran las once cuarenta y cinco— y no había nada que indicara que Margaret o Lewis Redfield bajaran al perro para otro paseo antes de retirarse, y además, estaba empezando a llover.

No fue una fuerte lluvia intensa al principio, sino una leve pero continua llovizna que penetraba hasta los huesos. De pie en la esquina, Meyer volvió a levantar la mirada hacia la ventana de la casa del tercer piso.

Lanzó un amable juramento entre dientes, decidió irse a su casa, cambió de idea y cruzó la calle para ponerse bajo el toldo de una panadería. La panadería estaba cerrada. Se acercaba la medianoche y las calles estaban desiertas. De pronto empezó a soplar un viento fuerte desde el río, impulsando nubes de lluvia. El diluvio cubrió la calle. La llovizna se convirtió en un chaparrón en cuestión de segundos. Un relámpago iluminó el cielo sobre los tejados de los edificios. Meyer estaba debajo del toldo y pensaba en su cama caliente con Sarah a su lado. Maldijo de nuevo a los Redfield, decidió irse a su casa, recordó al maldito perro, se convenció de que el animal debía dar otro paseo, se levantó el cuello de la chaqueta y nuevamente miró hacia la ventana iluminada del tercer piso. El toldo tenía

goteras. Miró el desgarrón en la lona y luego volvió la mirada escrutadora a la ventana.

Se apagó la luz.

Hubo lo que pareció una media hora de oscuridad y luego se encendió otra luz, el dormitorio, pensó él, y luego se vio una luz en una ventana más pequeña. El baño, pensó Meyer. Gracias a Dios, finalmente se están yendo a dormir. Esperó. Las dos luces continuaron encendidas. Por un impulso cruzó rápidamente y entró en el edificio. El ascensor estaba directamente frente a la puerta de entrada. Caminó hasta la mitad del vestíbulo y miró el indicador sobre las puertas cerradas del ascensor. La aguja estaba detenida en el número seis. Observó pacientemente un rato y de repente la aguja empezó a moverse. Cinco, cuatro, tres...

La aguja volvió a detenerse.

Tres, pensó Meyer. Los Redfield viven en el tercer piso.

La aguja se movía nuevamente.

Se apresuró a salir del edificio y cruzó la calle, tomando posición bajo el toldo con goteras, seguro ahora de que o Lewis o Margaret Redfield bajaban con el perro antes de ir a la cama, preguntándose luego cuál era la maldita diferencia y luego deseando nuevamente estar en su casa en la cama. Mantuvo la vista fija en la puerta del edificio. Salió Margaret Redfield, llevando al perro de la trailla, en el momento en que el agente que patrullaba giraba la esquina.

Faltaban cinco minutos para las doce.

El agente miró a Meyer al pasar, observó al hombre sin sombrero, calvo, con el cuello de la chaqueta levantado, de pie frente a una panadería cerrada, a las doce menos cinco, con lluvia, las calles desiertas...

El agente se dio la vuelta.

El francotirador estaba sin aliento.

Había saltado el vacío entre los dos edificios, tomando posición detrás del parapeto, mirando ahora abajo a la calle, la calle desierta, pero sabiendo que ella pronto giraría en la esquina, sabiendo que ella caminaría

lentamente por la manzana, llevando al perro, sabiendo que pronto estaría muerta, respirando con dificultad, esperando.

El rifle resultaba largo y letal en sus manos, más letal por la mira telescópica, que ponía en claro foco la calle que estaba debajo. Miró a lo largo del cañón el farol que estaba en medio de la manzana, mucho más abajo, cerca para él por la mira: ella sería un buen blanco.

Se preguntó si debía detenerse.

Se preguntó si ella debía ser la última, y luego pensó si no debió haber sido la primera.

Sabía que el perro la llevaría hacia el farol. Sabía que ella se detendría ahí. Fijó el farol en las líneas cruzadas de la mira y maldijo la lluvia. No había supuesto que la lluvia significaría tanta diferencia, y sin embargo no podía ver con demasiada claridad, preguntándose si debía aguardar hasta otra oportunidad.

No.

Bastardos, pensó.

Tú, pensó.

Debí ocuparme de ti primero.

La lluvia le tamborileaba sobre los hombros y la cabeza. Llevaba un impermeable negro, tenía la noche a su alrededor, estaba oculto por la noche, sintiendo un estremecimiento de anticipación mientras la aguardaba. ¿Dónde estás?, pensó, ven hacia el rifle, ven hacia mi mira, ven y déjame matarte, ven, ven, ven.

El perro se detuvo junto a la boca de incendios en la esquina. Olisqueó, dudó, volvió a oler. Meyer, que estaba observando atentamente a Margaret y al perro, ni siquiera vio al agente que se le acercaba.

—¿Qué le sucede, señor? —preguntó el agente.

—¿Eh? —preguntó Meyer, sobresaltado.

—¿Qué está haciendo aquí?

Se dibujó una sonrisa en el rostro de Meyer. Qué momento para que un policía se pusiera concienzudo, pensó, y luego contestó:

—Mire, yo...

El policía lo empujó. El hombre acababa de entrar en servicio, tenía un poco de cardialgia y no estaba dispuesto a aceptar ninguna tontería de un personaje sospechoso que parecía estar planeando un robo.

—Circule —dijo enojado—. Vamos, circule.

—Mire —dijo Meyer, la sonrisa se esfumó de su rostro—. Resulta que soy...

—¿Quiere darme problemas? —preguntó el agente y tomó la manga derecha de Meyer, retorciéndola en su puño.

En ese momento, Margaret Redfield desapareció en la esquina.

Él la vio entrar en la manzana. Estaba parcialmente ensombrecida por la lluvia, pero la reconoció, y al perro, de inmediato.

Se secó las palmas de las manos en la chaqueta, dándose cuenta sólo después de que la chaqueta estaba aún más mojada que sus manos.

Voy a matarte mejor que a los otros, pensó.

Putá, voy a matarte mejor.

Ya no le faltaba el aliento, pero el corazón le latía furiosamente y empezaron a temblarle las manos. Miró de nuevo sobre el parapeto, vio que ella se acercaba paulatinamente.

Había muchísimo viento. Debería compensarlo.

Se secó el agua de la lluvia que tenía en los ojos.

Se puso el rifle en el hombro.

Fijó de nuevo la mira en el farol, aguardando.

Ven, pensó.

Ven.

¡Maldita sea, *ven*!

—Soy el detective Meyer. ¡Suélteme la manga!

En lugar de soltarle la manga, el agente le retorció el brazo detrás de la espalda y empezó a palparlo en busca de un arma, que por supuesto encontró de inmediato.

—¿Tiene permiso para esto? —preguntó, mientras del otro lado de la calle Meyer no podía ver nada, sólo alcanzaba a escuchar el taconeo de Margaret a la vuelta de la esquina.

—¡Maldito imbécil! —le dijo Meyer al agente—. ¿Quiere verse de guardia en Bethtown? ¡Déme esa arma!

El agente pronto reconoció algo en la voz de Meyer, una nota de autoridad, una actitud firme que le decía que en verdad podía tocarle hacer guardia en Bethtown si no cooperaba con ese maldito calvo. Le entregó de inmediato la 38. Intimidado, dijo:

—Usted puede entender...

Pero Meyer no estaba con ánimo para entender, ni siquiera oyó las palabras del agente. Corrió a la esquina y giró inmediatamente. Pudo ver a Margaret Redfield a mitad de la manzana, el perro dudando cerca de una farola cerca del borde de la acera. Empezó a caminar tras ella, escondiéndose en las puertas. Estaba tal vez a treinta metros cuando de repente la mujer se desplomó.

No había escuchado ningún disparo.

Ella cayó rápida y silenciosamente y la ausencia de sonido magnificaba el hecho porque él supo que le habían disparado y sin embargo no había indicio alguno del escondite del francotirador. Empezó a correr hacia ella y luego se detuvo, miró hacia los tejados de ambos lados de la calle y comprendió de pronto que el disparo pudo haber llegado de cualquiera de ellos. El perro empezó a ladrar, no, no a ladrar sino a gemir, un gemido solitario y terrible como el sonido fúnebre del coyote.

La mujer, pensó Meyer. Llegar a la mujer.

El tejado, pensó, llegar al tejado.

¿Cuál?

¿Dónde?

Se quedó inmóvil en medio de la calle.

El asesino está arriba en alguna parte, pensó, y su mente dejó de funcionar por un momento. La lluvia repiqueteando alrededor de él, Margaret Redfield tendida en la acera más adelante, el perro gimiendo, el agente que giraba en la esquina con curiosidad, la mente de Meyer se cerró con un chasquido y él no supo qué hacer ni adónde ir.

Corrió hacia la puerta del edificio más próximo al farol, corrió obedeciendo a sus reflejos, sobrepasando a Margaret Redfield de cuyo cuerpo fluía sangre hacia la cuneta mientras el perro gemía, corrió sin detenerse a pensar, yendo allí automáticamente por que era de dónde con más probabilidad había llegado el disparo. Luego se detuvo en la acera y cerró los ojos por un instante, se obligó a razonar, se obligó a darse cuenta de que el asesino no descendería a la calle, saltaría el vacío, cruzaría a uno de los otros edificios y trataría de escapar o por la avenida o por el próximo cruce.

Corrió hacia la esquina. Casi resbala en el asfalto húmedo, recuperó el equilibrio, corrió con el arma en el puño derecho, bombeando aire con los dos brazos, llegando a la esquina y doblando, corriendo hasta más allá de la boca de incendios y deteniéndose ante la entrada del edificio de los Redfield, mirando hacia las ventanas aún iluminadas y luego volviendo sus ojos a la calle, sin ver nada.

¿Dónde?, pensó. ¿Dónde estás?

Esperó en la lluvia.

El agente descubrió el cuerpo de Margaret Redfield a la vuelta de la esquina. El perro se le abalanzó cuando trató de tomarle la muñeca para buscar el pulso. Pateó al perro en las costillas con el zapato y luego tomó la muñeca. La sangre se derramaba por el brazo debido a la herida en el hombro. Ella estaba hecha un desastre y llovía y el agente tenía cardialgia.

Pero tuvo la sensatez suficiente para darse cuenta de que no estaba muerta, por lo que de inmediato telefoneó al hospital más próximo pidiendo una ambulancia.

El francotirador no bajó a la calle donde Meyer lo aguardaba. Tampoco suponía Meyer que él estuviera sobre uno de los tejados. No, había conjeturado mal y eso era todo. El francotirador había escapado hacia otra parte, devorado por la lluvia y la oscuridad, libre para matar de nuevo.

Y Meyer guardó su arma y se preguntó cuántos errores tiene permitidos un agente. Luego, deprimido, levantó la cabeza al oír la sirena de la ambulancia que se acercaba.

El hospital estaba envuelto en una llovizna lenta pero continua que acentuaba el gris de sus paredes. Llegaron allá a la 1 de la mañana, estacionaron el coche y luego fueron al escritorio de admisiones donde una enfermera les dijo que la señora Redfield estaba en la habitación 407.

—¿Ha llegado ya el señor Redfield? —preguntó Meyer.

—Sí, está arriba —contestó la mujer—. El médico de la señora Redfield también está con ella. Deberá hablar con él antes de ver a la paciente.

—Lo haremos —afirmó Carella.

Fueron hacia el ascensor. Carella oprimió el botón y luego dijo:

—Redfield ha llegado bastante rápidamente.

—Estaba en la ducha cuando subí al piso para decirle que su esposa estaba herida —comentó Meyer—. Se da una ducha cada noche antes de irse a dormir. Eso explica que la luz del baño quedara encendida.

—¿Cómo reaccionó cuando se lo dijiste?

—Salió a la puerta en albornoz, chorreando agua. Dijo: «Debí sacar yo mismo al perro».

—¿Eso fue todo?

—Eso fue todo. Luego preguntó dónde estaba su esposa y dijo que se vestiría y vendría de inmediato.

Tomaron el ascensor hasta el cuarto piso y esperaron en el pasillo frente a la habitación de Margaret. A los diez minutos salió un hombre sesentón de pelo blanco de la habitación 407. Miró su reloj y se apresuraba hacia el ascensor cuando Carella lo detuvo.

—¿Señor? —lo llamó.

El hombre se dio media vuelta.

—¿Sí?

—Perdón, ¿es usted el médico de la señora Redfield?

—Sí —replicó el hombre—. Soy el doctor Fidio.

—Soy el detective Carella de la Brigada 87. Éste es mi compañero el detective Meyer.

—¿Qué tal? —preguntó Fidio y les estrechó la mano.

—Desearíamos formular algunas preguntas a la señora Redfield —dijo Carella—. ¿Cree usted que está en condiciones?

—Bueno —contestó Fidio en tono de duda—. Acabo de darle un sedante. Imagino que le hará efecto en cualquier momento. Si no tardan demasiado.

—Trataremos de ser breves —prometió Carella.

—Por favor —pidió Fidio. Hizo una pausa—. Entiendo la gravedad de lo que ha ocurrido, créanme, pero desearía que no fatigaran a Margaret. Ella vivirá, pero necesitará cada gramo de fuerza de que disponga.

—Entendemos, señor.

—Y Lewis también. Sé que ustedes deben formular preguntas, pero él ha tenido un período difícil el mes pasado, y ahora esto con...

—¿El mes pasado? —preguntó Carella.

—Sí.

—Ah, preocupándose por Margaret, quiere decir usted.

—Sí.

—Bien, podemos entender la tensión que ha sufrido —dijo Carella—. Sabiendo que había un francotirador suelto y preguntándose cuándo.

—Sí, sí, eso también, claro.

Meyer miró con curiosidad a Fidio. Se volvió a Carella y vio que éste también miraba fijamente al médico. El pasillo frente a la habitación 407 quedó repentinamente en silencio.

—¿Eso también? —preguntó Carella.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Meyer al instante.

—¿Qué otra cosa lo molestaba? —preguntó Carella.

—Bueno, todo el asunto con Margaret.

—¿Qué asunto, doctor Fidio?

—No me parece que eso tenga que ver con su caso, caballeros. Han disparado y casi matado a Margaret Redfield esta noche. Este otro asunto es privado, entre ella y el esposo. —Volvió a mirar su reloj—. Si van a interrogarla ahora, será mejor que se den prisa. Ese sedante...

—Doctor Fidio, creo que nosotros debemos decidir qué tiene que ver con el caso, ¿no le parece? ¿Qué es lo que estuvo preocupando a Lewis Redfield?

El doctor Fidio suspiró profundamente. Miró a los detectives a la cara, suspiró de nuevo y luego dijo:

—Bien... —y les contó lo que ellos querían saber.

Margaret Redfield estaba dormida cuando entraron en la habitación. Su esposo estaba sentado en una silla al lado de ella, un hombre de cara redonda con tristes ojos castaños y una expresión aturdida en el rostro. Había un impermeable negro sobre una silla en el otro lado de la habitación.

—Hola, señor Redfield —saludó Carella.

—Hola, detective Carella —respondió Redfield. Detrás de su silla, la lluvia empapaba la ventana, corriendo sobre el cristal, convirtiendo al rectángulo en glóbulos de luz movediza.

—El doctor Fidio acaba de informarnos que su mujer se va a recuperar.

—Sí, espero que sí —dijo Redfield.

—No es nada divertido que a uno le disparen —dijo Meyer—. En el cine, todo parece muy limpio y simple. Pero no es nada divertido.

—No, supongo que no —observó Redfield.

—Entiendo que a usted nunca le han disparado —dijo Carella.

—No.

—¿Estuvo en el servicio?

—Sí.

—¿Qué arma, señor Redfield?

—El ejército.

—¿Estuvo en combate?

—Sí.

—¿Entonces sabe usar un rifle?

—Sí —contestó Redfield.

—Nuestra conjetura es que sabe usarlo a la perfección, señor Redfield.

Redfield mostró una repentina expresión de alerta.

—¿Qué quiere decir? —preguntó.

—Nuestra conjetura es que fue un experto tirador durante la guerra, ¿es verdad, señor Redfield?

—Sólo era bueno.

—En ese caso debió aprender muchísimo desde entonces.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Redfield de nuevo.

—Señor Redfield —inquirió Meyer—, ¿adónde fue hoy cuando su esposa salió de casa con el perro?

—Fui a darme un ducha.

—¿Qué ducha?

—¿Qué... qué quiere decir...? La ducha —afirmó Redfield—. La ducha.

—En el baño... ¿o en el tejado?

—¿Qué?

—Está lloviendo, señor Redfield. ¿Es por eso que no logró matarla? ¿Es por eso que sólo la hirió en el hombro?

—No sé qué está... a quién se... ¿a mi esposa, se refiere? ¿Está hablando de Margaret?

—Sí, señor Redfield. Decimos que usted sabía que su esposa llevaría al perro abajo en algún momento antes de medianoche. Afirmamos que usted subió al tejado en el instante en que ella salió de casa, cruzó a un edificio a la vuelta de la esquina y esperó que ella girara en la esquina. De eso estamos hablando, señor Redfield.

—Yo... eso es la cosa más estúpida que he oído decir en mi vida. Caramba, yo... estaba en la ducha cuando... cuando sucedió todo esto. Incluso salí a la puerta en bata. Yo...

—¿Cuánto lleva dispararle a alguien, volver a casa y meterse en el baño, señor Redfield?

—No —dijo Redfield. Sacudió la cabeza—. No.

—Sí, señor Redfield.

—Señor Redfield —dijo Carella—, acabamos de tener una charla con el doctor Fidio, afuera en el pasillo. Él nos dijo que usted y la señora Redfield han estado tratando de tener un hijo desde que se casaron, hace dos años. ¿Es eso correcto?

—Sí, exacto.

—También nos dijo que usted fue a verlo a comienzos de abril porque pensaba que tal vez algo anduviera mal, que usted fuera el responsable.

—Sí —dijo Redfield.

—En cambio, el doctor Fidio le dijo que a su esposa, Margaret, se le había practicado una histerectomía en noviembre de 1940 y que nunca podría tener hijos. ¿Es cierto también eso, señor Redfield?

—Sí, me dijo eso.

—¿Y usted no lo supo antes?

—No.

—Sin duda, su esposa debe tener una cicatriz. ¿Nunca le preguntó a ella por esa cicatriz?

—Sí. Me dijo que era la cicatriz de una apendectomía.

—Pero cuando el médico le dijo la naturaleza real de la operación también le contó acerca de una fiesta que había tenido lugar en abril de 1940 y sobre la posterior enfermedad venérea de su esposa...

—Sí, sí, me informó de ello —dijo Redfield con impaciencia—. No veo qué...

—¿Qué edad tiene usted, señor Redfield?

—Cuarenta y siete años.

—¿Ha tenido hijos?

—No.

—Debe haberlos querido mucho.

—Yo... yo quería hijos.

—Pero ellos lo hicieron imposible, ¿verdad?

—Yo... yo... no sé a quiénes se refiere, qué quiere decir.

—La gente que estuvo en la fiesta, señor Redfield. Los que causaron la histerectomía, los que...

—No sé quiénes eran esas personas. No sé qué quiere decirme.

—Exacto, señor Redfield. Usted no sabía quiénes eran. Sólo sabía que había habido una fiesta después de una función de *Largo viaje de regreso* y correctamente supuso que todos los miembros del reparto estuvieron en la fiesta. ¿Qué hizo? ¿Encontró el viejo programa de teatro de Margaret y empezó a recorrer la lista?

Redfield sacudió la cabeza.

—¿Dónde está el rifle, señor Redfield? —preguntó Carella.
—¿Quién era el que seguía en su lista? —preguntó Meyer.
—Yo no he hecho nada de eso —dijo Redfield—. No he matado a nadie.
—Si ése es su impermeable —indicó Carella—, será mejor que se lo ponga.
—¿Por qué? ¿Adónde me llevan?
—A comisaría.
—¿Para qué? Les estoy diciendo que no...
—Lo estamos deteniendo por homicidio, señor Redfield —afirmó Carella.
—¿Homicidio? Yo no he matado a nadie, ¿cómo pueden...? —Creemos que sí.
—También creyeron que era Cohen.
—Hay una diferencia, señor Redfield.
—¿Cuál?
—Esta vez estamos seguros.

Eran las dos de la madrugada cuando volvieron a la sección. Redfield intentó negarlo todo al principio, pero no sabía que un agente estaba inspeccionando su casa mientras los hombres lo interrogaban en comisaría. Se negó a admitir nada. Insistía en que estaba en la ducha cuando dispararon a su esposa, que no había tenido la menor noticia hasta que Meyer llamó a su puerta para informarle del episodio y entonces se había puesto un albornoz para ir a abrir. ¿Cómo podía haber estado en el tejado? Y cuando a Cohen lo habían matado en los peldaños de la comisaría, él estaba trabajando en su oficina, ¿cómo podían hacerlo responsable de esa muerte? Era cierto, nadie lo había visto después de concluir la reunión en la oficina a las tres y media, era cierto, pudo haber salido de la oficina por las escaleras posteriores e ir a la comisaría a esperar a Cohen, ¿pero no era ésa la clase de especulación más alocada? Según esas reglas, a cualquiera podían acusarlo de asesinato, él no tenía nada que ver con todo el asunto.

—¿Dónde estuvo usted el viernes cuatro de mayo? —preguntó Carella.

—En casa —replicó Redfield.

—¿No fue a trabajar?

—No, estaba resfriado. —Hizo una pausa—. Pregúntele a mi esposa, ella le dirá. Estuve en casa todo el día.

—Se lo preguntaremos, créame, señor Redfield —dijo Carella—. En cuanto ella pueda hablar con nosotros.

—Ella se lo dirá.

—¿Ella nos dirá que usted no estuvo en Minneapolis, eh?

—Nunca he estado allí en mi vida. No tuve nada que ver con todo este asunto. Están cometiendo un terrible error.

Fue entonces cuando el agente entró en la sala de detectives. Tal vez de todas formas, Redfield lo hubiese confesado todo. Está comprobado que al final lo dicen todo y además los seres humanos llegan a un punto en que la esperanza se tambalea y aparece la angustia y ven que la balanza se inclina lentamente en contra de ellos. Reconocen este punto cuando llega, lo miran con prudentes ojos descubridores y saben que no les queda nada. Hay un alivio en la confesión. Si es que hay alguna esperanza en la desesperación, es la de la confesión, de modo que tal vez él hubiese terminado por confesarlo todo, de cualquier modo.

El agente fue directamente hacia el escritorio de Carella. Depositó el largo estuche de cuero y dijo:

—Encontramos esto en la parte de atrás del armario del dormitorio.

Carella abrió el estuche.

El rifle era un Winchester Modelo 70, automático.

—¿Es ésta su arma, señor Redfield? —preguntó Carella.

Redfield miró el rifle y no dijo nada.

—Esto estaba en el estante, detrás de los sombreros —dijo el agente. Puso la caja de cartuchos Remington 308 sobre el escritorio. Carella miró los cartuchos y luego a Redfield, y dijo:

—Balística nos dará la respuesta en diez minutos, señor Redfield. ¿Quiere ahorrarnos la molestia?

Redfield suspiró.

Redfield suspiró de nuevo.

—Llama a Balística, Meyer —pidió Carella—. Diles que un agente va hacia allá con un rifle. Deseamos una prueba de comparación con las balas y los casquillos usados que tenemos...

—Déjelo —dijo Redfield.

—¿Está dispuesto a hablar? —preguntó Carella.

Redfield asintió con la cabeza.

—¡Estenógrafo! —gritó Carella.

—No pensé en matar a ninguno de ellos —dijo Redfield—. Al principio, no.

—Un segundo —dijo Meyer—. Miscolo, ¿viene el estenógrafo?

—Ya ven —siguió Redfield— cuando el doctor Fidio me contó lo de Margaret, yo... yo me quedé atónito, por supuesto, pensé... no sé qué pensé...

—¡Miscolo! ¡Maldita sea!

—¡Voy! ¡Voy! —gritó Miscolo, que corrió hacia la sala y empezó a tomar él mismo la confesión, apoyando una libreta sobre las piernas.

—La tristeza, supongo —dijo Redfield—. Quería una familia, saben. No soy un hombre joven. Quería una familia antes de que fuera demasiado tarde. —Se encogió de hombros—. Luego... cuando... cuando empecé a pensar en eso, supongo que yo... empecé a ponerme... furioso. Mi esposa no podía tener un hijo, ¿saben? Nunca podría tener un hijo. Por la histerectomía. Y ellos eran los responsables. Los que le habían hecho eso. Los que habían estado en la fiesta que me describió el doctor Fidio. Sólo que yo... no sabía quiénes eran.

—Prosiga, señor Redfield.

—Di con el programa de teatro por casualidad. Estaba buscando algo en uno de los armarios y encontré el baúl, cubierto de polvo, todo cubierto de polvo, dentro del cual estaba el programa. Como ven yo... supe entonces sus nombres. Supe quién era la gente que le había hecho eso, los que estuvieron en la fiesta y... empecé a buscarlos, sin pensar en matarlos al principio, sólo quería verlos, ver bien a la gente que había... que había hecho que me fuera imposible tener hijos. Entonces, no sé cuándo, creo que fue el día que encontré a Blanche Lettiger, la seguí hasta ese sórdido barrio, la seguí y ella... ella me paró en la calle y me hizo una propuesta, creo que

fue ese día, al ver la basura en que se había convertido, y conociendo la basura que había envenenado a Margaret, creo que fue ese día que decidí matarlos a todos.

Redfield hizo una pausa. Miscolo levantó la cabeza.

—Maté a Anthony Forrest primero, no por ninguna razón especial, sólo porque él fue al que decidí matar primero, y tal vez en el fondo de mi mente pensé que sería mejor no matarlos en el orden en que aparecían en el programa, sino al azar, saben, para que no pareciera que estaban relacionados, sólo matarlos, saben, como si... como si no hubiera ninguna conexión.

—¿Cuándo decidió matar a su propia esposa, señor Redfield? —preguntó Meyer.

—No lo sé. Al principio, no. Después de todo, ella había sido la víctima de los otros, ¿no? Pero luego, yo... empecé a darme cuenta de lo peligrosa que era mi posición. ¿Si se conectaban las muertes? ¿Si se descubría que los diez habían sido los miembros de un grupo de teatro estudiantil? Bueno, si los mataba a todos y dejaba que Margaret viviera, bueno... ¿no les sorprendería eso a ustedes? ¿No desearían saber por qué sólo ella no había sido asesinada? ¿De todo el grupo? Mi posición era muy peligrosa, como ven.

—De modo que decidió matarla a ella también, ¿no? ¿Para protegerse?

—Sí. No. Más que eso. No sólo eso. —De repente se encendieron los ojos de Redfield—. ¿Cómo podía saber yo que ella realmente había sido tan inocente? ¿Realmente fue una víctima aquella noche? ¿O había ido voluntariamente con los otros en su... su sucio...? No lo sabía, ¿no? De modo que yo... decidí matarla, también, con los otros diez. Fue por eso que vine aquí a hablar con ustedes. Para eludir las sospechas. Suponía que si ya había ido a la policía para advertirles del peligro para Margaret, cuando realmente fuera asesinada, yo no sería el sospechoso, ¿ven? Eso fue lo que supuse.

—¿Estuvo usted en Minneapolis el cuatro de mayo, señor Redfield?

—Sí. Sí, yo maté a Peter Kelby.

—Cuéntenos de Cohen.

—¿Qué quieren saber?

—¿Cómo pudo controlar el tiempo?

—Eso fue un riesgo. No debí intentarlo. Pero funcionó, de modo que tal vez...

—¿Cómo, señor Redfield?

—Me fui de aquí alrededor de la una de la tarde de ayer y estuve de regreso en la oficina a la una y media. Dicté algunas cartas a mi secretaria y luego asistí a una reunión a las tres menos cuarto. Dije que empezaba a las tres, pero en realidad empezó a las tres menos cuarto y terminó a las tres y cuarto. Salí de la oficina por las escaleras posteriores. Mi oficina privada tiene una puerta posterior que da a un pasillo, ¿saben?, y bajé los escalones...

—¿Nadie lo vio?

—No.

—¿Le dijo a alguien que se iba?

—No. Pensé decirle a mi secretaria que no me molestara durante la hora siguiente, pero luego decidí que no. Pensé que si alguien después hacía preguntas, sería mejor que todos dijeran simplemente que sabían que yo estuve en alguna parte del edificio, pero no exactamente dónde.

—Usted lo planificó bastante, señor Redfield, ¿verdad?

—Estaba asesinando —dijo Redfield sencillamente.

—¿Se da cuenta de que estaba asesinando?

—¡Claro que me doy cuenta!

—Siga. ¿Qué hizo al salir de la oficina?

—Tomé un taxi hasta mi casa. Para buscar el rifle.

—¿Es ahí donde lo guardaba habitualmente?

—Sí. En el armario. Donde lo encontró su agente.

—¿Su esposa nunca lo vio?

—Una vez.

—¿No le preguntó qué estaba haciendo con un rifle?

—Ella no sabía que era un rifle.

—¿Qué quiere decir?

—Estaba en el estuche. Le dije que era una caña de pescar.

—¿Y ella le creyó?

—No creo que haya visto nunca un rifle ni una caña de pescar. El arma estaba en su estuche. Ella no tenía modo de saber qué había dentro.

—Prosiga. Fue a buscar el rifle...

—Sí. Tomé un taxi. Estuve en casa en veinte minutos y en otros diez minutos estaba al otro lado de la calle, esperando en el parque. Cohen salió a las cuatro en punto y le disparé.

—Entonces, ¿qué?

—Corrí a través del parque en dirección sur, tomé un taxi al otro lado.

—¿Llevó el rifle a la oficina consigo?

—No. Lo dejé en un depósito de Central Station.

—¿Y lo recogió cuando volvía anoche a su casa?

—Sí. Porque planeaba matar a Margaret anoche, ¿eh? La lluvia. No acerté por la lluvia.

—¿Dónde consiguió el rifle, señor Redfield?

—Lo compré.

—¿Cuándo?

—El día que decidí matarlos a todos.

—¿Y el silenciador?

—Lo hice con un pedazo de caño de cobre. Temía que estropeará el cañón del rifle después del primer disparo, pero no. Creo que tuve suerte. ¿No se supone que los silenciadores estropean las armas?

—Señor Redfield, usted mató a ocho personas, ¿sabe? —dijo Carella.

—Sí, lo sé.

—¿Por qué no adoptó un niño, señor Redfield? Hubiese podido hacerlo, ¿no? Usted planeó estos asesinatos, ¡pero no fue capaz de pensar en ir a una agencia de adopciones! ¿Por qué demonios...?

—Nunca se me ocurrió —contestó Redfield.

Una vez que la confesión estuvo mecanografiada y firmada, después de que llevaran a Redfield abajo a las celdas de detención para aguardar el transporte más tarde esa mañana, Carella tomó el teléfono y llamó a Thomas Di Pasquale para decirle que podía quedarse tranquilo.

—Gracias —dijo Di Pasquale—. ¿Qué demonios de hora es?

—Las cinco de la mañana —respondió Carella.

—¿Usted no duerme nunca? —preguntó Di Pasquale y cortó.

Carella sonrió y colgó. No llamó a Helen Vale hasta más tarde ese día. Cuando le dio la buena noticia, ella exclamó:

—¡Oh, eso es magnífico! Ahora puedo irme tranquila.

—¿Se va, señora Vale?

—Para la temporada de verano, que empieza el mes próximo, ¿sabe?

—Claro —dijo Carella—. ¿Cómo pude olvidar algo así?

—Deseo darle las gracias de nuevo —dijo Helen.

—¿Por qué, señora Vale?

—Por su agente —replicó ella—. Realmente fue un placer tenerlo.

Cynthia Forrest subió a la sala de detectives esa tarde para recoger el material que había dejado, los antiguos recortes periodísticos, los boletines con notas, el programa de teatro. Bert Kling se la encontró en el pasillo cuando se retiraba.

—Señorita Forrest —le dijo—. Deseo disculparme por el modo...

—¡Muérase! —exclamó Cynthia y bajó los peldaños de hierro hacia la calle.

Los tres detectives estaban solos en el salón. Mayo estaba concluyendo y se perfilaba el largo verano. Afuera, en la calle, se oía el sonido de una ciudad que funciona con diez millones de habitantes.

—Sigo pensando en lo que me dijiste —dijo Meyer de pronto.

—¿El qué, Meyer?

—Cuando salíamos de la oficina de Etterman, el tipo alemán, aquel cuyo hijo murió sobre Schweinfurt.

—Sí, ¿qué?

—Tú dijiste: «No se puede odiar a un pueblo aquí y ahora por lo que otro pueblo hizo en otra época».

—Mnnn —recordó Carella.

—Redfield los odiaba aquí y ahora —dijo Meyer.

Sonó el teléfono.

—Bueno, aquí seguimos —dijo Kling y tomó el auricular.



ED MCBAIN (New York, EE. UU., 15-octubre-1926 - Weston, Conneticut, EE. UU. 6-julio-2005).

Nacido como Salvatore Albert Lombino, en 1952 cambió legalmente su nombre por el de Evan Hunter, nombre con el que publicó varias novelas. A partir de 1956, cuando publicó «Cop Hater», la primera de sus 55 novelas basadas en Distrito 87, utilizaría el seudónimo de Ed McBain para la mayoría de sus obras.

OceanofPDF.com

Notas

^[1] En inglés, *velo* (*N. de la T.*) <<

[2] En inglés, *lejía* (*N. de la T.*) <<

OceanofPDF.com